

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID



SUMARIO

	Págs.
<i>Discurso del Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República Argentina, Excmo. Sr. David Blejer, al hacer entrega a esta Academia de una Colección de Libros, 3 de octubre de 1960.....</i>	5
ESTUDIOS:	
<i>Una Desconocida Carta de Fray Pedro de Gante.—Por el Dr. Don Alberto María Carreño</i>	14
<i>Comida Típica de México.—Por el Dr. Don Manuel Carrera Stampa.....</i>	21
<i>José Refugio Velasco, Soldado.—Las horas definitivas en la vida de un hombre ejemplar, durante la crisis más grave de la Historia de México.—Por el Ing. Don José López-Portillo y Weber (Concluye).....</i>	42
FUENTES DOCUMENTALES:	
<i>Parte Oficial de la Toma de Culiacán, 1913</i>	89

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID

TOMO XX



MEXICO, D. F.

1961

Discurso del Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República Argentina, Sr. David Blejer

Señor Presidente, señores Académicos:

Cumplo hoy con la muy grata misión de hacer entrega a esta honorable y prestigiosa institución mexicana, de los volúmenes que integran la *Colección de obras y documentos para la Historia Argentina*, publicadas recientemente por disposición del Senado de la Nación Argentina. Se trata de la edición de obras y documentos fundamentales para la historia de mi país, agrupados con el nombre de *Biblioteca de Mayo* y que abarca todo el proceso de la Revolución a través de expresiones documentales, éditas e inéditas, de la época, cuyo conocimiento no podría prescindirse para la justa valoración de las gestas iniciales argentinas.

Estos documentos existían en archivos y bibliotecas, públicas y privadas, fuera del alcance inmediato del estudioso, a veces en piezas únicas, cuando no en viejas ediciones, ya inhallables. De allí que, el Senado de la Nación, como un aporte más a la celebración de los 150 años de vida libre del país, resolviera darlos a la luz, facilitando de este modo "a las nuevas generaciones interesadas en un conocimiento cada vez más profundo de nuestra historia, las herramientas imprescindibles para el análisis exhaustivo de nuestro pasado".

Los volúmenes de esta obra que hoy gratamente os hago entrega, contienen el cuerpo documental de testimonios fundamentales para el conocimiento de la gesta de Mayo. Comenzando con las *Memorias* y siguiendo con las *Autobiografías, Diarios y Crónicas*, en este orden, se dan a conocer valiosas relaciones de testigos españoles y americanos, contemporáneos a los acontecimientos que relatan, de uno y otro campo.

Como se advierte en la nota preliminar a la edición, se abre este primer tomo con la obra de Francisco Seguí, consagrada a los últimos cuatro años de la dominación española en el Virreinato del Río de la Plata, que va seguida de la que escribió Ignacio Núñez, iniciada en la primer invasión inglesa y que expone los acontecimientos sucedidos hasta 1811, con las rectificaciones del general Enrique Martínez publicadas en la *Revista Nacional*. A continuación, la *Memoria* que redactó el Almirante Guillermo Brown, con relación a las campañas navales argentinas a partir de 1813 y hasta la terminación de la guerra en el Brasil. Luego, las *Memorias* de Dámaso de Uruburu, que nos suministran referencias sobre las campañas de los ejércitos de la Revolución en el Norte Argentino, como así también todo el proceso de la independencia nacional y, cerrando el tomo, las *Memorias Secretas* de la Princesa Carlota Joaquina, escritas por su secretario José de Presas, con noticias de interés para el conocimiento de los prolegómenos de la Revolución de Mayo, en el período en que se proyectaba la coronación de la hermana de Fernando VII, en el Río de la Plata.

Señores Académicos: el modesto aporte que, por indicación del Senado de mi patria os hago entrega en este momento, servirá, sin duda, a que nuestros pueblos se conozcan cada día más y mejor. Y para que, mirándonos en ese pasado común de grandeza y sacrificios, recojamos de esos orígenes iguales en heroísmo y gloria, inspiración segura para resolver los problemas del presente y confianza en el porvenir.

Nada más.—

[Discurso pronunciado en sesión solemne, el 3 de Octubre de 1960, acompañado de las copias de la Ley 521 que creó en 1867 el Partido de Juárez en la República Argentina].

LEY 521

DIVISION DEL PARTIDO DE NECOCHEA Y CREACION DEL PARTIDO DE JUAREZ

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

ARTICULO 1º—El actual partido de Necochea, será dividido en dos, en la forma siguiente:

ARTICULO 2º—Se llamará partido de Necochea, la parte comprendida entre los límites siguientes: Por el Nordeste: el Río Quequén Grande y el arroyo Quequén Chico, hasta incluir el terreno de José R. Pérez. Linda por esta parte con los terrenos que cuadran a la banda oriental del Río Quequén Grande y el arroyo Quequén Chico en el partido de la Lobería; y con Norberto Ramírez y Lorenzo A. de Uriarte en el partido de Tandil. Por el Noroeste: José Roque Pérez, Félix Echeverría, Raymundo Prat, Pedro Rico y Antonio Bauzá, Cornelio Viera y Juan Real y Francisco Eugenio Torres. Linda por esta parte con Antonio Ortiz y hermanos, Juan C. Zabala y Domingo Ezeiza, Juan Cañas, Emilio Chaila, Teófilo Lanuz y Juan Crisol, y José María Imbaldi, que quedan en la parte que por esta ley se separa del partido de Necochea. Por el Sudoeste: el arroyo Cristiano Muerto, hasta su desagüe en el mar. Linda por esta parte con José Manuel Soage, Daniel Soage, Felipe M. Brizuela, José María Miró. El Estado, pedido por varios, Pedro Rodríguez, Carlos M. Baigorria, Manuel Rossetti y Pedro Sáenz Valiente, Juan Dupuy y Jorge Sanders, en el partido de Tres Arroyos. Por el Sudeste: el Océano Atlántico.

ARTICULO 3º—La parte que separa del partido de Necochea, formará un nuevo partido que llevará el nombre de "Juárez", siendo sus límites: Por el Nordeste: Antonio Ortiz y hermanos, Petrona Vázquez de Vela, herederos de Gervasio López, Nicolás Anchorena, Juvenal Rico, Felipe Botet, El Estado, Dionisio Gutiérrez, Andrés Aguirre y demás terrenos que siguen al Nordeste. Linda por esta parte con Alejo Mado, José Buteler, José León Vela, Vicente Cásares e hijos, y Anchorena, en el partido de Tandil, y con Juan y Nicolás Anchorena, Pedro Iturralde y suertes de Azul, en el partido de Azul. Por el Noroeste: Andrés Aguirre, Belisario Roldán, Ceferino Peñalva, Federico y Alejandro Leloir, Blas Hornos y demás que siguen al Noroeste. Por el Sudoeste: Blas Hornos, Juan Annio Areco e hijos, Mariano Cleofex y Mariano Bernardino Echenagu-

cía, Edelmiro Casas y José María Imbaldi. Linda por esta parte con Juan Aldao Valdez y hermanos, Augusto Rolet, José Elizalde, Benigno Macías, Joaquín Bernardez, Rafael Cárdenas y José Manuel Soage en el partido de Tres Arroyos. Por el Sudeste: José María Imbaldi, Emilio Chayla, Teófilo Lanuz y Juan Crisol, Juan Cañas, Juan C. Zabala y Domingo Ezeiza y Antonio y hermanos. Linda por esta parte con Francisco Eugenio Torres, Cornelio Viera y Juan Real, Pedro Rico y Antonio Bauzá, Raymundo Prat, Félix Echeverría y José Roque Pérez en el partido de Necochea.

ARTICULO 4º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sancionada en Buenos Aires, a los veintinueve días del mes de octubre del año mil ochocientos sesenta y siete.

Fdo. Julio Campos, José C. Paz. Srio. de la Cám. de Dip. Promulgada el 31 de octubre de 1867. ADOLFO ALSINA. NICOLAS AVELLANEDA.

Es copia.

Octubre 15 de 1957.

Vuelva a la DIRECCION GENERAL DE PROVINCIAS, informándole lo siguiente:

JUAREZ — Partido de Juárez — Provincia de Buenos Aires. Fué creada por Ley 521 de 31 de octubre del año 1867, con una superficie de 5.678. Creado el partido las autoridades locales y los vecinos, gestionaron conjuntamente, a partir del año 1869, se dé origen legal a un pueblo cabecera. El nuevo delineamiento es elevado al Gobierno, quién lo homologa el 26 de marzo de 1874.

El nombre del pueblo y partido es un homenaje al estadista mexicano Legislador, Gobernador y Presidente de su país en varios períodos don Benito Juárez. Al partido de Juárez lo bañan los arroyos Quequén, Grande, San Pastor, Cristiano, Castigo y otros. Produce trigo, alpiste, maíz, avena y cría abundante de ganado. La cabecera del partido está situada a 415 kilómetros de Buenos Aires y a 288 de Bahía Blanca. Estación de Ferrocarril General Roca. Tiene telégrafo y escuelas públicas. Sucursal de los Bancos Nación Argentina y Provincia de Buenos Aires. Se publican algunos periódicos, tiene Municipalidad, Sociedad de Beneficencia e Iglesia Parroquial erigida en 1887. Según censo del año 1947 la po-

blación del partido de Benito Juárez era de 15.678 habitantes y la del pueblo cabecera 7.602 habitantes.

Y para completar la información producida se transcribe a continuación la discusión parlamentaria de la Ley 521 en Sesión de la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires del 19 de octubre de 1867:

SR. ACOSTA — La Comisión de Legislación aconseja a la Cámara la sanción de este proyecto por las razones expuestas en el mensaje del Poder Ejecutivo. Su tendencia es facilitar las relaciones particulares u oficiales, que están muy embarazadas por la inmensa distancia que hay que recorrer. El nuevo Partido lleva un nombre que está recomendado por sí mismo, y es con el objeto de perpetuar la memoria de un gran Americano que con una resolución y voluntad inmensa, ha restablecido en su país las instituciones republicanas derrocadas por la invasión extraña.

SR. ESTEVES — Si no fuesen las razones indicadas por el miembro informante, y que el ciudadano a quién se hace alusión, es de una república distante a la nuestra, yo me había de oponer a usar de nombres de personas vivas. Como mis ideas, han sido siempre en este sentido, quiero dar el motivo por qué he de votar aprobando el nombre de Juárez, nombre que si fuera de nuestro país no lo admitiría, porque en una república es muy peligroso que se use de nombre de personas vivas, por más servicios que hubieren hecho.

Como pudiera suceder que en alguna otra ocasión se presentara algún caso de este género, y me he de oponer a tal cosa, si es que pertenezco a la Cámara, he querido dar las razones de mi voto.

SR. ACOSTA — La Comisión de Legislación ha tenido presente esto mismo, pero creo que en este caso no hay inconveniente ninguno. El que únicamente tiene el denominar con nombres propios de personas vivas, es que pueda atribuirse a adulación, pero en esta vez estamos perfectamente justificados y creo que nadie atribuirá a esta el nombre que se da a este Partido, por la distancia inmensa en que estamos y por las pocas relaciones que tenemos allí. De manera que viene a decir únicamente que es un acto de justicia que se hace a los grandes servicios que ha prestado a las instituciones republicanas.

SR. HAEDO — Por las mismas razones que ha manifestado el señor miembro informante, yo estaré porque se ponga el nombre que indica el proyecto, es decir, por la poca o ninguna relación que tenemos con Méjico, y hago esta declaración porque no quiero que se interprete mi voto de otra manera para en adelante.

En seguida se aprobó el proyecto tanto en general como en particular por afirmativa general”.

Sirva la presente de atenta nota de envío.—(Son 7 fs.)

Fdo: *Diógenes A. Vallarino*

Jefe de Bibliotecas e Informaciones del Ministerio del Interior.

Es Copia.

SR. ACOSTA: La Comisión de Legislación aconseja a la Cámara la sanción de este proyecto, por las razones expuestas en el mensaje del Poder Ejecutivo. Su tendencia es facilitar las relaciones particulares u oficiales, que están muy embarazadas por la inmensa distancia que hay que recorrer. El nuevo Partido lleva un nombre que está recomendado por sí mismo, y es con el objeto de perpetuar la memoria de un gran Americano que con una resolución y voluntad inmensas, ha restablecido en su país las instituciones republicanas derrocadas por la invasión extraña.

SR. ESTEVES: Si no fuesen las razones indicadas por el miembro informante y que el ciudadano a quién se hace alusión es de una república distante a la nuestra, yo me había de oponer a usar de nombres de personas vivas. Como mis ideas han sido siempre en este sentido, quiero dar el motivo por qué he de votar aprobando el nombre de Juárez, nombre que si fuera de nuestro país no lo admitiría, porque en una república es muy peligroso que se use de nombres de personas vivas, por más servicios que hubieren hecho. Como pudiera suceder que en alguna otra ocasión se presentara algún caso de este género, y me he de oponer a tal cosa, si es que perteneczo a la Cámara, he querido dar las razones de mi voto.

SR. ACOSTA: La Comisión de Legislación ha tenido presente esto mismo, pero cree que en este caso no hay inconvenien-

te ninguno. El que únicamente tiene el denominar con nombres propios de personas vivas, es que pueda atribuirse a adulación, pero en esta vez estamos perfectamente justificados y creo que nadie atribuirá a ésta el nombre que se da a este Partido, por la distancia inmensa en que estamos y por las pocas relaciones que tenemos allí. De manera que viene a decir únicamente que es un acto de justicia que se hace a los grandes servicios que ha prestado a las instituciones republicanas.

SR. HAEDO: Por las mismas razones que ha manifestado el señor miembro informante, yo estaré porque se ponga el nombre que indica el proyecto, es decir, por la poca o ninguna relación que tenemos en Méjico, y hago esta declaración porque no quiero que se interprete mi voto de otra manera para en adelante. En seguida se aprobó el proyecto tanto en general como en particular por afirmativa general.

[Es copia del Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires — Año 1867].

SR. HUERGO: Después de lo que ha dicho el señor Diputado Rocha, sólo me resta agregar, como miembro informante de la Comisión de Hacienda, que el partido de Necochea tiene una superficie de quinientas leguas cuadradas poco más o menos, lo que demuestra más la necesidad de subdividirlo. En cuanto a la división que se propone, es la más natural y quizá la única que se puede hacer, porque toma desde la costa del mar como veinte leguas al interior y encuentra una línea divisoria de varios terrenos; de modo que tiene por tres lados límites naturales. La costa del mar, Quequén Grande, Quequén Chico y el Arroyo por otro lado. Lo mismo sucede con el partido denominado Juárez, que solamente por el lado del Oeste tiene terrenos baldíos. Así es que esta es la única división que puede hacerse de este partido.

Puesto a votación el proyecto, fue aprobado en general y en particular hasta el artículo segundo, por afirmativa general. Entró en discusión el artículo tercero.

SR. OCANTOS: Estoy conforme, señor, con todo este proyecto y con esta parte del artículo tercero; pero con una modificación.

Yo creo que en lugar de denominar Juárez a este partido de nueva creación, deberíamos llamarle "Puebla".

Si queremos conmemorar las glorias republicanas y el martirio de muchos mejicanos que han caído defendiendo la bandera democrática, démosle a este partido el nombre del pueblo en que más se han distinguido esos mártires, no en el nombre de un hombre a quién todavía falta juzgarse por la posteridad. No me empeñaré en sostener un debate sobre este punto; pero quiero que quede consignado que mi voto aceptando este artículo solamente lo daré con la modificación que acabo de indicar, porque entiendo que así el espíritu de la Cámara se eleva más de lo que se elevaría dándole a este partido el nombre de un hombre.

SR. OLIVERA: Yo me adhiero a la modificación del señor Diputado Ocantos.

SR. ROCHA: Con esa modificación tendría que volver el proyecto al Senado. Así es que si la Cámara quisiese honrar el gran suceso histórico de la defensa de Puebla, puede hacerlo por medio de una ley especial, y no exponerlo por esa circunstancia a hacernos tal vez un grave mal.

SR. SAAVEDRA ZAVALA: Yo creo que la designación del nombre no es de la competencia de la Legislatura, sino del Poder Ejecutivo.

SR. ROCHA: Es administrativo, pero una vez sancionado por la Cámara, debe aceptarse.

SR. OCANTOS: El inconveniente apuntado por el señor Diputado Rocha para oponerse a mi moción, lo creo de poca importancia, puesto que el Senado está reuniéndose todos los días y entonces aquella Cámara, atendiendo por una parte el carácter urgente que tiene el despacho de este proyecto, y por otra a que toda modificación en el cambio de un nombre no afecta en nada el fondo del asunto, aquella Cámara podrá ocuparse con preferencia de este proyecto. Además, si desgraciadamente este negocio no fuera despachado durante las sesiones ordinarias, el Poder Ejecutivo que considera urgente este negocio, lo incluirá entre aquellos para cuya consideración probablemente ha de citar a sesiones extraordinarias. Así es que pido en nombre de las poderosas razones que he invocado, que hagamos el sacrificio de este trámite.

SR. ROCHA: Quién sabe si el Senado acepta el nombre, y entonces tendremos Asamblea General. Entre tanto, el nombre es simplemente con un objeto dado, e iríamos a sacrificar bienes positivos para una parte de los habitantes de la Provincia.

SR. BENITEZ: Creo que mudar la palabra "Juárez" por la de "Puebla", es rendir tributo al efecto en lugar de rendirlo a la causa: Puebla es el efecto que ha causado el señor Juárez en defensa de Méjico, y él es la causa.

SR. OCANTOS: Yo creo que más altura hay en rendir culto a un pueblo que a un hombre.

Se votó el artículo tercero como lo proponía la Comisión, y fué aprobado por afirmativa contra seis.

En seguida fué aprobado por afirmativa general el artículo cuarto y último del proyecto, levantándose la sesión a las seis y media de la tarde.

[Es copia del Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires — Año 1867].

Una Desconocida Carta de Fray Pedro de Gante

Por el Dr. Don *Alberto María Carreño*.

En el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid existen muy numerosos relacionados con México, la Nueva España, entre ellos cartas de los primeros franciscanos llegados poco después de la conquista, pero una de las más notables es la escrita por Fray Pedro de Gante, simple lego, pero de tan alta prosapia, que muchos le han tenido por hijo del Emperador Carlos V.

Llegó como se sabe y él lo dice, con Fray Juan de Tecto y Fray Juan de Aora o Ayora y comenzó a misionar en Texcoco, tropezando con la terrible dificultad que menciona en su carta: el desconocimiento del idioma indígena. Al arribar más tarde los otros doce franciscanos encabezados por Fray Martín de Valencia, como se mostraran asombrados de lo poco que los tres habían avanzado en la evangelización, uno de ellos respondió que habían estado aprendiendo una teología que había ignorado San Agustín, esto es, la lengua de los indios.

En el mismo departamento de manuscritos existe un librito de 80 páginas en geroglíficos, que fue el que utilizó para hacerse entender de los indígenas en sus enseñanzas religiosas.

La carta que ahora se publica, a pesar de que es oscura, nos deja entrever lo que fue la tarea que se impuso Fray Pedro cuando construyó la gran capilla que él denomina San José de Belem, que es conocida en la Historia por San José de los Naturales, y que fue luego un grandioso

templo anexo al de San Francisco, derruido a mediados del siglo XIX en una de nuestras manifestaciones antirreligiosas.

Fray Pedro tuvo junto con la enseñanza doctrinal una verdadera escuela de artes y oficios para los indios, donde éstos aprendían los que les eran necesarios para ganarse la vida. El franciscano en su carta hace mayor hincapié en las prácticas religiosas, pero la importancia de la intensa labor educativa la conocemos por sus compañeros de trabajo en el magisterio y por quienes pudieron ver de cerca su labor.

Fray Pedro, en su carta, se manifiesta opuesto al repartimiento de indios entre los españoles, pero ahonda en el problema, que fue uno de los que más impresionaron a los hombres de mayor inteligencia en aquellos días y quienes al estudiar lo que podía resultar en mejor bien para dichos indios expusieron muy diversos pareceres.

Todavía hoy decir *encomendero* es tanto como decir hombre despiadado que explotaba con sobra de crueldad al indio; pero documentos fehacientes provenientes de aquellos días comprueban que no todos los encomenderos abusaron de quienes tenían encomendados, sino que fueron su protección y ayuda; más aún: muchos encomenderos denunciaron la indebida y reprochable explotación del indio.

La carta que ahora reproducimos ocupa fojas de letra pequeña pero muy clara y firme, más clara que la redacción que en ciertos momentos, como ya se dijo, resulta oscura, a pesar de que sin duda el religioso había adquirido el pleno dominio de la lengua castellana. De todos modos, esta carta es una exposición valiosísima de lo que era la vida de los indios de quienes cuidaba Fray Pedro en materia religiosa y por ello resulta conveniente llevarla al conocimiento de la crítica histórica. Fray Pedro de Gante ha sido y continúa siendo una de las figuras más gloriosas no sólo como evangelizador, sino como uno de los primeros que pusieron las bases de la cultura en la Nueva España, esto es, en México:

“Después que a mi noticia vino como nuestro Señor había sido servido que por los grandes trabajos y enfermedades de que el Emperador nuestro Señor padre de vuestra Majestad se sentía cargado y para que como cristianísimo con más quietud y desembarazado de negocios tan arduos y trabajosos por su edad como los que está ya, y tan necesarios para la existencia y perpetuidad de nuestro Señor cristianísimo se había recogido, y traspasado en vida a Vuestra Majestad como a hijo heredero

suyo el Estado y con él estos reinos de la Nueva España, tiene determinado como uno de los más particulares servidores suyos, pues dende muy mozo siempre me he ocupado en cosas tocantes al servicio de la Corona real antes que tomase el hábito en lo que pude y después acá muy mejor darle cuenta del estado y suceso de la tierra como hombre experimentado por experiencia tan larga de muchos años como es menester para que vuestra Majestad tuviese alguna precisa noticia para cuando alguna vez se ofreciese, que siempre se ofrecen cosas necesarias que suplicar a vuestra Majestad para el descargo de su real conciencia de las cuales como Vuestra Majestad está tan lejos y apartado y no las puede ver ni su real presencia puede ser habida, tenemos necesidad los religiosos como leales servidores suyos, desapasionados y libres de lo temporal y deseos de que lo espiritual permanezca, de le dar cuenta y relación e información para que como siempre el Emperador nuestro Señor lo ha hecho con aquel celo cristianísimo de las ánimas vuestra Majestad como tal e hijo de tal padre, pues Dios fue servido de nos le dar por Señor en tal tiempo en el cual tan necesario era a la Iglesia suya un tal Rey y Príncipe provea lo que más y mejor le pareciere convenir según Dios al bien de los pobres y existencia de la Tierra y es el caso que yo vine con su Majestad el Emperador nuestro Señor cuando vino a España y desembarcó en Santander con otros dos religiosos en compañía de Clapión su confesor, el uno se llamaba Fray Juan de Tecto, Guardián de Gante y el segundo se llamaba Fray Juan también, los cuales son muertos y a mí me llaman Fray Pedro de Gante, servidor muy leal de vuestra Majestad, donde tuvimos nueva que Hernando Cortés había descubierto estas tierras y populosos reinos a los cuales deseando mejor y más complidamente servir a Dios y a la Corona real procuramos de venir y en llegando incansablemente trabajar en la viña del Señor conforme al talento poco o mucho de cada uno y conforme a las fuerzas que Dios le había dado, aprendiendo la lengua, cosa cierto en aquel tiempo muy dificultosa pues era gente sin escritura, sin letras, sin caracteres y sin lumbre de cosa ninguna ni de donde nos poder favorecer sino solo de la gracia de Dios con la cual fue servido en breve tiempo la supiésemos y con ella procuramos de recoger los hijos de los principales y señores y enseñarles la ley de Dios para que ellos consiguientemente la enseñasen a sus padres y madres y a todos los demás y esto por instrucción del capitán que entonces era Hernando Cortés, de buena memoria, el cual luego fue gran parte o casi el todo para quel evangelio de Dios fuese tenido y reverenciado, honrando a los ministros dél y reverenciándolos, por lo cual fue

digno y lo son todas las cosas en este mundo de honra y en el cielo de gloria, como creo que la tiene porque luego mandó a toda la tierra que de 20 y 40 leguas al rededor de donde estábamos que todos los hijos de los señores y principales viniesen a México a S. Francisco a aprender la ley de Dios y a la enseñar y la doctrina cristiana y así se hizo que se juntaron luego pocos más o menos mil muchachos los que les teníamos encerrados en nuestra casa de día y de noche y no les permitíamos ninguna conversación; y esto se hizo para que se olvidasen de sus sangrientas idolatrías y excesivos sacrificios donde el demonio se aprovechaba de innumerable cantidad de ánimas. Parece cierto cosa increíble que hubiese sacrificio de cincuenta mil ánimas. Doy esta relación a vuestra Majestad para que conozca que trabajos pasarían los pobres religiosos en semejantes negocios y lo que hoy día pasarán para conservar lo que con tanto trabajo han adquirido y la necesidad que tendrán del favor de vuestra Majestad para lo sustentar porque no sea peor la recaída que no la caída y así suplico a vuestra Majestad todo lo vea considerando más mi gran voluntad que es en todo y por todo servirle que no mis simples palabras y llanas.

La orden que con ellos se ha tenido es que luego de mañana cantaban y rezaban el oficio menor de Nuestra Señora dende prima hasta la nona y luego oían misa y cuando no era tiempo de ayuno los que querían almorzaban y luego entraban a leer y enseñar a leer y escribir y algunos a cantar para servir y officiar el oficio divino, y los más hábiles aprendían la doctrina de coro así como son artículos y mandamientos con los demás para enseñar y predicar a los pueblos y a las aldeas; y después de haber leído cantaban nona de Nuestra Señora y entrábase a... y dadas gracias cantaban el oficio de finados: por la semana y el viernes los salmos penitenciales y el sabado canticum gradum y descansaban un rato y después entraban a leer hasta vísperas, las cuales acabadas tenían otro ejercicio de media hora poco más o menos y después de cenar decían sus completas de nuestra Señora y luego tenían sermón hasta las ocho donde se ensayaban para ver quién era más hábil para ir a predicar a los pueblos y luego se iban a dormir hasta maitines y todos juntos se levantaban a ellos, los cuales acabados tenían un poco de oración, y lunes, miércoles y viernes hacían sus disciplinas, y esta orden tuve y se guardó muchos años; y por toda la semana los más hábiles y alumbrados en las cosas de Dios estudiaban lo que habían de predicar y enseñar a los pueblos los domingos y fiestas de guardar, y los sábados los enviaba en dos en dos a cada pueblo al rededor de México 2 y 3 y 4 y 5 y 6

leguas, y a los otros de diez y de quince y de 20 leguas, y algunas veces de veinte en veinte días, y a otros más o menos salvo cuando era fiesta o dedicación de los demonios que enviaba a los más hábiles para las estorbar; y cuando algún señor hacía fiesta en su casa secretamente, los mismos que yo enviaba a ver me venían (a) avisar y luego los enviaba a llamar a México y venían a capítulo y les reñía y predicaba lo que sentía y según Dios me lo inspiraba; otras veces los atemorizaba con justicia, diciéndoles que los habían de castigar si otra vez lo hacían y desta manera unas veces por bien y otras veces por mal, poco a poco se destruyeron y quitaron muchas idolatrías, a lo menos los señores y principales y van alumbrándose algún poco y conociendo al Señor y procuraba siempre de aficionarlos al yugo suave del Señor y a la Corona real por buenas palabras y halagos y otras veces por temores, aconsejándoles y declarándoles la diferencia sin comparación que había de servir a Dios y a la Corona real a servir al demonio y a estar tiranizados. Empero la gente común estaba como animales sin razón, indomables que no los podíamos traer al gremio y congregación de la Iglesia ni a la doctrina ni a sermón, sino que huían desto como el demonio de la \dagger y estuvimos más de tres años en esto que nunca, como tengo dicho, los pudimos atraer, sino que huían como salvajes de los frailes y mucho más de los españoles; mas por la gracia de Dios empecéles a conocer y entender sus condiciones y quitalles (?) y cómo me debía a ver con ellos y es que toda su adoración dellos a sus dioses era cantar y bailar delante dellos porque cuando habían de sacrificar a algunos por alguna cosa, así por alcanzar vitoria de sus enemigos o por temporales necesidades, antes que los matasen habían de danzar delante del ídolo, y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicados, compuse un cantar muy solemne sobre la ley de Dios y de la fe, y cómo nació de la virgen María, quedando ella pura y entera, y esto poco más o menos dos meses antes de la Natividad de Cristo, y también díles libreas para pintar en sus mantas para bailar con ellas porque así se usaba entre ellos conforme a los bailes y a los cantares que ellos cantaban; así se vestían de alegría o de luto o de vitoria, y luego cuando se acercaba la pascua hice llamar a todos los convidados de toda la tierra de diez leguas a la redonda de México y demás para que viniesen a la fiesta de la Natividad de Cristo nuestro redentor y así vinieron tantos que no cabían en el patio aunque es harto grande y cada provincia tenía hecho su jacal en donde se recogían los principales y unos venían de 7 y 8 leguas en hamacas, enfermos, y otros de 6 y 7 leguas por agua los cuales oían cantar la mesma noche de la Natividad los ángeles en el cielo que

decían: en tal noche nació el Redemptor del mundo y otras palabras semejantes, así que desta manera vinieron primeramente a la obediencia de la Iglesia y desde entonces se hinchan las iglesias y patios de gente y muchas ceremonias que ellos tenían dedicadas a los demonios, en cortar los cabellos por los cuales conocían la dignidad de cada uno, y todo lo iban quitando de tal manera que en poco tiempo no había memoria dello. De manera que esta fue la entrada primera dellos en la noche de la Natividad de Nuestro Redentor y en el patio de San Francisco de México y así alzaron luego una cruz en él casi de ducientos pies en alto, en memoria de la bandera y estandarte de Cristo, la cual está hoy en día que es más alta que ningún campanario de toda la tierra. Por tanto quería suplicar a Vuestra Majestad que por cuanto yo estoy ya muy viejo y cansado y casi en la sepultura, que vuestra Majestad me conceda esta merced por último galardón de mis servicios y para el bien universal de todos los fieles; que vuestra Majestad alcanzase indulgencia plenaria a todos los que se enterrasen en el dicho patio de México, de San Francisco, para que quedase perpetua memoria de vuestra Majestad y de la conversión de todos, pues es la cabeza de todos y la más antigua y por eso se llama San Joseph de Betlen, pues que en ella nació Cristo, y así solía ser de paja como vino por tal, pobre. Empero agora es una capilla muy buena y muy vistosa y caben en ella diez mil hombres y en el patio más de cincuenta mil y en ella tengo mi escuela de niños donde se sirve Dios nuestro Señor muy mucho y así lo vino a ver el Virrey y Oidores y nuestros padres y prelados y dijeron que era una cosa muy necesaria al servicio de Dios y de vuestra Majestad, y así me encargaron muy mucho la conservase porque en ella aprenden a leer y escribir muy muchos indios que traen toda la masa de la tierra y son coadjutores de los religiosos y los ayudan a administrar la lengua y sacramentos y para alcaldes, jueces y regidores y gobernadores y ellos son los que enseñan; y a los otros (sic) y me ayudan en todo lo que conviene porque yo ya, como dicho tengo, no puedo ni tengo fuerzas; por lo cual quería suplicar a vuestra Majestad que atento a que el Emperador nuestro Señor y el Consejo de las Indias, habida información del provecho que al servicio de Dios y de vuestra Majestad resulta desta capilla para los muchachos della se hizo una limosna, la cual mandaron fuese de penas de la Cámara, y éstas son tan pocas que se pasa de un año que no les han dado nada y corre éste sin esperanza de lo haber, que vuestra Majestad mande que la limosna que se ha de hacer sea de la caja y de toda la real hacienda de vuestra Majestad para que éstos pobres permanezcan aquí y tengan que comer porque son pobres

y trabajan mucho en hacer los divinos oficios y enterrar los muertos y en cosas que son menester al servicio de nuestro Señor, trayendo los niños al escuela y enseñándoles pulcía para que sepan leer, escrebir y cantar, y la doctrina cristiana, y éstos son casados con mujer e hijos y si no se les hace esta merced, no se pueden sustentar ni vivir de sus trabajos por estar, como digo, siempre ocupados en la escuela y ser su ocupación tan necesaria y provechosa; y esto pido tan bien y tan fielmente me han ayudado y ayudan y ayudarán viéndose favorecidos, y aquí hablo de solos los de México que están y siempre han estado a mi cargo; que los demás como ya hay algunos religiosos aunque no nada en comparación de los muy muchos que son menester para tanta mies como hay; ellos tienen por allá cargo de sus escuelas porque en cada casa los tenemos.

Estando escribiendo se me ofrecieron avisar para avisar a su Majestad y es de los grandes inconvenientes que hay en repartir los pueblos a los españoles; que antes permita vuestra Majestad en dalles de sus rentas cosa de juros y rentas que no partir la tierra; los daños son estos: lo primero que los españoles con los repartimientos de indios a lo que se tiene entendido están perpetuamente ellos y sus descendientes en peligro de su salvación, porque hacer curas de ánimas a hombres casados y con mujeres y hijos con honras del mundo y sus cumplimientos no parece poder guardar ni hacer lo que conviene a los unos ni a los otros, y con las rentas que vuestra Majestad les diere estarán sus conciencias quietas sin cargo de conciencia y cultivarán la tierra y no tendrán que ver con indios y no tienen ocasión teniendo esto de tener las potencias con los ministros de la doctrina como cada día acontece sino habrá gran lugar porque la doctrina se plantó y sean cristianos y así no se pueden levantar contra la Corona real porque como no tengan más de un Dios y un señor temporal que los rija y mantenga y sustente paz y justicia no hay lugar de los unos y los otros desmandarse; y como espero vuestra Majestad con celo de que esto vaya adelante lo hará y proveerá, no digo más de que quedo rogando a nuestro Señor por muy largos años nos deje gozar de vuestra Majestad en mucha paz y sosiego.

De Sant Francisco de México, de Junio 23 de 1557 años.

Besa los pies de vuestra Majestad su siervo y continuo orador.

FRAY PEDRO DE GANTE

[Trabajo leído por su autor en la sesión ordinaria del 14 de Noviembre de 1960].

Comida Típica de México

I

GUISOS

Por el Dr. Don Manuel Carrera Stampa.

Inmensa cornucopia de rico contenido aseméjase la orografía de nuestro territorio en el mapa terrestre. Cornucopia llena no de riquezas inherentes al territorio sino de productos inventados por el ingenio de sus habitantes para asegurarse o suplir el sustento; exóticas y raras combinaciones de la variada y rica flora y fauna vernáculas con las importadas durante la Colonia. Guisos y suculencias de exquisitez inigualada con que halagar al gusto.

Un ensayo de geografía gastronómica de México, sin pretender que sea exhaustivo, es lo que os brindo basándome únicamente en lo que he paladeado y dentro de mi calidad de *gourmet*. Detenéos y seguidme por un momento en mi rápido recorrido que no os arrepentiréis.

El lado que mira al Oriente de esa inmensa cornucopia, lo constituye el litoral del Golfo de México, gran zona de mariscos que va desde Matamoros, continúa por Tampico, Nautla y Veracruz, con sus pulpos y jaibas, y, además, su innumerable, sí que exquisita variedad de pescados, entre los que descuella la mojarra, el robalo, el pámpano y el guachinango. Boca del Río con sus ostiones; mole de robalo o guachinango en Tlacotalpan; puchero y tortuga en verde y en sangre de Tabasco; Campeche con sus cangrejos moros, cazón y esmedregal y el sabro-

sísimo “pámpano campechano” preparado con achiote; y Progreso, donde se pescan las más substanciosas langostas. Escabeche en todo el litoral.

Del lado del Poniente: el Pacífico; en el extremo Noroeste en el litoral de la Baja California, multiplicidad de pescados de entre los que sobresalen: la raya, la percha, el cazón, el robalo, el pámpano, el atún, la sardina, el guachinango, guisados de muy variada manera. El “legado de California”, famoso platillo de grandes ostiones frescos con pepinillos dulces en mantequilla. Almejas, anguilas, cangrejos, boquerones; Guaymas con sus afamados ostiones; Sinaloa con sus camarones gigantes; Acapulco con su cebiche. Caguama en todo el dilatado litoral.

En la parte más amplia de la inmensa cornucopia, esto es, el Norte del país: bravío y altivo, se extiende una voraz e inmensa zona carnívora: carne seca y *tasa* solo o *enchilado* en Sonora y Chihuahua; *cazuela* de falda tierna de res y *caldillo* de *cecina* en Sonora; *menudos* en la frontera y en los Estados de Sonora, Chihuahua y Durango, calientes, bien sabrosos y confortantes en los amaneceres de cruda. *Mochomos* de tapa o falda de cerdo en Chihuahua; *pozoles* en Sinaloa y Jalisco; borregos y cabritos *al pastor* asados a fuego lento o en su sangre en Nuevo León y Zacatecas; *machitos* y *agujas* o costillas de cabrito tierno en Coahuila y Nuevo León. *Albóndigas de pobre* de carne de cerdo y el *rabo de mestiza* en San Luis Potosí. En todo el Norte *tortillas* de harina de trigo y manteca, calientitas, muy sabrosas...

Barbacoas condimentadas con yerbas aromáticas, carnitas, chicharrones, longanizas, chorizos, rellenas, sopes, quesadillas, empanadas, *chilaquiles* y *enchiladas* en todo el país. *El taco placero* es proverbial en provincia. En los mercados, en los *tianguis*, hay que ver con qué fruición se apuran los tacos, largos como clarinetes, de barbacoa de carnero o cabrito, con: *metztlapiques*, *papaloquelite*, chile, cebolla y cilantro. Feliz revoltijo con que se regala el ranchero, que no registra íntegro ningún tratado de cocina y que desconocen agendas y almanaques.

Empanadas de *amarillo* en Oaxaca y empanadas de Santa Rita en Chihuahua, hechas con harina, manteca y *tequesquite*; *enchiladas* de San Luis Potosí, de chile ancho y queso añejo, y las famosas *chalupas* y *garnachas* de Puebla, de carne de cerdo y chile ancho.

Y ¡oh dolor! los *pambacitos de centeno* que han ido desapareciendo... con su obligado complemento: el *guacamole*, hecho con el superbo “fruto de la Tierra”: el *aguacate*; delicioso condimento si los hay.

También *tamales* de chile y de dulce. Extraordinario y regio invento indígena es este del *tamal*, hecho de maíz, ni muy grande ni muy

grueso; sino que quepa en el puño de la mano, según viejo rito. Populares entre cien variedades a cual más de sabrosos son los *tamalillos* de Nuevo León de carne de cerdo; el *tamal de pobres* de pescado de Veracruz; los de guajolote y *chilhuate* de Oaxaca; los *chanchames* de diversas carnes de Yucatán; los de queso de Michoacán; los llamados de *ceniza* de Sayula, Jalisco, hechos de frijol colorado, y los *cuchepos* de Pátzcuaro. Y las *tortillas* delgadas, suaves, redondas y doradas por el *comal*, al lado de *bocoles*, *totopos*, *tintiles*, *sopes*, *chabacanes*, *chalupas*, *peneques*, *totopaxtles*, *quesadillas*, *molotes*, *tlatlaollos* y otras viandas hechas con *nixtamal*, o sea, la blanda masa de maíz cocida en cal viva. Y los *atoles*, unos perfumados y aderezados con frutas: fresa, guayaba, ciruela, piña; o rosados por la flor de jamaica; o blancos por la pepita de calabaza; o bien morenos *champurrados* por el chocolate y la miel que se les agrega. ¡Todos exquisitos!

Tortas compuestas en todo el país, muy variadas: de *teleras* con lomo de cerdo, milanesas, jamón, pollo, sardina, bacalao, paté, *manitas* de puerco, galantina, bien aderezadas con chilpocle, aguacate, cebolla, queso añejo, crema o mostaza. ¡Para todos los gustos!

Posole y *birria* en Guadalajara, y el famosísimo *pollo a la Valentina* engordado y frito en su propia grasa. De allí mismo las *enjocadas*.

Pescado blanco en Pátzcuaro, exquisito. Los de Yuriria y Cuitzeo no son tan buenos.

Toluca en el Estado de México, tiene fama por su carne y sus quesos; sus chorizos, longanizas y chicharrones son de lo mejor de México. Truchas en Salazar.

De la capital, al parecer, es el *pipián*, aunque asegúrase no sin fundamento, que es originario de Jalisco. Guiso de abolengo histórico, pues ya Juan de la Cueva, el poeta español, lo elogiaba en México, desde el siglo XVI:

que un *pipián* es célebre comida
que al sabor dél os comeréis las manos...

El rico *pipián* hecho con pepitas de calabaza molida, a la que se le agregan: perejil, *epazote*, hojas de lechuga y rábano, chiles y tomates molidos, y diversas carnes al gusto: pollo, res, guajolote, pato, carnero o cerdo. Populares son los *chilacayotes en pipián* con carne de cerdo; y extraordinario, el pato de Iztapalapa en atrayente *pipián* verde elaborado con chiles anchos, mulatos y tunas *xoconostles*, combinado con frescas *catrinas* de espejo y blanco pulque.

Infinidad de salsas picantes y caldillos ligeros acompañando a las viandas. ¿Quién no ha suspirado por unas *verdolagas*, unos *huazontles* o unos *quelites* nadando en su caldo? ¿O por unas guías tiernas de calabacitas y *elote* con salsa de gusanillos de *magüey* con *chilpocle*, el *caldo de gato* y el *chileajo* oaxaqueños?, ¿o por el *sotobichay* de hojas de chaya, masa, huevo, pepita y salsa de jitomate con chile habanero que se come en Mérida?

En días de cuaresma, un hirviente plato de *nopales navegantes* o de *romeritos* con tortas de camarón; y por Navidad, la fresca *ensalada de Navidad*, mexicanísima, hecha con betabel, jícama, naranja, pedazos de caña, lechuga, aceite y vinagre, salpicada con cacahuates.

Caldos de pollo o de gallina, con arroz y garbanzos, calientes y confortantes, aquí y en toda la República. Con los agregados de cebolla, cilantro y chile verde o rojo menudamente picados. Bébesele en “puestos”, en los mercados, en las estaciones del ferrocarril, en las terminales de los tranvías y de los camiones, y en lugares cercanos a ellos. Famosos en la capital, eran hasta hace poco tiempo, los “caldos de Indianilla”, terminal de los tranvías de la ciudad, lo mismo los de “La Lagunilla”, cercanos al mercado del mismo nombre.

A los “callos madrileños”, se les designa con mayor suavidad *pancita*; al cocido, más castizamente *puchero*; y a su adorno de verdura *vi-tualla*.

Huevos aquí y en toda la República, en variadísimas formas, desde crudos con limón hasta los en dulce en deliciosos *huevos reales*. Toda una fantástica gama para el gusto más exigente: “tibios”, “estrellados” o fritos en manteca, en chile, en jitomate, en leche; “revueltos”, solos o con queso, crema, nata, jamón, legumbres o sardinas; en “tortilla” con atún, robalo, espárragos o chícharos; huevos “cuajados”, de “tripa”, “rellenos”, “machacados” y “alborotados”... y criadillas.

Achicándose la cornucopia en lo que forma la Depresión Austral y el Istmo de Tehuantepec, la región de los *moles*; Puebla y Oaxaca. Chiles y *moles*... ¡Ay, de delicioso sabor... y ardiente picor! Chiles serranos, cuaresmeños, poblanos, chilacos, tomalchiles, chilpocles, pasillas, anchos, guajillos, mulatos, piquines, habaneros, de cascabel y mil más de diversos colores y sabores. Famosa es la “Pluviosilla” por sus chilpocles en escabeche; los “chiles jalapeños”.

El llamado *mole de Doña Petronila*, guisado con epazote y pan remojado; el de *Nana Chepa*, de costillas de cerdo en chilpocle; el *mole de olla* o *coloradito* de pecho de res; el *mancha manteles* de *guajolote*

con diversos chiles, piña, plátanos machos, manzana y especias. Arco iris de los *moles* de guajolote, desde el *amarillo* o hecho con chilcuale, hojas de aguacate y hoja santa, hasta el *negro* requemado, aderezado con chile negro y chile ancho. En cada hogar, se puede decir, se elabora el *mole* de diferente manera.

Cumbre y prez de la comida mexicana es el nunca bien exaltado *mole de guajolote* de Puebla, elaborado con diferentes y afamados chiles: ancho, mulato, pasilla, chilpocle, tostados, y las especias: el oloroso clavo, la penetrante canela y las pimientas "gruesa y delgada"; la indispensable tortilla tostada y molida, todo condimentado a fuego lento con manteca, ajo, sal, tomate, ajonjolí, almendras, "pizcas de anís", de cominos y de cilantro, salpicado al presentársele para comerlo, bien caliente, con minúsculas semillas de ajonjolí tostado.

El origen de este extraordinario platillo, según informes tradicionales bien conocidos, es el que sigue: "Las monjas del convento de Santa Rosa de Puebla, queriendo agradecer al Señor Obispo don Manuel de Santa Cruz, los muchos favores que les había dispensado, imaginaron la receta de un guiso extraordinario que después de varios ensayos lograron obtener. El Señor Obispo, en recompensa y reconocimiento de la habilidad culinaria de las monjitas, ordenó que se les construyera la monumental cocina de azulejos que aún puede ser admirada, convertida en Museo de Cerámica... en dicha ciudad.

Puebla y México, la ciudad, se disputan al haber creado los *chiles en nogada*, con grandes chiles poblanos, verdes y frescos, y nuez de Calpan, de la llamada encarcelada.

A mí me gustan más como los hace en mi propia casa, mi fiel y leal cocinera María Luisa, ¡qué Santa Gloria haya...!, rellenos de queso o de fino picadillo de carne de res, perfectamente desflemados y en largo remojo de agua con sal para que no piquen mucho; capeados con huevo, pero la grasa totalmente escurrida y la nogada hecha de nueces frescas y ligeramente salada, todo salpicado con rojos dientes de granada. Platillo tricolor, patriótico, que sabe a México....

Morcilla en Cholula, que allí como en otras partes del país, le llaman *rellena* o *moronga*.

Frijoles negros en Jalapa y en toda la costa veracruzana, refritos con sus *totopos* y queso añejo rayado; frijoles con *hierba de conejo*; *bollitos de frijol negro* y pepitas de calabaza tostada y *chochoyotes* hechos con frijol blanco en Oaxaca.

Chiapas con su queso, su rico jamón de San Cristóbal de las Casas y su cochinita de Tuxtla Gutiérrez.

Fuera de la cornucopia o cuerno de la abundancia pero dentro de nuestro territorio, la península de Yucatán nos ofrece celebrados platillos de gusto exquisito: *papadzul* de semilla de calabaza; *mukbi-pollo* o "tamal de muerto" kilométrico por su tamaño, de maíz con *achiote*; y los clásicos platillos *pibil*: pollo, lechón o "cochinita" como se le dice vulgarmente, condimentados con especias y yerbas de olor y envueltos en hojas de plátano; y los *panuchos* de frijol, y la inolvidable *barbacoa* de venado.

Quesos en todas partes: el relleno de Campeche y Yucatán; el fresco de Chiapas y de Chipilo en Puebla; los trenzados de Oaxaca "como los cabellos de las indias de Yalálag"; los redondos y muy blancos de Toluca; el enchilado de La Barca, en Jalisco; el de Tlaxcala envuelto en hojas de plátano; y los de Cotija en Michoacán, San Frandila de Lagos, Unión de San Antonio, Jalisco y Santa Bárbara; los quesitos de leche de cabra de Tizapán; y el de Chihuahua, tal vez el más famoso.

¿Cuál es la característica de la comida popular, de la comida típica mexicana? Aun cuando no toda nuestra comida lleve chile, es el sabor picante, el uso y aun el abuso del chile, la tónica que predomina en ella. Además, la abundancia y variedad de manjares, signo así mismo de su excelencia.

* * *

II

PAN. - BIZCOCHOS

Verdadero léxico folklórico que no debemos tratar de comprender pero sí de paladear, es el de los nombres del pan y el de los bizcochos que nuestro pueblo gusta de elaborar y consumir diariamente como complemento de su rica, variada y condimentada cocina.

Las culturas prehispánicas de América, y las de México, entre ellas, tuvieron el maíz como base de su dieta. Al lado de las tortillas y de sus variantes, de los *tamales* y del *pinole*, acostumbran a hacer *pan ácimo* de maíz.

En efecto, el maíz molido y crudo convertido en harina que se amasa con agua y se coce en el *comal*, es el *pan ácimo*. Estos panecillos

usábanlos en las ceremonias fúnebres o para aplacar la ira, el rencor y la venganza de sus dioses, según era su creencia. Realizadas la Conquista y la Pacificación, los frailes de las distintas órdenes convirtieron el *pan ácimo* en *pan bendito*, destinándolo a los sufragios de las "Almas del Purgatorio" y las ofrendas piadosas sobre los sepulcros. Así en esa forma simplista, le cambiaron inteligentemente su significación dentro de la nueva religión recién importada.

Este tipo de pan, desde la época precortesiana —es lo probable— hasta nuestros días, ha tenido bellas formas: rodela, flechas, animales, estrellas, frutas, rayos, cuerpo humano, flores. Figuras en que desgajan las humildes gentes de nuestro pueblo su eminente sensibilidad plástica. Los hay solos o pintados de azul o rojo. Encantadores son las mariposas y los pescaditos.

De origen colonial son las *gordas* de maíz, azúcar, carbonato y canela. Y las famosísimas *gorditas* de la Villa de Guadalupe, hechas de masa de maíz con carbonato, envueltas, muy coquetamente, en "papel de China" de colores, ¿Quién no fue a la Villa, únicamente para proveerse de ellas y al regreso comérselas ansiosamente en el camino?

Fueron los españoles, y en los precisos días de la Conquista, los que introdujeron el trigo en nuestro territorio. Bien pronto, al lado del maíz tradicional, la nueva gramínea fue extendiéndose por todo el agro mexicano, transformando su peculiar fisonomía y creando nuevas zonas y centros de cultivo y de consumo. Vino el trigo a suplir, o mejor dicho, a complementar la comida del mexicano; de tal suerte, que hoy, al lado de la *tortilla* y de sus múltiples variantes se come en todo el país pan elaborado con harina de trigo.

Desde la época Colonial, el pan que a diario se consume le dieron nombres sugestivos e ingeniosos, pretendiendo quizá, con imaginación, definir formas y sabores.

Fuera de la harina de trigo, azúcar, sal y agua, los ingredientes para preparar la *masa*, han ido variando con el tiempo. A la tradicional manteca de cerdo se le suple con manteca vegetal o mineral, o aceites de similar procedencia; al huevo íntegro de gallina o pípila, con polvo de huevo deshidratado; y así mismo, se han venido cambiando las levaduras. De igual modo, muchos de los panes coloniales ya no se fabrican o han sido substituidos por otros; o bien, se les designa con diferentes nombres. Estos son los mismos en toda la República; aunque claro está, hay ligeras variantes en su denominación según la región, villa o ciudad a donde se elaboren.

Al *pan blanco* hecho de harina, levadura, agua, sal, azúcar, ingrediente que es lo que le da el sabor y el color y hace que pueda cocerse y hornearse bien, se le contraponen el *pan de dulce* o *pan de huevo*, a cuya masa sin levadura o con muy poca, se le ha agregado huevo y mayor cantidad de azúcar. Y conforme la pasta se hace "corriente" o "fina", así llevará o no levadura y otros ingredientes; y según la categoría del *expediente de pan*, panadería o de la panificadora, así será el surtido y la calidad que ofrezca al público. ¡Qué sabroso es el pan caliente recién salido del horno, con un tufillo que se le cuela a uno por todo el cuerpo...! ¡Hum!

Los *pambazos*, los *bolillos* o *birotos* y las *teleras* son los más populares dentro del *pan blanco*. Los hay chicos y grandes bastante pasables; aunque disminuyendo siempre en tamaño, y aun en calidad, muy a pesar de las disposiciones en contrario para conservar inalterables, su peso, tamaño y cualidades intrínsecas. No existe hogar en una amplia zona del país en donde no dejen de comerse *bolillos* o *teleras* todos los días.

Dentro del *pan blanco* hay diversos panes o "figuras", como les llaman los panaderos que los hacen. Tales son entre otros: los *nudos*, los *yoyos*, los *cañones* y los *tornillos*; el llamado *ojo de Pancha* un poco salado; el pan español y el inglés, y el pan de Viena. ¡Para todos los gustos!

De *pan negro* o de centeno, también se hacen las mismas figuras, y los riquísimos *pambacitos*, que ¡Oh dolor, van desapareciendo!

Dentro del *pan de dulce* o *biscocho*, cuya variedad es inmensa y sugestiva, menciono los panes que como *gourmet* que soy he paladeado. He aquí una lista atractiva en nombres, formas y sabores: con nombre de accidente topográfico: los *volcanes*; con nombres de plantas: *nopales*, *laurel*; con el de frutas: *naranjas*, *granadas*, *zapotes*, *limas*, *calabazas* (reellenas de crema de maizena); con el de animales: *calamares* (que el vulgo llama *alamares* equívocadamente), *conchas* de pasta blanca, "doradas" de pasta de azúcar glassé o de pasta "amarilla" de huevo; *borregos*, *palomas*, *caracoles*, *cocodrilos* o *armadillos* y *perritos*; con el de jerarquías sociales: *monjas*, *curas*, *condes*, *virreyes*, *gendarmes* o "vecinos" y *arzobispos*; con el de flores y arbustos: *camelia*, *juncos*, *hojas*. ¡Qué me decís, no estáis satisfechos? Pues probaremos otros...

Los hay con figuras geométricas: *roscas de canela*, de *crema*, de *vainilla*, de *manteca* o polvoreadas de azúcar o con grageas de colores; *roscas nickel* y de *bolsa*, que son de huevo o de Reynosa de pasta hojaldrada; y *cocoles* de anís salpicados de ajonjolí. Muy solicitados son los

cocoles en todas las prisiones del país: pues el desayuno del pobre preso consiste en un jarro de café aguado y uno de estos sabrosos panes. También hay los que imitan partes del cuerpo humano: los *huesos* o *huesitos*, los *corazones de panqué*, las *orejas* de pasta de hojaldre y los *ojos*. ¡Y hay que ver cómo se consumen!

La mujer no podía faltar, y así hay panes con nombres femeninos: *carmelas*, *lolas*, *magdalenas*; o de sus peinados: *trenzas* o *trenzadas*, *pelonas*; o con nombre de un objeto de su coquetería: *espejos* con un barniz de glassé de azúcar; o que aluden a su defecto capital: *chismosas*. Otros hay, que orgullosos ostentan nombres del atributo masculino por excelencia: los *bigotes*; y, naturalmente, los *cuernos*; los famosos *cuernos*... de mantequilla, no sin un dejo de malicia.

Tampoco podrían faltar los que aludieran al amor en varios de sus escarceos: las *ilusiones*, los *besos* (reellenos de mermelada de tejocote, membrillo, perón, etc.), los *picones*, los *pellizcos*, las *mordidas* y las *resobadas*.

Otros hay que se refieren a un estado civil: las *novias*; a alguna forma de castigo: *regañadas*, *trompadas*, *ahorcados*. Otros más, a objetos tangibles, como a un instrumento músico: *violines*; a un juguete: *rehiletas*; a un material de construcción: *ladrillos*, que los hay untados de huevo o de glassé de chocolate; a un artículo de uso doméstico: *colchones* polvoreados de azúcar; o en fin, a objetos de uso personal: *carteras* y *bastones*; o remedando prendas de vestir: *cachuchas*, *moños* y *corbatas*, de las que las de huevo se llaman *corbatas de danés*. La equitación y la tauromaquia están representadas por los *estribos* de canela y las *banderillas*; y las matemáticas por los *ochos* y los *nueves*.

Hay panes que llevan el nombre del lugar de su primitiva procedencia: *campechanas* de hojaldre (de Campeche); *pachucos* (de Pachuca), *morelianas* (de Morelia), los tres muy ricos en el desayuno.

Y si todavía no saciáis vuestra curiosidad o vuestra gula, hay otros más con nombres raros o estrambóticos de cuyo significado he perdido la cuenta: las popularísimas *chilindrinas*, los *feité* de pasta de hojaldre, los *chamucos* y los *tecurarines*. ¿Qué sugestivos son estos nombres, verdad? Pues es menester saborearlos, cosa que os recomiendo hagáis, soprándolos en espumoso chocolate.

Polvorones de diversas clases: de pan molido y carbonato, o polvoreados de azúcar: blancos y oscuros, muy ricos, que se deshacen en la boca... *Puchas* y *hojaldras* de manteca; sabrosas *soletas* y delicadas *lenguas de gato*; *palillos* solos o con queso; *medias noches* y *donas* solas o

con azúcar glassé y de chocolate; *brioche* y *churros*; *mantecadas* y *panqués* de diversas clases: sencillo, de Obispo, de papa o de sagú, de nueces, maizena, almendras o pasas; *bisquets*; *galletas* de mil formas y sabores, desde la clásica *galleta de soda* ligeramente salada hasta la delicada rellena de pasta de almendra o de naranja. Y desde luego, la tradicional *galleta María* de nuestras meriendas infantiles. ¿Quién no la recuerda con nostalgia? Toda una extraordinaria variedad a cual más sabrosas.

De aceptación popular son las llamadas *tortas* y el *mamón* de pan esponjoso, ambos panes hechos con huevo y levadura de pulque, que se expenden en las ferias y romerías, en los mercados y plazas del Centro y Sur del País. Por todo el Norte, la dorada *tortilla* de harina de trigo domina desafiante a la morena de maíz; y, en Jalisco y el Occidente, las *semitas*, de las cuales, las mejores son las de miel de piloncillo o *chichimecas*.

Reminiscencias —por cierto bien interesantes— de ritualismo fálico como expresión de gratitud por la maravillosa facultad de la reproducción humana, son ciertos panes, bizcochos y pastelillos a semejanza de los órganos genitales de ambos sexos. Su popularidad es sorprendente. Es posible que los panaderos ni siquiera se den cuenta de ello, y menos, de su ya remoto origen y significado.

Los *huesos* o *huesitos*, retienen el diseño fálico. El triángulo ha sido símbolo sexual femenino; varios bizcochos toman esta forma; entre ellos, las llamadas *palomas* y las *hojas*; las *roschas* lo mismo, y sobre todo, las *teleras*. Las *limas* tienen forma de los senos de la mujer.

Los *besos* son emblema del ósculo del ser querido y cuyo significado sexual es hartamente evidente. Con mucha frecuencia se oye el cumplido: ¡Te comería a besos! Superficialmente esto parecerá una lisonja casual muy bien expresada; pero, de hecho, la frase tiene un profundo significado sexual, pues el comer como ya ha sido demostrado, está relacionado en diversas formas con el acto carnal.

Es evidente que esos y otros panes y bizcochos formaban parte de ritos y ceremonias hoy desaparecidos.

Pero de todos los panes y bizcochos, los que tienen para nosotros los mexicanos mayor significación social, son el *pan de muertos*, que se come el 2 de Noviembre, y la *rosca de Reyes*, el 6 de Enero, conteniendo al tradicional muñequito o “niño”. Quien lo saca ante la ansiedad de los circunstantes al momento de partir la rosca, habrá de hacer un nuevo convite hacia el 2 de Febrero: “Velar al niño por la Candelaria”... Panes el primero, de origen religioso-pagano, pues pensábase que el in-

que con el tiempo transformaron el paisaje mexicano influyendo en su dieta, costumbres y economía.

No menos variadas eran las plantas frutales, tubérculos y cactus vernáculos: el mamey, el aguacate, el zapote con diferentes especies: blanco, prieto, chico y el amarillo o *borracho*; el nopal de variadas tunas: roja, verde; el capulín, el nance, el tejocote, el papayo, el juinicuil, el guayabo, el níspero, el tamarindo, el cocotero, el manglar, el chirimoyo, la guanábana, la biznaga, el camote, la jícama, el cacahuate, la pingüica, el calabazo, el ciruelo de hueso grande.

Con esta gran variedad de frutas, unas indígenas, otras europeas, otras más de origen africano o asiático, pero introducidas durante la Colonia o poco después, nacieron los más extraordinarios y diversos postres y dulces de los que pueda vanagloriarse nación alguna, y de los que nosotros debemos estar orgullosos, y proclamarlo, puesto que es lo nuestro, lo genuinamente mexicano.

Como un inmenso y policromo caleidoscopio aseméjase nuestro país tratándose de postres y de dulces. Cada provincia, cada región, villa o ciudad tiene los suyos propios que ostenta con fundado orgullo y vanidad. Inmenso caleidoscopio de múltiples facetas en verdad, de exquisitos dulces y almíbares, de delicadas, extrañas y complicadas combinaciones de leches, huevos y aromáticos frutos. Os lo mostraré a seguidas si me prometéis no chuparos los dedos al irlo viendo a través de estas líneas.

Aparte de lo que ya conocéis por ser común de nuestro hogar: las jaleas, las cocadas, las jaletinas, los flanes, las mermeladas, colocadas recién hechas, en recipientes, cubriendo su superficie de cera para conservarlas en despensa; y las compotas, de distintas de las frutas mencionadas. La caliente *capilotada* por Cuaresma, los *chongos* de leche cuajada, el arroz con leche, y los buñuelos bañados con miel de piloncillo por Navidad; así como las populares golosinas que se venden en la calle, tales como: frutas cubiertas, jaleas, merengues de clara de huevo, azúcar pulverizada y buchec de *pulque*, *muéganos* bañados con miel de piloncillo, castañas asadas, pastillas de chocolate o caramelo, paletas, *pirulíes*, *trompadas* y *charamuscas* de diversos sabores y tamaños. Barritas de coco y piña, *condunvios* de cacahuate, pepita o pingüica con piloncillo; cacahuate garapiñado, chiclosos, pulpas de tamarindo, "colación" corriente y fina en "surtido rico" y otras sabrosuras por el estilo, veamos las distintas facetas de tan atractivo caleidoscopio:

Del cálido Sureste son los plátanos prensados y evaporados, em-

pleándose el llamado *roatún*; y el dulce llamado “sisguá” de maíz tierno, azúcar y mantequilla que viene de Tabasco.

De Oaxaca, empanadas de turrón y coco, soletas, *regañadas* y empanadas de jalea, para deleite y regalo del más fino paladar.

Los dulces barrocos de Puebla, los famosísimos *camotes* de Santa Clara, solos o combinados con diferentes frutas: limón, fresa, naranja, guayaba, piña, o revestidos con betún en rica gama de sabores; *mazapanes* de pepita de calabaza y *mostachones* de lo mismo; *muéganos* de huevo, vino y dulce de pepita; *picones* que es una variedad del *camote* y *tortitas* de polvorón y dulce de pepita de calabaza. ¡Toda una delicia!

En Jalapa las frutitas de “pasta de pepitas de calabaza”, animalitos y figurillas rellenos de mamón mojado en vino jerez muy bien dispuestas en cajoncillos de madera, o solos, que es un encanto. Animalitos de la misma pasta pero sin relleno, de Taxco.

Jamoncillos olorosos, blancos, rosados o morenos ya sean de leche “blanca”, “envinada” o “quemada”, de pepita, de piñón y de nuez; o bien, de leche con chocolate o de leche “blanca” rellena de pasas, cuyos adornos de frutas cubiertas, son estrellas de rico sabor y alegre color, procedentes de Lagos de Moreno, Chapala, Guanajuato y Celaya; *queso de tuna*, de la llamada “cardona”, que es la grande y roja, de San Luis de la Paz, Guanajuato, y de San Luis Potosí.

Frutas cubiertas, las mejores en todo el país, superiores a las de Puebla, Oaxaca, Michoacán y Jalisco, en la señorial ciudad barroca de Querétaro. Tales son: de calabaza, *camote*, pera, durazno, higo, manzana, acitrón, naranja, cidra, papaya, tejocote, limón, piña, y los exquisitos *xoconochtles*. Mejores que las frutas europeas. *Jamoncillo* de leche “quemada”, y fresco turrón de almendra, piñón o frutas. Lo mejor del país. ¡Qué duda cabe!

Irresistibles *cajetas* de leche de cabra, ya sea “quemada” o “envinada” de San Luis Potosí. Aún cuando son de más prestigio y tradición las de Celaya, ciudad de la *cajeta* por antonomasia. De allí mismo, las *natillas* y las *embarradillas de cajeta* en oblea. Fresa cristalizada, mazapanes y harina de turrónes de Irapuato.

Michoacán es todo un porvenir en tratándose de dulces y por otros motivos de nuestro folklore, con dos ciudades a la cabeza del mundo del dulce típico mexicano: Zamora y Morelia. Desde el humilde *cuero de membrillo* y las *morelianas* de leche “quemada”, azúcar y harina, pasando por las insuperables tablillas de *chocolate de metate*, solo, dulce, amargo o “a la canela”, y los *chongos zamoranos*, hasta llegar a la cumbre:

los *ates*, sutil invento de monjas. Los de fresa, naranja y piña son los más populares; sabroso es el de guayaba si se paladea con queso añejo; pero el de membrillo y durazno, y sobre todo el de chirimoya, alcanza la excelsitud. De Morelia, ciudad conventual, tierra del dulce, es la sin par cereza prensada sin hueso.

Jalisco es famoso por su típico *cubierto de arrayán*. Tierra de *alfajores* es Colima, de suprema calidad. En Colima y Nayarit hay grandes plantíos de coco de agua, el mejor para la elaboración de los suaves alfajores de legendario origen árabe, hechos con leche y azúcar. Los hay de varios sabores; todos ellos deliciosos.

Camote blanco o amarillo cocidos y calientes para el desayuno, en Nayarit y Jalisco, y en general en casi todo el país. En la Capital *camotes* y *plátanos* dorados por el fuego, escurriendo miel, y *calabaza en tacha*, esto es, cocida en miel de piloncillo. ¿Qué bien sabe con un vaso de leche fría, verdad?

Todo el Occidente es rico en *cocadas* y exóticos dulces mudéjares elaborados con mieles, coco, cacahuates, almendras, pasas y piñones. Por lo que a *cocadas* se refiere, hay que poseer especial sensibilidad para apreciarlas debidamente, pues las hay de muy variadas combinaciones; desde la clásica de leche "quemada" con almendras tostadas, pasas y piñones hasta las menos conocidas de limones, naranjas o tejocotes cubiertos y rellenos de jugosa *cocada* almibarada; y los muchísimo menos conocidos *mameyes rellenos de coco* en almíbar, nadando entre la miel: Finísima receta de mis abuelas por el lado materno, originarias de Tepic, y celosamente transmitida de boca en boca, de generación a generación, como preciado secreto familiar. Y otra vez inclino aquí mi cabeza en son reverencial ante la humilde sapiencia de mi vieja y querida cocinera María Luisa, nacida en Santo Tomás de Apilhuasco, por la región de Texcoco, por más señas, porque los hace con raro y delicado gusto y maestría.

Y si acaso estáis iniciados en el secreto de algún conventículo, de los muchos que existen al margen de la ley, compraréis, y no baratas, preesas desconocidas y admirables de la dulcería mexicana: *gigotes* de nata; *palanquetas* de piloncillo y coco, de cacahuete, de pepita de melón, de almendra, nuez o piñón; empanaditas rellenas; marranitos de harina y mantequilla; *engranujos* decorados con grageas de colores; *ladrillos* de mamón; mamey con soletas saturados de marrasquino; *huevos-nieve*; pollitos y manzanitas de coco combinadas con leche, guayaba o limón; *marquetas* de coco; *puchitas* y *glorias*; *puritos* de frutas; *camarones* de

almendra; *daneses* de dátil y nuez; *condes* de higo y nuez; *reinas* y *panetelas*.

O bien, jalea de tejocote: limpia, transparente y olorosa, que es la clásica; *aleluyas* de piñón, de nuez, de coco y piña; *duquesas* de huevo y coco; *gaznates* de coco, huevo y piña envueltos en pasta de buñuelo; *alfeñiques* de azúcar representando diminutos animales: palomas, borregos, leones, destinados desde el tiempo Colonial a los “Nacimientos” navideños; *arlequines* de coco y piña; *bocado real* de coco, huevo y vino; *bolillos* de cacahuete; *enjambre* de nuez y chocolate; *pasta* de chabacano; *lazos* de membrillo; *barras* de coco y piloncillo; nueces y castañas cubiertas; *quesitos imperiales* de pepita, coco y canela; y *turrónes*, que los hay de: almendra, cacahuete, de yema y almendra, fresa, piña, manzana, ciruela pasa y nuez, y entre ellos, el más celebrado es el *turrón queretano* que es de frutas.

Y si vuestra gula aún no satisfaciéreis, buscad los *peteretes*; las *panochitas* de leche “blanca”, leche “quemada”, “envinada” o de leche con vainilla, de tamarindo, de nuez, de pepita de melón, de almendra o de piñón; la *oreja de mico* de papaya y piloncillo; las gloriosas *cafiroletas*; los *buñuelos acanelados*; los sabrosos *huevos reales* y los *huevos moles*; las *moselinas* de diversos colores y sabores; los *bollos* de piñón o de cajeta y nuez de Saltillo y los *cortadillos* chiclosos de coco. Y no olvidéis, no, las delicadísimas *piñoninas* y las *aleluyas del Señor*, de almendra y miel de abejas, adornadas con azucenas; ni tampoco los graciosos *pestiños*; las ricas *papelinas*, y menos aún, las extraordinarias *bocas de dama* y los *bienmesabes*, exquisiteces de *gourmet* que desafortunadamente han ido desapareciendo...

Con perfiles de pájaros, animalillos y flores, decorados en ocasiones con cándidos arabescos de azúcar y grageas de colores, los dulces mexicanos, descansan en su tradición y en el buen gusto.

Al lado del contento y la alegría, la muerte, presente siempre en todos los actos de nuestra vida social. Viva y activa —dijera— en la conciencia del mexicano; manifestándose en múltiples aspectos de nuestro folklore.

Calaveras de azúcar glassé o glass —ya se use el galicismo o el anglicismo— con los ojos cubiertos de papelillos de diversos colores: rojo, verde, morado, azul, guinda, amarillo; nombres de mujeres y de hombres dibujados con el mismo material azucarado sobre la frente, y arabescos por todo el cráneo.

Con estas *calaveras* o cráneos se hace burla de la muerte, a la que no tememos los mexicanos, y aún despreciamos, pero siempre la tenemos presente. Festéjase con ellas el *día de muertos*: 2 de Noviembre de cada año; y tienen un sentido religioso-pagano de origen tal vez prehispánico.

El pueblo, en ese y días siguientes, acostumbra a levantar un altar en el que hay imágenes de santos católicos al lado de flores de *ceparó-chill* y ofrendas de viandas, panes y *calaveras* de dulce. Síguese una especie de rito tradicional mítico-religioso, en que nuestras gentes mezclan prácticas de la religión católica con prácticas idolátricas ancestrales.

Así somos los mexicanos: mezclamos el dolor con el placer; la felicidad con la muerte; lo trágico con lo festivo; lo religioso con lo pagano. Y en tratándose de comidas: lo fuerte de guisos y bebidas con lo suave y delicado de postres y dulces.

Y como México no hay dos... según reza la canción popular, en nuestra tierra se elabora, vende, compra y saborea la *alegría*... sí, la *alegría*: panecillos de sorgo y miel de piloncillo, sana e ingenua como el risueño candor de una adolescente...

* * *

IV

BEBIDAS

Si el cuerno de la abundancia o cornucopia, que tal parece nuestro territorio es pródigo en guisos y antojos, en vigorosos sabores para un pueblo indómito y libre, al tiempo que en panes y bizcochos y dulces y delicadezas para dar contento al paladar más refinado, no lo es menos en múltiples bebidas, parte integral del buen yantar. Porque comer sin beber, no es comer, como dirían los clásicos.

Bebidas calientes base o complemento de nuestro diario alimento se elaboran con *chocolate*, café e infusiones de diversas yerbas y hojas. Una muy principal parte de la población de nuestro territorio bebe café agüado en el desayuno y en la noche, en mala infusión del fruto genuino, mezclado con garbanzo o frijol tostado y azúcar quemada. Una minoría consume buen café en infusión o en esencia; o toma chocolate puro, es

decir, disuelto en agua, ya sea de *metate*, o de fábrica, y solo, "amargo", "a la canela" o "a la vainilla", y con mayor frecuencia aún, mezclado con leche. Un porcentaje reducido de la población bebe leche diariamente y come sus derivados: nata, mantequilla, crema, queso.

Suprema bebida de inigualable sabor es el *chocolate*, originario de México y Centroamérica. Los conocedores lo tomamos sin cuchara, sino sopeándolo con pedacitos de bizcocho. El sutil invento de la *mancerina*, esto es, un plato-taza de una pieza, sin asa, ya fuese de porcelana, plata o loza vidriada, ha caído desgraciadamente en desuso. Fue el virrey Marqués de Mancera su inventor. En el cuenco del centro se vertía el chocolate espumoso y caliente, y en el plato, alrededor, los bizcochos.

La mayor parte de nuestra población bebe té de hierbas aromáticas y hojas: cedrón, pingüica, manzanilla, anís, yerbabuena, té-limón, hojas de naranjo, canela, mejorana. Al lado de ellas, multiplicidad de ardientes paraísos que llevan de la mano al mexicano hacia las fiestas de cohetes, bailes y zaraos, carreras de caballos, peleas de gallos y palos encebados; ferias de brujería donde, sin saberlo, evoca y continúa la euforia de sus vitales antepasados; al lado de numerosas y refrescantes bebidas, en gratificante variedad que aumentan la gracia en el buen comer y son de obligada importancia dentro de nuestra tradicional hospitalidad y convivencia.

Bebidas destiladas de caña de azúcar o de *maguey*; o fermentadas pero no destiladas de uvas y otras frutas, granos o *maguey*; o en fin, licores, cremas, amargos y cordiales de plantas aromáticas y frutas: compuestos destilados y no destilados espirituosos a los que se les da sabor. A esta gama casi interminable, hay que agregar las aguas frescas, las horchatas, los jugos, las aguas minerales, los refrescos...

Partiendo del centro del país hacia los Estados limítrofes, se nos presenta en todo el Altiplano, la monótona gran zona de los ágaves que los hay de numerosas especies, entre los que descuella, esplendoroso: el *maguey*, generador del *pulque*; la bebida mexicana por excelencia y por la que significativamente nos distinguimos de nuestros congéneres alrededor del Globo.

Remotisimo es el uso del *pulque* extraído de la planta mágica sin par; cuya única y hermosa flor color naranja-rojizo proyecta su sombra a cuatro o cinco metros del suelo y después muere toda ella, candorosamente. Encantadora leyenda atribúyete a Papantzin, padre de la hermosa Xóchitl —de incitantes formas—, el haber descubierto el preciado brebaje: "miel prieta de maguey". Más parece, sin embargo, que haya in-

ventado un *curado de pulque*; esto es, que haya mezclado alguna fruta, tal vez, la roja tuna del *tenochтли* al *pulque* mismo, para dotarlo de un diferente y delicado sabor con que ofrecérselo, por medio de su hija, a su noble soberano Tecpancáltzin, Señor de Tula —quien se aficionó más a la doncella que al licor—, puesto que es más presumible que el descubrimiento del *pulque* como el de tantas otras bebidas y alimentos, sea anónimo y colectivo, y no atribuible a una sola persona, aun cuando la leyenda sea muy bella y difundida.

Mexicanísima; la bebida se produce y se consume en mayor grado en los Estados de Tlaxcala, México, Puebla, Morelos, Guerrero, Hidalgo, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Michoacán y Jalisco, en una vasta zona de monótona aridez del centro de nuestro territorio. El mejor es el *pulque blanco* sin mezclas, refrescante y oloroso, de los *Llanos de Apan*, hierática región de los Estados de Tlaxcala e Hidalgo. Inmediatamente le siguen en calidad los de Tula, Tlaxcala, Ixmiquilpan, Texcoco, Amecameca, Tomacoco, Cuautitlán, Atlixco. Todos ellos *finos* o *semi-finos*. Generalmente es mejor el de los lugares fríos y de más altura, al de los lugares templados y cálidos. El peor de todos es el de Totolapan. No lo probéis, os lo suplico.

Son ricos los *curados* con olorosas frutas de la tierra: cacahuete, guayaba, guanábana, chirimoya; o de frutas criollas: durazno, melón, y naranja; exquisitos los de chabacano, fresa y piña; delicado y excelso, pero caro, el de almendra; o en su lugar, los más baratos de arroz, maíz *cacahuatzintli*, de avena o de *atole*; muy popular el llamado *sangre de conejo* de *tunas tapón*, de vivo color rojo. Menos conocidos pero no menos sabrosos, el *curado* de huevo, y la *polla ronca* de zarzamora, capulín, pimienta y azúcar o *panocha* de piloncillo; desagradable el de apio, y el *ojo de gallo*, compuesto de *pulque* blanco, agua y miel prieta hervido con pimienta, anís y chile ancho y fermentado.

Rico el *aguamiel*, o sea, el amarillento zumo del *maguey* sin composición ni fermentación alguna; flamoso, espeso y de mal gusto y olor, el *tlachique*. *Pulque* “corriente” este último.

Naturalmente que del *pulque* blanco o “fino” como le llaman, no sólo se inventaron estos y otros *curados*, sino que lo mezclan con otras frutas, hierbas y jugos, en extrañas combinaciones que nos parecen absurdas y hasta asquerosas. He aquí algunas de las que he saboreado tratando de satisfacer mi inquieta curiosidad por conocer lo nuestro. En Guanajuato, el *charangua*: *pulque* mezclado con almíbar, chile colorado y hojas de maíz tostado, calentado y fermentado; el *chilócle* en Ixmiquil-

pan: con chile ancho, epazote, ajo y sal, poco recomendable; el verdoso *oztótsi* en Tehuacán, mezclado con jugo de caña de maíz y palo de timbre; de allí mismo, el *guarape* o *guarapo*, con caña y miel prieta de piloncillo; los sabrosos *charape* en San Juan de los Llanos y el *nochócle* en Teotitlán del Camino. El primero, con azúcar, canela, clavo y anís; y el segundo, con tuna común y agua. De funestas consecuencias si pescáis una borrachera, son el *coyote* de aquí cerca, en Tacuba: pulque revuelto con miel prieta y palo de timbre; y el *copalótle*, en Texcoco: *pulque tlachique* y la frutilla del árbol del pirul. ¡Ay caramba, qué dañinos!...

De otras especies de *maguey* se elaboran bebidas destiladas de ardiente sabor, como el popular *mezcal*; siendo el más afamado el de "ollita" de Oaxaca, con su sal de gusanos de la misma planta. Hay de varias clases como el "corriente" del maguey *yahuy-tziuqu* propio de la Mixteca; el "flojo" o "cola", *mezcal* de la segunda resacada; el llamado de "mineros" ¡Sí que raspa la garganta! Tierra de mezcales es también San Luis Potosí. De Jalisco es el *tequila*, de gran consumo y fama nacional e internacional, pues embotellado se exporta al extranjero. El mejor es el de la mera región jalisciense de donde toma su nombre genérico; y célebre, el "pechuga almendrado". Bebidas para hombres es el *tequila* y el *mezcal*, y por ellas se nos distingue en medio Mundo.

Y en fin, el *sotol*, menos conocido aunque también raspador de gaznates, originario de Zacatecas y Nayarit. Así como el *bacanora*, bebida fuerte de Sonora, Sinaloa y Durango.

De la fruta del *mezquite*, que es una vaina parecida al *juiniquil* es el licor de mezquite de Zacatecas y Chihuahua; poco agradable. Y de una especie de *biznaga*, el *peyote*; que beben junto con rebanadas de la planta, los indios huicholes de Zacatecas y Durango. En el Norte se toma *tesquino*.

Del litoral del Pacífico, en Colima y Nayarit por lo menos, es la rica *tuba* o zumo de la palmera del mismo nombre. Temprano antes del desayuno con un *pambazo*, qué bien sabe. Es el desayuno de los pobres en esa parte del país.

En las zonas calientes de los litorales, del Altiplano, de la Depresión Austral y del Istmo, impera el *ron*, o sea una bebida destilada de la caña de azúcar, con diferentes sabores y graduaciones de alcohol, al tiempo que diversos *aguardientes* destilados de uvas y otras frutas, y también *mistelas*. De estas últimas la más popular es el *chinguere*, que se toma con café, caliente y oloroso, en las madrugadas frías del invierno.

Bebida derivada del famoso *chinguirito* Colonial, hoy desaparecido. Y los *ponches* calientes de granada, de tejocote, de canela, de limón, de ciruela, de pasas. Todos confortantes.

Y al clásico y popularísimo *piquete*, es decir, aguardiente o vil alcohol con café o té de hierbas caliente, hoy se le reemplaza a estos con aguas gaseosas y refrescos, al menos en la capital de la República. Vertiginosamente están siendo suplantadas las bebidas calientes con el chorrillo de "fuerte", esto es, de *aguardiente*, por los refrescos y aguas gaseosas, decayendo lastimosamente la tradicional combinación.

Vinos de diversas clases de uvas, tintos y blancos en las tierras templadas de clima mediterráneo: en Aguascalientes, Coahuila, Durango, Chihuahua y Baja California, fabricados al tipo francés. Los de mayor tradición, ya desde el siglo XVII, son los de Parras. Difícil es precisar cuáles son los mejores. Jereces de Coahuila y de la lejana península del Pacífico, suaves y olorosos.

Cervezas de Orizaba, Distrito Federal, Toluca, Monterrey y Tecate. Claras y oscuras; tipos: munich, bohemia, pilsner, etc., de gran calidad y fama mundialmente reconocidas. ¡Frescas, espumosas, rebosantes! También se elaboran en Chihuahua, Sinaloa y Yucatán. Por todas partes se beben con delectación.

Increíble variedad en todo el país, de compuestos destilados y no destilados espirituosos a los que se les ha agregado sabor de aromáticos, frutas o plantas. Licores, cremas y cordiales de: anís, limón, membrillo, gengibre, zarzamora, laurel, canela, chabacano, naranja, fresa, grosella, manzana, chirimoya, capulín, tejocote, ciruela, durazno, café, toronja, pera, menta, cacao, vainilla y guanábana. Famosos son los de Jalapa, Atonilco el Alto en Jalisco y Querétaro, y los *moscos* de Tenancingo, así como el licor de *nanche* o *nance* de Chiapas y el espirituoso *xtabentím*, bebida destilada de la miel de abejas de la flor silvestre del mismo nombre. ¡Licor insuperable del viejo Mayab!

El *rompope* hecho a base de huevo, leche, aguardiente y azúcar: solo, "a la canela", "a la vainilla" o "almendrado". ¡Sabrosísimos! Los mejores son los de Puebla y Querétaro. Complemento circunstancial, todos estos licores, a una condimentada y opípara comida.

Sidra de la región poblana de Huejotzingo, y un multicolor y atractivo arco iris de *tepaches* en toda la República, desde el *tepache* de ciruelas, pasando por el clásico de piña y tamarindo, hasta el de *timbiriche*. ¡Todos exquisitos! ¿Y las aguas frescas?, pues las hay de: naranja,

papaya, limón, chabacano, sandía, manzana, tamarindo, piña, fresa, melón, ciruela, flor de jamaica; y *horchatas*: de cebada, arroz, almendra, chía y pepita de melón, azucaradas y frías, que es una delicia en tiempos de calor por Semana Santa.

Y actualmente bajo la influencia yanqui: los *jugos*, aunque elaborados bajo el tamiz nuestro —“mexicanizados” dijera— en amena variedad. Sobresalen los de: zanahoria, sandía, plátano, naranja, papaya, melón, y de alfalfa... ¿quién había de pensarlo?

¡Y qué sé yo! Todo un fantástico porvenir para saciar la sed del más esquivo y variadísimo repertorio de bebidas embriagantes con que amenizar el gusto y dar rienda suelta al placer... Que así sea. Amén.

[Trabajo dado graciosamente por su autor para su publicación].

José Refugio Velasco, Soldado

Por el Ing. Don *José López-Portillo* y *Weber*.

(Continúa)

Hay que tener en cuenta que las partes Central y Sur del Estado de Jalisco tienen características muy definidas que convierten esa región en provincia militar única en el país: forman su superficie una vasta sucesión de mesetas, pobladísimas y muy ricas, y la rampa costeña, muy poco poblada, escasa de recursos, sin vías de comunicación, y cubierta con una selva tropical intrincadísima, que cubre la totalidad de unos montes que tierra adentro progresivamente evolucionan a montañas. Muchas de ellas, de claro origen volcánico... Toda la región (mesetas y rampa), está circunscrita por los lados de un triángulo de tremendos obstáculos naturales. Por el Oeste, el Océano Pacífico. Por el Norte, a partir del Lago de Chapala, se encuentra el Valle de Santiago, con la desembocadura del Sula. Este Valle es primero una angostísima cañada —el cañón de San Jacinto— y se convierte luego en una abrupta barranca que llega a tener setecientos metros de profundidad, con declives que son casi verticales. Y así llega hasta los límites con Nayarit, por donde el paso sólo es posible por “La Cuesta de Ingenieros”. El Lago de Chapala es, por supuesto, otro obstáculo infranqueable que prolonga la línea al Este. La así descrita fue aprovechada en noviembre y diciembre de 1923 por Enrique

Estrada cuando la rebelión Delahuertista, para defenderse de los a menudo muy sangrientos ataques de Obregón, que no pudo cruzar los ríos sino cuando Ansaldo abandonó a Estrada. En el Sur, se encuentra otra línea aún más infranqueable, formada por las imposibles barrancas de Beltrán, Atenquique y El Muerto, y por el embrollo de cordilleras que se apartan del nudo integrado por un binomio de enormes montañas: el Volcán (activo), y el Nevado de Colima. Y sólo, entre el inicio de ambas líneas, la angosta brecha de Quitupan, único paso aprovechable que por orden de Obregón inútilmente trató de forzar Lázaro Cárdenas en diciembre de 1923. En suma: la defensa de Jalisco *pudo haberse echo* con todo éxito en 1914, pero no se hizo.

* * *

Para cruzar el difícilísimo paso de Nayarit a Jalisco, es decir, para cruzar esa región de montañas y barrancas en remolino, en la cual se unen las Sierras de la Región Criolla, de ejes Noroeste-Sureste, con las Sierras del Eje Volcánico, de ejes Oriente-Poniente, esa región que es escabrosísima y difícil, Obregón requisó y preparó en San Marcos doscientos carros y dos mil acémilas, para que condujeran su impedimenta y pertrechos. Y para estar a salvo de cualquiera maniobra que se intentara en su contra, ordenó que Diéguez avanzara en observación parte de sus fuerzas hasta Ixtlán del Río. Diéguez designó para esta misión al 5º Batallón de Sonora, mandado por el entonces Teniente Coronel, hoy General y Senador, Esteban Baca Calderón.

Peró en ninguna parte fue tan absoluta la inercia del Ejército Federal como en Jalisco, tan fácil de defender. Nadie, si no fue la fatiga de la marcha, acudió a estorbar a los revolucionarios aquel paso, más que difícil, infranqueable. El 25 de junio cruzó Obregón, sin que nadie se le opusiera, la Cuesta de Ingenieros.

En Ixtlán había sabido Obregón las graves diferencias que habían surgido entre Carranza y Villa, y resolvió respaldar al Primer Jefe. Todos los caudillos revolucionarios a sus órdenes estuvieron conformes con él, menos Lucio Blanco y Rafael Buelna, que reservaron su decisión hasta hallarse mejor enterados.

Obregón se manifestó dinámico y activísimo frente a la pasividad de los federales. El 25 de junio ocupó el importante pueblo de Ahualulco, cabecera del doceavo Cantón de Jalisco, sin haber disparado un tiro. Obregón (quien desde el 1º de julio era ya general de división) reconcentró su gente en Ahualulco, y en La Venta tomó contacto con una fuerza

federal que él dice, en su obra "Ocho mil kilómetros en Campaña", que estimó en ocho mil hombres. Eran los dos mil de la Brigada Zozaya, ahora al mando del General Miguel Bernard. Inmediatamente Obregón empezó a preparar el ataque de esta tropa, y el desenvolvimiento posterior de toda su División. Reconcentró a sus gentes y a los revolucionarios de Jalisco, y procuró tomar informes. Se le dijo que la "guarnición" de Guadalajara se elevaba a diecisiete mil hombres. Y, en efecto, poco más que eso (diecisiete mil trescientos), era el efectivo total del Cuerpo de Ejército de Occidente; pero se hallaba de tal manera pulverizado en destacamentos por los distintos pueblos de Jalisco, destacamentos que nadie reconcentró con oportunidad, que la guarnición efectiva de Guadalajara apenas si llegaba a mil trescientos. Pocos días antes calculaba yo que en un plazo de cuarenta y ocho horas, podrían reunirse de cuatro a seis mil. Pero los destacamentos eran tan pequeños que los había de diez hombres. Simplemente girar las órdenes necesarias, habría sido trabajo ímprobo. Nadie las dio. Mier estaba enfermo, y su Jefe de Estado Mayor, el Coronel Edmundo Bravo, carecía de facultades.

La maniobra envolvente que había proyectado Obregón contra Bernard en La Venta, fracasó por una precipitación de Julián Medina, que adelantándose en su horario cortó la vía férrea, con lo cual reveló el peligro a Bernard, quien retrocedió hasta Orendáin. Obregón cambió entonces su plan... y regañó a Medina. Obregón regañaba en forma hiriente. Medina jamás lo olvidó.

De acuerdo con el nuevo plan, más amplio, pues no buscaba sólo la destrucción de la Brigada Bernard, sino también el aniquilamiento de la guarnición de Guadalajara, Obregón envió a Lucio Blanco a ocupar la vía férrea de Guadalajara a México entre las estaciones de La Capilla y El Castillo. También ordenó a Diéguez contornear el enorme "Cerro de Tequila" (cuatro mil metros de altura), dándole como objetivo Amatlán, a donde debía llegar el día 6 de julio, para en el acto continuar a La Venta y atacar Orendáin. Buelna, de acuerdo con otras órdenes, había ocupado El Refugio desde el día 4. Bernard quedó rodeado el día 7 de julio. Superado enormemente en número, aunque presentó muy terca defensa, fue aniquilado y los pocos que sobrevivieron de su gente, se dispersaron.

Había empezado el desastre.

Al siguiente día, Bernard y unos cuantos oficiales de su Brigada llegaron a Guadalajara y encontraron que la plaza ya había sido evacuada

por Mier. Entonces huyeron. Ignoro cómo Bernard logró salvarse y llegar a México.

Mier, en efecto, había salido en forma intempestiva de Guadalajara el día 7, al caer la tarde, mientras que las fuerzas federales destacadas en lugares próximos a la Ciudad, y que hasta entonces no se habían dado cuenta del desastre, por propia iniciativa aceleradamente afluían a Guadalajara y eran atacadas y destruidas por los caminos, un destacamento tras otro. A las órdenes directas de Mier, sólo iban los mil trescientos hombres que el día 6 de julio estaban en Guadalajara. Marchaban en columna demasiado larga ("colgada", decíamos nosotros) y enteramente desorganizada. La desorganización de la repentina salida llegó a tal extremo, que sobre el escritorio de Mier, en el Cuartel General, quedaron las claves con que se comunicaba con las autoridades militares de México, de Colima, etc. Mier iba muy doliente de su asma. Casi no podía hablar. La fatiga y los sufrimientos de su enfermedad sólo le permitieron llegar, muy agotado, hasta El Castillo, en donde al amanecer lo sorprendió Enrique Estrada. Al oír los disparos, Mier se levantó del camastro en que se había tendido, salió, recibió un tiro, y murió.

Era un hombre bueno, enérgico, capaz y extraordinariamente honrado; pero los años y las enfermedades le impidieron toda acción. Carranza, que lo estimaba mucho, había ordenado a Obregón, dice Juan Barragán, que respetara su vida, y mucho lamentó el fin de aquel amigo, que por pura disciplina militar luchó por sostener a Huerta.

El desastre de los federales fue indescriptible. El General Carlos M. Peña logró escurrirse entre las gentes de Estrada y de Lucio Blanco, con unas cuantas decenas de federales, por la brecha de Quitúpan, e internándose por Michoacán, llegó al fin a México. En su fuga tuvo que abandonar en un rancho, o en un pueblo próximo a Jocotepec, en el extremo Este del Lago de Chapala, presa de fiebre altísima, al anciano General Agustín Corichi, ameritado veterano de las Guerras de la Intervención y del Imperio, retirado del servicio desde hacía varios años. Corichi padecía prostatitis, que se le exacerbó con la cabalgata, y estaba casi agonizando cuando días más tarde fue encontrado por los revolucionarios (creo que fueron los de Julián del Real) que, implacablemente, por los sobacos lo colgaron de un mezquite y lo fusilaron. De Ocotlán, o de Poncitlán el inteligente y caballeroso Teniente Coronel José de la Paz Rendón, que mandaba un Cuerpo Irregular, aún pudo retirarse por ferrocarril y llegar a México. Otros federales nos ocultamos en Guadalajara. La cercanía de mi escondite a la casa del Coronel Miguel Ahumada, que fue convertida

en cuartel por los revolucionarios, me permitió escuchar los fusilamientos de varios compañeros míos que fueron capturados y a quienes allí se ejecutó. Reconocí sus voces cuando se despedían unos de otros. Ignoro cómo se salvó otro compañero y amigo mío, a quien yo mucho estimo, el Mayor Pedro Martínez, que aún vive; pero a quien no he vuelto a ver.

Obregón era dinámico e incansable. No se detuvo en Guadalajara. Emprendió luego el ataque sobre Colima, cuya guarnición federal, dos mil hombres escasos, mandaba el activo e inteligente General Antonio Delgadillo. Algunos amigos míos, gentes pacíficas, paisanos, que estaban en Colima entonces, me aseguraron que en Colima se rumoró que, empleando las claves abandonadas en el escritorio de Mier, el Alto Mando de los revolucionarios se había dirigido a Delgadillo informándole de un armisticio entre la Revolución y Huerta, ordenándole que no impidiera el paso a los revolucionarios por las infranqueables Barrancas de Beltrán, Atenuique y El Muerto.

Sobre la marcha, Obregón recibió telegrama de Iturbe, avisándole que el 17 de julio Téllez había evacuado Guaymas, navegado a Mazatlán, recogido a Rodríguez con la guarnición de este puerto, y proseguido rumbo a Manzanillo. Obregón adivinó que Téllez quería marchar al interior de Jalisco por Colima, y activó sus operaciones tratando de ganar la carrera y llegar antes que Téllez a Manzanillo. Envío a Trujillo a Colima por delante, y allí Trujillo, según lo informó a Obregón, "sorprendió a la guarnición federal en los momentos en que trataba de embarcarse en la estación del ferrocarril". La oficialidad federal, íntegra, fue pasada por las armas.

Téllez logró llegar a Manzanillo antes que Obregón, quien con gran sensatez renunció a atacarlo, en vista de que sus posiciones eran muy fuertes, así que se limitó a dejar a Cabral frente al Puerto, y retrocedió a Guadalajara, considerando que Téllez no intentaría iniciar ningún avance sobre Colima, sino que procuraría retirarse a Salina Cruz, buscando llegar a México por la única vía férrea que en todo el país controlaban aún los federales: el Ferrocarril del Istmo. Parece que también dió instrucciones a Cabral para que no atacara a Téllez, sino que se limitara nada más a observar.

Y el 26 de julio recibió Obregón un telegrama definitivo. "Tampico, Tamps., Julio 26 de 1914.—Sr. General Alvaro Obregón Guadalajara, Jal.—Su atento mensaje de ayer. Licenciado Carvajal no se ha dirigido a mí. Sé que por conducto de uno de los plenipotenciarios sudamericanos trata de dirigirse a mí para entregar el mando que recibió sustituyendo a

Huerta. Sería conveniente, para violentar el restablecimiento de la paz, que usted conferencie con él, para que directamente nos entendiéramos, puesto que he expresado que recibiré representantes siempre que se trate de la rendición incondicional del Ejército ex-federal y de los civiles que sirvieron a Huerta. Autorizo a usted para que de los que se rindan a discreción, garantice la vida jefes y oficiales inferiores al grado de Coronel y que no hayan cometido ningún otro delito de los penados por la ley, que el haber servido con las armas sosteniendo a Huerta. Puede lo anterior servir de base para iniciar con Carvajal los tratados para la rendición general de los elementos que sirvieron a Huerta; y se inicien las negociaciones con usted. Puede seguirse tratando, para su terminación, en una de las ciudades que ocupamos y a donde me dirigiría yo, y si fuera posible, estuviera usted también. He recibido informes de que el General Villa asume una actitud sospechosa. Pronto sabré si esto se confirma. Salúdolo afectuosamente.—V. Carranza”.

* * *

Si la caída de Torreón en poder de Villa había sido para Huerta el principio del fin, la de Guadalajara en poder de Obregón, fue el fin del fin.

* * *

El 15 de julio, Huerta, después de saquear los Bancos (dice Taracena), y de nombrar Secretario de Relaciones al Licenciado Francisco Carvajal, renunció ante las Cámaras. En su renuncia se esforzó por hacer verosímil la falsedad de que había triunfado en su lucha contra la Revolución, pero que la hostilidad de los Estados Unidos había neutralizado su triunfo. La renuncia concluía con una fórmula muy extraña: “Dios los bendiga a ustedes, y a mí también”. Los diputados y senadores dudaban en admitir la renuncia y en permitir la fuga de aquel hombre egoísta, frío y duro, a quien nada importó provocar en su país una Revolución apocalíptica, y pelear contra ella hasta el final; de aquel hombre que con amenazas claras, implícitas o ejemplares, los había atraído y forzado a aceptar las curules, y que luego los dejaba en la estacada; pero convencidos de lo inútil de la resistencia, acabaron por aceptarla. En seguida, el Congreso tomó la protesta como Presidente Interino por Ministerio de la Ley, a Francisco Carvajal.

Me contaban que cuando Huerta salió de las Cámaras, un grupo de manifestantes le silbó, que el terrible viejo se enfrentó a todos y dijo: "Ya no ladro, pero todavía muerdo, hijos de..."; y que al decir aquello, su rostro tomó tal expresión de ferocidad, que el grupo de silbadores se disolvió en el acto. En seguida Huerta, tranquilamente, fue a la Cantina "El Globo", y bebió su habitual copa de cognac.

Después, Huerta y Blanquet tranquilamente abordaron un tren que llevaba como escolta al famoso 29º Batallón y que los condujo a Coatzacoalcos, en donde tranquilamente se embarcaron en ese buque alemán que, por cuatro años, había estado en íntimo contacto con la Historia de México: El "Ipiranga". Y tranquilamente se fueron, ¡pero se fueron...!

En el "Ipiranga", Porfirio se había alejado para siempre de las Costas de México; en él, había intentado Reyes regresar al país; en él, había arribado, en abril, la remesa de armas y parque que indujo a Wilson a ordenar la ocupación de Veracruz por los yanquis; y, finalmente, en él se alejaba la última Alteza Serenísima que hubo en México: Huerta. Fue también la postrera travesía del "Ipiranga" porque pocos días después estalló la primera Guerra Mundial, y los barcos alemanes fueron, o capturados, o hundidos, o se refugiaron por cuatro años en puertos amigos o neutrales.

* * *

Lind había abandonado México después de fracasar en su misión diplomática, pero al alejarse nos había lanzado su última flecha, la flecha del parto, que en este caso habría sido "de los montes", si Woodrow no se hubiera hallado en el mismo nivel de inteligencia que su Representante Personal. La flecha de Lind fue su informe de 15 de noviembre de 1913. Si este informe no hubiera tenido la trascendencia que tuvo, indudablemente que nos haría reír, porque es todo un monumento. Ustedes dirán de qué.

El barbero se adentró por la Sociología, y opinó:

Que los Estados Unidos debían hacer algo en México. Algo lucrativo para ellos y tolerable para nosotros. Habría sido aconsejable ocupar militarmente nuestra República, y asumiendo los Estados Unidos el papel de proyectistas, dirigir la reconstrucción de país tan ruin, infiltrando en los mexicanos la responsabilidad y disciplina necesarias para "que el pueblo mexicano llegue a alcanzar, *en algún tiempo* la dignidad y la responsabilidad de una nación capaz de gobernarse a sí misma". Pero esto traería

consecuencias de corrupción y de escándalo. Los puestos lucrativos serían prebendas que otorgaría Washington, que naturalmente no podría complacer a todos, y cualquier mexicano desairado se quejaría de injusticia, aunque fuera sin fundamento, ya que, “los mexicanos a que me refiero son los más volubles embusteros con quien yo haya estado jamás”. Otra solución sería dirigir rigidamente a los mexicanos en la obra de reconstrucción, mas para que esto tuviera éxito, sería “condición esencial y necesaria humillar a la Ciudad de México, centro de corrupción, etc.” ; Cuánto pueda decir un virtuoso protestante de Antiguo Testamento y de Interés Compuesto, de esos que crispan a Toynbee!

“La población de la Ciudad de México se integra con cuatro elementos: Primero.—Aristocracia, Clero y Militares”. El observador sueco, que sólo estuvo aquí del 8 de agosto al 15 de noviembre de 1913, tan inteligente era, que en sólo tres meses y siete días pudo hacer acopio de observaciones de costumbres que, por tener recurrencia de un año, requieren un mínimo de dos de atención, de recopilación y de análisis; costumbres peculiares sólo a grupos distintos dentro de cada uno de estos elementos sociales; en cuya intimidad da a entender que se introdujo con tanta frecuencia, que se creyó autorizado a generalizar sus observaciones. Ninguno de estos mexicanos, dice Lind, “tiene hogar, ni vida de hogar, ni hace circular su riqueza... *En la temporada de toros, dividen su tiempo entre esta diversión y sus paseos por las capitales extranjeras...*” (!!!)

“El segundo elemento es el de los “Licenciados”, agrega, y observa que este elemento produce jueces y la mayoría de los dignatarios, dejando apenas unos cuantos al Ejército. “Ningún calificativo aplicable a los peores rábulas (shysters) de los Estados Unidos, sería suficiente para explicar la múltiple iniquidad de esta clase *como tal*. Son expertos en la chicana y, en lo general, viciosos. Si existe en esta clase un hombre honorable, no he podido averiguarlo después de tres meses de cuidadosa investigación”. Esta generalización podría expresarse más claramente así: “He tratado sólo abogados mexicanos sinvergüenzas, por tanto, todos los abogados mexicanos son sinvergüenzas”.

“El tercero es la Clase Media”. Punto.

“El cuarto, “La paciente masa de indios trabajadores, mantenidos en la ignorancia y la abyección, etc...” Otra parrafada humanitaria de nórdico que ve pajas en ojo ajeno.

La ocupación total de México la podrían llevar a cabo los yankis sin dificultad alguna, con sólo dos Brigadas, —opina John Lind—, pero moralmente nada lograrían si no empleaban, para humillar a la odiosa y co-

rrompida Ciudad de México, “su propia gente, su propia sangre, la gente del Norte... PARA HACER SENTIR A UN PERRO DEGENERADO CUAN DEGENERADO ES, LO MEJOR ES HACER QUE LO REVUELQUE OTRO PERRO TAN DEGENERADO COMO EL...”

Y Lind concluía así: “Dejemos que la limpieza de la casa la hagan ellos mismos... tendremos que cuidar que los muros queden intactos; pero importaría muy poco que destruyeran las barandas y los balcones franceses”.

El candidato de Lind para esta tarea de aseo y demolición, era el “General Villa, nuestro bueno y verdadero amigo...”

La perspicacia del sociólogo pesaba tantos quilates, como la diplomacia del barbero; dos años más tarde, el “bueno y verdadero amigo”, atacaba Columbus.

Pero, extrañamente, el consejo de humillar a la Ciudad de México fue recogido y seguido por los revolucionarios. Woodrow escuchó a Lind. Aceptó cuanto Lind decía. Sus enviados lo transmitieron a los revolucionarios mexicanos, quienes por consideración al consejero se creyeron obligados a seguir el consejo... Y Carranza, degradó temporalmente de su capitalía a México, y capitalizó a Querétaro en 1917; y el 15 de agosto de 1914, Obregón armó “pistolero” a la Profesora María Arias, “único hombre” de México. Y, de paso le clavó para siempre el remoquete de “María Pistolas”.

* * *

Decía yo que Carvajal hizo dos cosas apenas tomó posesión de la Presidencia: en forma irreflexiva, seguramente sin imaginarse siquiera que con ello podría herir la susceptibilidad de Carranza, propuso a Obregón un armisticio para negociar la entrega del Gobierno. Mejor ilustrado después, ya sabiendo que Carranza celosamente exigía se le guardaran todas las atenciones propias de su categoría de Primer Jefe, le envió una delegación formada por el General Lauro Villar —de quien se suponía que habría de ser grato a los revolucionarios por su actitud el 9 de febrero de 1913— por el Licenciado David Gutiérrez Allende, prestigiado jurisconsulto y liberal tapatío, y por el Licenciado Salvador Urbina. Estos dos últimos, de los intelectuales revolucionarios precursores.

Carranza, que estaba en Tampico, se negó a recibir a la Comisión, para que nadie creyera que reconocía la legalidad del Gobierno que sucedía al de Huerta. Carvajal, entonces, nombró Secretario de la Guerra al

General José Refugio Velasco, sólo para que se encargara de pactar la rendición del Ejército, sobre la inmutable base de que no se habría de verter más sangre.

* * *

Después del combate de San Pedro de las Colonias, Velasco había sido traído a México para que le fuera curada la herida de su brazo. Sin haber sanado aún, llevándolo en cabestrillo, le encargó Huerta hacerse cargo de la defensa de San Luis Potosí, entronque de dos ductos de ataque, el de la vía directa de Monterrey a México, y el que, partiendo de Tampico, conduce de la Rampa Costera Oriental al interior del país.

Por hallarse precisamente en la confluencia de ambas rutas, la Guarnición Federal de San Luis Potosí tendría que recibir el choque de dos Divisiones revolucionarias: la del Noroeste, y la del Centro. La División del Noreste, estaba a las órdenes de Pablo González, quien, aunque menos decidido que Villa y menos capaz que Obregón, había logrado éxitos muy estimables en Nuevo León y en Tamaulipas. La División del Centro estaba a las órdenes del General Jesús Carranza, hermano del Primer Jefe.

Cuando el 16 de julio Carvajal hizo la designación de Velasco, ya el General había regresado a México. Había entregado el mando de las fuerzas de San Luis Potosí al General Joaquín Maass.

* * *

Los restos del Ejército Federal, superados en todos los órdenes, y vencidos en todos los frentes, se replegaban hacia la Capital de la República. Esta fase final de la Primera Parte de la Revolución, me ha parecido siempre grandiosa. Demuestra la aplastante popularidad del movimiento, la magnitud nacional de la protesta contra los métodos de Porfirio que Huerta se obstinó en perpetuar. Es admirable también la cohesión que en pleno desastre, después de aquella prolongada lucha a muerte, que muy probable es que en proporción haya sido la más sangrienta jamás peleada en América, demostraron los restos del Ejército Federal.

Había entre los revolucionarios del Norte, Carranza entre ellos, muchos que creían que esa lucha había sido nada más que otra faceta de las de Reforma, de Intervención y del Imperio, que, en el fondo, era lucha religiosa. Hubo conservadores que así lo creyeron también. Y de acuerdo con esa resurrección de cuestiones liquidadas, Villarreal quemó santos y

confesionarios en Monterrey; Obregón capturó clérigos en Guadalajara, etc. Y es verdad que siempre, en el seno de una Sociedad, luchan los principios de renovación, con los de perpetuación; pero cada época trae sus propios problemas, las circunstancias cambian, y son otras las soluciones que se necesitan. Del mismo modo, en un organismo vivo siempre luchan los elementos de identidad hereditaria, con los de diferenciación individual, pero las crisis de la infancia son otras que las de la juventud; las de ésta, lo son de las de la madurez, y requieren soluciones diferentes de todas éstas las crisis de la ancianidad. La Revolución fue otra cosa, una cosa muy distinta de la Reforma. Fue mucho más honda, y mucho más amplia.

Hasta antes de Juárez, México no había tenido conciencia de su ser. Vivíamos bajo caudillos que imponían su caprichosa voluntad. Juárez fue nuestro primer Presidente Nacional. En México, al revés de lo que ocurre en el resto del mundo, los conservadores, las gentes de derecha, por lo general han sido "malinchistas", desprecian al pueblo mexicano. Y los nacionalistas son los de izquierda. El último "Caudillo" mexicano, que fue Porfirio, evolucionó de izquierda a derecha, y, con sus métodos de gobernar tiranizado, proporcionó a México treinta años de falsa y aparatosa prosperidad para los extranjeros y para los ricos, y de real e insoportable miseria y opresión para los pobres. Yo estimo que la Revolución puede atribuirse en veinte por ciento a causas seculares, y en ochenta por ciento a errores, abusos y crímenes del Porfiriato.

Puedo decirlo así, porque así lo ví, así lo sentí, así lo creí, y así lo dije entonces. Pero no fui revolucionario. Cuando en 1913 aprecié la furia del estallido, me horroricé. Fue aquella una explosión de odios acumulados por generaciones. Y vinieron las venganzas, ciegas, crueles, y a menudo ejecutadas sobre inocentes. Nuestra Revolución fue muy justa, sin duda; pero tremenda. Nadie que no la haya vivido, podrá jamás formarse justa idea de ella.

* * *

Vimos cómo Zapata siempre se atuvo a su plan agrarista; cómo Carranza, en cambio, se ciñó en un principio sólo a su plan político. Vimos cómo, en México, una vez ido Porfirio, todos buscaban al "hombre fuerte". Todos compartían aún la fe en el "hombre de hierro", en ese fetiche ibero americano de tragi-sainete, que evita revoluciones de opereta, casi in-

cruentas; y que en cambio es pródigo en fusilamientos, gracias a los cuales pueden enriquecerse los extranjeros, y vivir en mísera paz los nacionales.

Pero México, país ístmico, presenta características insulares muy definidas: Estados Unidos y Canadá (que están al Norte de nosotros), coinciden en problemas y soluciones; a nuestro Oriente, las naciones del Caribe, aunque insulares de verdad, distan tan poco unas de otras, que se consideran partes de un gran todo; en Centroamérica, que se halla al Sureste de México, estímulos y reacciones se entretajan de tal manera, que nunca se sabe cuando una guerra entre algunas de las Quintuples, es civil, y cuando es internacional. Y en Sudamérica las Historias internas de todos los pueblos, hasta la del Brasil lusitano, se entrelazan íntimamente. Sólo nosotros, en toda la América, estamos aislados. Sólo nosotros tenemos Historia Individual. Todos estos países nos habían dejado atrás en su evolución. Los yanquis y los canadenses, porque su ecuación social y étnica es más sencilla que la nuestra. Los iberoamericanos, porque nuestra ecuación difiere de la de ellos en que sólo en la nuestra aparece una constante más que perturbadora, nefasta: la vecindad con Estados Unidos.

Pero al empezar la Revolución, México, sin darse cuenta, ya había superado mucho antes que sus hermanas de América Latina, la etapa del "Hombre Fuerte", y estaba empezando a sentir conciencia nacional. Medio siglo más tarde, en el resto de América Ibero aún se cosechan Trujillos, Somozas, Rojas Pinillas, Pérez Jiménez, etc. Nosotros nos hemos librado de esa calamidad desde hace treinta años. Y desde 1910, México tiene opinión nacional.

Así, todos los mexicanos, hasta los Beneficiados con ella, salvo Villa y Angeles, se dolieron con la oficiosa intervención de Woodrow, con la ocupación de Veracruz por los yanquis; se indignaron ante la ofensa que el poderoso nos inflingía exigiendo gratitud en cambio; y se resistieron a admitir la ayuda yanqui (interesada, desde luego), en la agotante tarea, que parecía imposible, de la Reconstrucción. Esta la emprendimos, y la estamos logrando, solos. Orgullosamente solos.

El cambio en las condiciones históricas, el peso perceptible de la opinión nacional que se inició a fines del Siglo XIX y que se acentuó, vigoroso, en el actual, había sido sentido confusamente desde principios del XX por quienes creían ser creadores de destinos: Porfirio, en mayo de 1911, renunció ante la aparición de las "bandas milenarias". Lo que equivalía a reconocer la reprobación de México entero. En julio de 1914, Huerta, que había creído posible en 1913 imponer su cruel voluntad de caudillo, y provocado la más sangrienta lucha de nuestra Historia, al sen-

tir el peso de esa opinión, quiso eludir la responsabilidad en su renuncia, y echó mañosamente la carga de la culpa sobre las Cámaras y la Suprema Corte... Francisco Carvajal, legista que jamás había sido político, bondadoso y pacífico, en su renuncia de 10 de agosto de 1914 (probablemente el más patético documento de la Historia de México), habla del fracaso de Huerta para imponerse al país como Dictador, que lo obligó a retirarse y a dejarlo a él, a Carvajal, a que afrontara una situación para cuyo surgimiento él, Carvajal, no había contribuido. Y al hablar de la desilusión que lo embargó frente a la implacable dureza despectiva con que Carranza correspondía a sus proposiciones de paz, concluye así:

“Viniendo a ser irrealizables mis propósitos, estaría yo dispuesto a continuar la lucha SI REPRESENTARA, CON ELEMENTOS POLITICOS, ALGUNA IDEA, O FORMA DE CONDUCIR A LA PATRIA A SU SALVACION. PERO MI SITUACION ES DISTINTA. MI PAPEL ES OTRO...”

¿Se quiere mejor reconocimiento del cambio de las condiciones históricas de México?

Veamos ahora la expresión de igual convencimiento en Carranza. El 14 de julio de 1914, en Monterrey, Carranza publicó unas declaraciones, de las que entresaco los siguientes conceptos:

“...el Plan de Guadalupe no es, ni podrá ser, un programa de Gobierno, ni un plan revolucionario, sino un plan político, sencillo como es”.

“...después, a medida que la lucha por la Justicia y el Derecho ha avanzado, se han manifestado, como lo deseaba y esperaba, LAS IDEAS DE RENOVACION SOCIAL QUE EL PUEBLO TENIA DESDE HACE MUCHO TIEMPO ANTES, TRANSFORMANDOSE ENTONCES EL MOVIMIENTO CONSTITUCIONAL, EN UNA VERDADERA REVOLUCION SOCIAL...”

“...yo, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, me creo obligado a satisfacer las tendencias revolucionarias del actual movimiento, QUE TUVO EN 1910 Y QUE MANTENGO HOY, a cuyo efecto he dictado y seguiré dictando, las disposiciones que ha menester el pueblo mexicano, A RESERVA DE QUE EL CONGRESO DEL PROXIMO GOBIERNO CONSTITUCIONAL LAS RATIFIQUE O REFORME”.

Estos conceptos de Carranza anuncian el propósito que abrigaba en julio de 1914, pero que en febrero de 1913 ciertamente no tenía, que le había impuesto la mayoría de los revolucionarios, de dar contenido social a sus medidas legislativas, propósito que tendría que posponer hasta después del triunfo del Movimiento. No sería el triunfo de la Revolución simple cambio en el personal del Gobierno, y alguna modificación en conceptos abstractos y en procedimientos de elecciones. Sería algo mucho más hondo. Pero, nótese, habla de Revolución Social, no de Revolución Agraria. Y es que ya había escuchado a los ideólogos, a los magonistas o exmagonistas que más tarde inspirarían el Artículo 123 de la Constitución de 1917; pero aún no percibía, y creo que nunca percibió, el problema de tierras.

Ningún norteco fue capaz de captar eso. Ni Madero, ni Carranza, ni la dinastía de Sonora que vino tras ellos. Y es que en la Frontera del Norte, ese problema nunca ha existido. Recuerdo (yo he trabajado por más de treinta años en asuntos de petróleo), haber examinado una solicitud de concesión petrolera sobre un "pequeño" terreno cerca de la Frontera del Norte, que tenía, como perímetro, un cuadrilátero de veinte mil hectáreas de superficie, cuyos linderos, descritos en el documento, diferían totalmente de los que aparecían en el plano que acompañaba la solicitud. Se hicieron investigaciones, y el interesado aclaró: cuando adquirió el predio, el vendedor del terreno le había permitido ensayar distintas ubicaciones, todas, en tierras desiertas dentro de la mayor extensión que él poseía. Como si distribuyera cartas de baraja en la superficie de una mesa. El había aprovechado la franquicia, y después de examinar varias, eligió una localización que por algún motivo consideró mejor. Pero al presentar la solicitud se había distraído. No había puesto atención en que no había correspondencia entre descripción y plano, y... eso lo explica todo.

Comprenderán ustedes que ningún criollo de la Frontera resultaba capaz de darse cuenta, de admitir, de creer posible siquiera, que media hectárea en la Región India constituyera un patrimonio familiar. Que una hacienda fuera latifundio con sólo cinco mil hectáreas de superficie. Y que su integración significara despojo a parvifundistas y copropietarios. Y los surianos, por su parte no podían creer que predios de cincuenta mil hectáreas arriba, se hubieran formado sin expoliar a nadie. Y así, la solución del problema agrario de la Región India, no fue realmente buscada, sino cuando en el Gobierno los Fronterizos fueron reemplazados por gente del Sur (Cárdenas). Y entonces el péndulo pasó al otro extremo de su oscilación. Se procedió como si los problemas del Norte y de la Región

Mestiza, fueran idénticos a los de la Región India. Y se dotó de ejidos de explotación comunal pueblos recién nacidos, habitados por criollos individualistas y antigregarios.

En José Refugio Velasco veremos, adelante, una prueba de esta evolución de México, que llega a tener conciencia de su ser, plena madurez de juicio. Y veremos que ningún otro hizo a México tan gran beneficio con ello, como José Refugio Velasco.

* * *

Contra las instrucciones de Obregón, Cabral atacó Manzanillo, no por el Noroeste, fragoso lado de tierra firme, erizado de colinas cubiertas de bosques infranqueables; sino por la larga flecha de arena entre la laguna de Cuyutlán y el Pacífico, que presentaba una plácida apariencia de llanura sin problemas. Se dejó atraer por el General Calero (segundo en el mando de Téllez, y hombre muy capaz), a todo lo largo de esa larga flecha. Fue cogido entre los fuegos cruzados de los soldados de Téllez, que ocupaban Manzanillo, y de la artillería de la flotilla. Experimentó muy fuerte descalabro. Se retiró a Tecomán, y no volvió más a Guadalajara. Llegó a México por Michoacán. Se dijo que Obregón lo regañó en México. Obregón regañaba con gran dureza. Cabral, como Medina y por la misma causa probablemente, cuando vino el momento de la escisión, siguió a Villa.

* * *

Veamos ahora las últimas maniobras de Obregón y de González, al acercarse a México.

Pablo González y Jesús Carranza convergían sobre San Luis Potosí. Jesús Carranza llegó el 4 de julio a Cerritos, y allí se unieron a sus gentes los caudillos revolucionarios Jesús Agustín Castro, Alberto Carrera Torres, y Lárraga. El 18 de julio, tomó posesión de la abandonada capital de San Luis Potosí. Las tropas federales que la ocupaban se habían retirado hacia Empalme González, en Guanajuato.

Pablo González, que venía por Charcas, llegó a San Luis Potosí el 19 de julio. Allí se le incorporaron las columnas de Eulalio y de Luis Gutiérrez, con lo cual, y con la División del Centro (la de Jesús Carranza), Pablo González, que asumió el mando supremo, tuvo a sus órdenes veinte mil hombres.

Obregón regresó de Colima a Guadalajara el 23 de julio, y envió rumbo al Bajío una fuerza de caballería a las órdenes del General Sosa y del

Coronel Miguel M. Acosta, quienes se apoderaron después de breves, pero duros combates, de Piedad de Cabadas, primero, y de Irapuato después. Luego prosiguieron rumbo a la Estación Villalobos.

El 28 de julio, Carrera Torres, que bajaba de San Luis Potosí, desalojó de la Ciudad de Guanajuato a las tropas que defendían esta Ciudad y a las que, viniendo de San Luis Potosí, se habían unido a aquéllas, todas las cuales se hallaban a las órdenes del General y Gobernador Rómulo Cuéllar, guerrillero dinámico y de mucho prestigio... cincuenta años atrás, cuando las luchas del Imperio. Y nótese cómo, en la más tremenda de nuestras revoluciones, estos viejecitos con mando efectivo habían formado un triángulo en el vital y decisivo Centro de México: Ignacio Bravo, en La Laguna; Rómulo Cuéllar, en el Bajío, y José María Mier, en Occidente.

El 30 de julio, Sosa y Acosta cortaron la vía en Villalobos, y Cuéllar abandonó los trenes. En la Hacienda de Temascalco, lo alcanzaron Sosa y Acosta, y lo aniquilaron.

El 31 de julio, Obregón llegó a Irapuato, y el 1º de agosto se reunió en Querétaro con Pablo González, que allí lo había precedido. La Revolución del Norte se había unido. Y en el acto empezó a disgregarse. La personalidad de Obregón arrolló a la de González, que se dio cuenta inmediata de ello, y que lo resintió. Entonces se echaron las simientes de futuras disensiones. Mas, por el momento, nadie quiso comprenderlo así. Y quizá Carranza haya de veras olvidado que la reunión de aquellas Divisiones, en Querétaro, dejaba atrás, definitivamente encerrada y en segunda línea, a la poderosa División del Norte, a la única que hasta entonces había demostrado efectividad con hechos, con triunfos en verdaderas batallas de importancia. Porque debe ponerse atención en que, hasta ese momento, Obregón no había encontrado oportunidad para demostrar su genio militar; que González había hecho ver que, a lo sumo, podría acreditarse decorosa habilidad en el manejo de las tropas. Y que en cambio, Villa, aparecía como el Napoleón irresistible, probado en tres durísimas y sangrientas batallas. Carranza había aceptado el pensamiento de Villa: la marcha convergente de las divisiones revolucionarias sobre la capital de la República, pero al aceptarlo, al prohibirlo, había eliminado al pensador.

Por empeño personal de Carranza, las gentes de Obregón y de Pablo González adoptaron el nombre colectivo de "constitucionalistas", lo que simbolizaba el propósito de restaurar el imperio de la Constitución de 1857. Y, en efecto, apenas se logró una paz moderada, Carranza declaró

derogado ese monumento jurídico, y en 1917 lo cambió por el aún vigente. E hizo muy bien.

Carranza ordenó proseguir el avance hacia México, Obregón salió de Querétaro a la vanguardia. El 8 de agosto estaba en "El Salto", Estado de Hidalgo. A un paso de México. Sus avanzadas se tiroteaban ya con las de los federales. De "El Salto", siguió a Teoloyucan.

A Teoloyucan llegó Carranza el 11 de agosto. Obregón lo recibió con los honores correspondientes a su rango de Primer Jefe de la Revolución, y le informó que contaba con dieciocho mil hombres.

En segunda fila se hallaban: la División de Occidente, cuatro mil hombres bien disciplinados con Diéguez al frente, y los contingentes de Michoacán (Gertrudis Sánchez, Rentería Luviano, Joaquín Amaro, etc.), que con los de Durango, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, San Luis Potosí, Guanajuato y Querétaro, podrían aprontar otros quince mil hombres, no tan disciplinados ni tan bien equipados como los sonorenses; pero, por lo menos, manejables. Por Veracruz e Hidalgo, se acercaba a México Cándido Aguilar, que había operado en la Huasteca. Y no incluyo en la enumeración a la División del Norte, con Villa a la cabeza, aunque Juan Barragán sí la considera, porque ya para esos días se había apartado definitivamente del núcleo carrancista.

* * *

Y a medida que el avance de la Revolución se hacía sentir, el tranquilo y pacífico Centro de México asistía a escenas familiares en el Norte y en la Región Zapatista, pero hasta entonces desconocidas en el Bajío. Se daba cuenta de un profundo cambio: primero, una gran tormenta musical. Bravas y entusiastas canciones mexicanas, antes proscritas de los salones y de los sitios públicos porque "olían a estiércol y a sudor", sustituían a las fúnebres, a las dulzonas, o a las optativas (si tú eres esto, yo soy esto otro), de moda hasta entonces. Fue muy curioso que casi todas las canciones de este meteoro musical revolucionario, tuvieran ritmo alegre: "La Pajarera", "La Adelita", "La Valentina", "Jesusita en Chihuahua" que era la predilecta de Villa. (Las canciones campiranas del apogeo del Porfiriato, eran de una melancolía, de una tristeza, desesperadas). Después, se agregó la fogosa marcha "Tierra Blanca" que conmemoraba el primer gran triunfo de Villa. Y entre los corridos, el "Siete Leguas", —estoy seguro de que es auténtico— con esa figura surrealista, tan audaz, pero tan descriptiva: "En la estación de Irapuato cantaban los horizon-

tes..." Aunque, Dios me perdone, tengo para mí que si el General no se hubiera llamado Bracamontes, los horizontes no habrían cantado. México oyó entonces su propia música, y le gustó. Vio el desfile constante, por las vías férreas, de aquellos convoyes interminables de carros henchidos de hombres armados que pasaban y pasaban, y se escurrían a lo largo de las vías, frente a otros carros deshechos, descarrilados e incendiados que mostraban sus hierros retorcidos al lado de los terraplenes, al lado de mañanías de rieles arrancados de aquellos durmientes apilados que habían formado hogueras, ahora ceniza.

Vio la entrada a las ciudades de aquellas hordas de esclavos rebelados, que igualaban a todos los pacíficos en la satisfacción de una venganza comprensiblemente inspirada en abusos y malos tratos atávicamente sufridos; pero no por ello menos horrible.

Escuchó continuos tiroteos. Se horrorizó con los colgados, bajo los cuales la grasa humana de la corrupción, que escurría y goteaba por los pies, formaba charcos hediondos y asquerosos. Estupefacto, asistió a la muerte de risueños pueblecitos, y vio cómo semejaron sus casas vacías alineamientos de cráneos mundos que abrían a las carreteras las huecas cuencas de sus puertas y ventanas, a través de las cuales se distinguían, sobre las paredes calcinadas, las negras diagonales de las vigas que emergían de los escombros del suelo, cubiertas de carbón. Supo de raptos, de estupro, de vergüenza. Por todas partes lo rodeaban cadáveres, sangre. Muchísimas personas simplemente desaparecieron. Salieron un día de sus casas, y se perdieron. Hay familias que medio siglo más tarde, aún ignoran qué fue entonces de algunos de sus miembros. Y todavía ahora, en lugares remotos o escondidos, suelen encontrarse descarnadas osamentas que revelan pequeñas tragedias, dispersas y perdidas, de la enorme integración de ellas que fue la Revolución. Y luego, el inevitable cortejo de la Guerra: Hambre. Enfermedades. Ruinas.

* * *

Volvamos a los restos del Ejército Federal. Batidos por todas partes en la guerra más sangrienta de nuestra Historia, se replegaban hacia la Capital, aún defendiéndose, contra toda esperanza. Luchando en el mismo fin, como habían peleado en el principio, sin entusiasmo, pero como se bate el mexicano: hasta morir. Unidos por esas cosas admirables que son la virilidad, la disciplina, el honor militar, el espíritu de cuerpo, la noción del deber.

Porque el Ejército había cumplido con su deber. Huerta y algunas fracciones, y aún cuerpos de tropa, traicionaron a Madero. Eso es evidente. (El ingenio popular había encontrado un anagrama tan ajustado a la verdad, tan tajante, que asusta: "Victoriano Huerta—V. Huerta traicionó"). Pero las Cámaras Maderistas, (nótese: *Las maderistas*, no las huertistas), sancionaron y legalizaron el crimen. Un militar debe obedecer lo que mandan los Supremos Poderes. Ya vimos cómo Carranza y Obregón, en el inicio del movimiento, para rebelarse exigieron la base de decretos de Legislaturas y Gobernadores estatales. Debe, pues reconocerse validez todavía mayor a decretos de las Cámaras Federales, así pues, el Ejército, como institución, no traicionó.

Empezó la lucha. Salvaje. Sin cuartel, Carranza y Huerta recordaron a Juárez, y uno y otro, implacables, condenaron a muerte a sus enemigos. Fue un matar delirante. Un matar que se prolongó todavía por dos años. México perdió entonces, obscuramente fusilados, muchos hombres de valía. Entre ellos cuento yo, con dolor de amigo, de jalisciense y de mexicano, al único genio que conocí en mi vida: a mi íntimo amigo, a mi paisano Antonio Padilla. Lo fusiló un pobre general casi analfabeta, que jamás quiso darse cuenta del daño que con ello hizo a México.

Ahora, Huerta había huído; pero Carranza se manifestaba implacable. Se le habló de la derrota del Ejército, de la posibilidad de su rendición colectiva, y él ofreció respetar la vida de los federales, pero sólo la de los amnistiados "a tiempo", y "del grado de coronel abajo..." A los otros, los amenazaba con juicios sumarios de acuerdo con la Ley del 25 de enero. ¿Y, desde cuándo, hasta cuándo, se contaba ese "a tiempo"?

Los vencidos guarnecían la Capital y sus alrededores en número de treinta mil hombres, a quienes hacía un mes no se les pagaban sus miserables soldadas. ¿Con qué se les pagaría? ¿Con los "billetes de banco", verdaderos bilimbiques, que ilimitadamente emitió Huerta? ¿Con los bonos de Carvajal, que nadie recibía? Pero aún conservaban espíritu de lucha. Aún peleaban. Por Xochimilco y sus cercanías, se tiroteaban de continuo con los zapatistas, y por el Norte se preparaban a resistir el ataque de Obregón.

Velasco quiso concertar y planear la resistencia, y llamó al General Eduardo Camargo, Jefe del Estado Mayor del Ejército Federal, para encomendarle que, al frente de una comisión de oficiales técnicos, se encargara de formular un proyecto de reorganización del Ejército y de defensa de la Capital. El General Camargo fue uno de esos generales inteligentes, cumplidos, de honrosa pobreza, que supo formar Porfirio. De esos que, en los días de vestir uniforme de gran gala, al salir de sus casas, tenían

que inclinar la cabeza para que el penacho de su casco no rozara con las prendas de ropa íntima tendidas a secar en el patio por las comadres. Insisto en considerar esa inclinación como algo más hermoso que si pasaran con la cabeza fieramente erguida bajo gigantesco arco de triunfo.

Camargo cumplió la orden de Velasco, y presentó un plan, un proyecto que preveía sólo el ataque de Obregón. Es decir, únicamente la defensa de la Capital por el Norte, en una primera línea cuyo punto medio fueran la Cuesta y el Tunel de Barrientos; cuya derecha se apoyaría en Cerro Gordo (Sierra de Guadalupe), y la izquierda en el Puerto de los Chivos. Preveía una segunda línea por Atzacualco, siguiendo por el Río de los Remedios hasta Naucalpan, apoyándose en cinco pueblecitos. El Sur no requeriría estudio especial. Se defendería bien con los diez mil hombres destinados a guarnecer esa línea. Los zapatistas eran montañeses avezados a la guerra pulverizada, y por lo mismo, impreparados para la coordinación que exige la amplitud de la guerra colectiva en las llanuras.

Calculaba Camargo que para la defensa de esa línea, se necesitarían prácticamente treinta y nueve mil hombres, dieciocho baterías de artillería, veintinueve secciones de ametralladoras, cincuenta millones de cartuchos, y seis mil granadas. Claro resultaba que, para este fin, no se podría retirar un solo hombre de los diez mil distribuidos en los sectores Naucalpan-Santa Fe; Santa Fe-Xochimilco; Xochimilco-Chalco, y Chalco-Texcoco, muy asediados por los zapatistas. Es decir, que para contener el ataque de Obregón, contaba Velasco con la mitad del efectivo necesario.

El mismo Velasco dice: "...se procedió a apresurar la concentración de la mayor cantidad posible de tropas, y a organizarlas convenientemente, sin dejar de atender la defensa de la Capital, que los zapatistas amenazaban activamente por el Sur, ni de cubrir los caminos por donde podrían acercarse los contingentes revolucionarios del Norte". Camargo aconsejaba capitular para evitar, tanto una inútil carnicería, como los daños que sufriría la Capital si la Revolución la debelaba.

La situación se había agravado después de la fuga de Huerta y de Blanquet. Cuando nombró a Velasco Secretario de la Guerra, Carvajal ya estaba resuelto a rendirse. Había tratado de negociar con Obregón, y éste no quiso oírlo. Había enviado una comisión a Carranza, y ya vimos que no fue recibida. Entonces consideró la conveniencia de retirarse personalmente de cualquier modo, y ratificó su resolución al saber que muchos generales y jefes habían dado pasos para gestionar, egoísta y previamente, su individual amnistía ante Carranza.

Entonces, por uno de esos tumbos inesperados y sorprendentes de la suerte, las cosas empezaron a mejorar en su apariencia lo bastante para permitir esperanzas a los federales. Fue la implacabilidad de Carranza, que amenazaba de muerte a todos, la que sirvió para levantar la moral de los federales de más fibra: "Si me han de matar sin remedio, moriré matando", pensaron muchos.

A consecuencia de ello, para orientarse, el 4 de agosto de 1914 Carrvajal pidió que, en una junta, los Generales de División decidieran qué habría de hacerse. Velasco la presidió y fue el expositor de la crisis. En nombre de todos replicó el General Samuel García Cuéllar quien, en síntesis, declaró que si por medio de negociaciones no se lograban garantías para los miembros del Ejército Federal vencido, debería combatirse hasta sucumbir. Pero esta actitud viril y resuelta no era compartida por todos. Hubo quienes al día siguiente huyeron. Entre ellos muchos que aconsejaban pelear; casi no había ya bandera que defender, pues de los Tres Poderes integrantes del Gobierno, el Legislativo y el Judicial se habían desmoronado, o estaban en un receso que era desintegración disfrazada.

A las órdenes de Velasco quedó sólo un núcleo de decididos generales y jefes. Lo mejor del Ejército: Agustín Sanginés, que viejo y herido en combate, se presentó a Velasco pidiendo que se le tuviera en cuenta; Luis Medina Barrón, en cuyo valor no había hecho mella la espantosa carnicería de Zacatecas, de la que milagrosamente escapó, y en quien se había pensado para encargarlo de la defensa de la línea de Barrientos; Eduardo Ocaranza que, aunque herido, había sobrevivido a la feroz batalla de Torreón, y hacía prodigios, luchando sin cesar y con éxito, contra el montante Zapatismo... Y aquellos Irregulares, tan bragados: Juan Andrew Almazán, Benjamín Argumedo... Y aquel viejo indomable y pintoresco, de increíble vitalidad y de incomparable virilidad: el jarocho Higinio Aguilar, que a los ochenta y cuatro años de edad se preparaba para reanudar su vida de guerrillero, que efectivamente llevaría por seis más. Y que aún sobreviviría unos cuantos después. Y un poco alejados, pero con acceso fácil a México, a las órdenes del General Miguel Rodríguez, tendidos de Salina Cruz a San Jerónimo, disciplinados, unidos con firme cohesión y con su moral muy alta, se hallaban los miles de defensores de Guaymas y de Mazatlán, que en Manzanillo habían derrotado a Cabral. Con todos ellos contaba Velasco.

Por otra parte, Velasco se había dado cuenta de que la Revolución no formaba el bloque monolítico que parecía en un principio. En realidad

en su masa colectiva se distinguían dos, probablemente tres, y quizá hasta cuatro hendeduras reveladoras de fragmentos separados.

Entre Carranza y Zapata no había comprensión alguna. Jamás la hubo entre los caudillos criollos del Norte, avezados a los problemas puramente políticos y de rivalidades, propios de las inmensas y desiertas regiones fronterizas, y los cabecillas que operaban en la región indígena de los minúsculos, pero complejos problemitas humanos, sociales, agrarios, y económicos de la región, de las parcelas, de los ejidos sobrepoblados. A los surianos les parecían pueriles los ideales puramente políticos de los norteños; y los norteños juzgaban reveladoras de bandolerismo medular las aspiraciones agraristas del Zapatismo. La pugna no era sólo emotiva. Amenazaba crecer y desarrollarse. Al describir Juan Barragán cómo quedó distribuido el Ejército Constitucionalista el 15 de agosto de 1914, después de que tomó posesión de México, dice: "La División de Caballería al mando del General Lucio Blanco, fuerte en más de diez mil hombres, marchó desde Cuautitlán a relevar a los federales que guarnecían Xochimilco, Tlálpam, Contreras, San Angel, Coyoacán y demás pueblos comarcanos, *para evitar que los zapatistas se apoderaran de ellos...*" El 6 de agosto, el Ingeniero Alfredo Robles Domínguez, en cuanto recibió aviso de que se le nombraba representante de la Revolución, dirigió a Carranza un mensaje cuyo segundo párrafo dice así: "Versiones persistentes afirman elementos zapatistas muéstranse celosos por posible prioridad en ocupación de la Capital, por otra fuerza. Alegan su vieja constancia en lucha ideales".

Otra división apuntaba entre los revolucionarios. Esta, más epidérmica. Dice Juan Barragán, comentando la triunfal entrada de Carranza en la Ciudad de México el 20 de agosto de 1914: "El General Pablo González, desentonando con el espíritu de camaradería y de positivo regocijo que inundaba el alma de todos los revolucionarios, se excusó de acompañar al Primer Jefe en esta jornada de verdadera apoteosis, por motivos absolutamente baladíes que emanaban de algunas diferencias sin importancia que ya había tenido con el General Obregón... (quien) ni cuando recibió a la Comisión Diplomática que fue a verlo a Teoloyucan, ni cuando concertó la rendición del Ejército Federal, tuvo la cortesía de invitarlo a que tomara parte o presenciara el curso de estas gestiones... (*)

Y, por fin, otra división más. Esta, sí grave. Desde el 26 de julio,

(*) Hay que recordar que Carranza había autorizado a Obregón, y sólo a Obregón, para celebrar estas negociaciones.

Carranza, que se comunicó por telégrafo con Obregón, que para esa fecha seguía en Guadalajara, le manifestó inquietud por la conducta de Villa: "He recibido informe de que General Villa asume una actitud sospechosa..."

Carvajal y Velasco sabían muy bien a qué atenerse, porque precisamente por esos días, se había presentado en México un coronel villista que fue introducido ante ellos por Gonzalo Enrile. Ese coronel acreditó en forma satisfactoria su carácter de enviado de Pancho, reveló la inminente sublevación del duranguense contra Carranza, y propuso una alianza con Villa al Gobierno de Carvajal.

Carvajal se ilusionó, y habló de no insistir más en las negociaciones con Obregón; pero Velasco lo llamó a la realidad. Haber luchado por el Gobierno, como había luchado el Ejército Federal, había sido cumplir con el fin para el cual ese instituto guerrero había sido creado. Sería natural y lícito, aunque egoísta, después de las matanzas ocurridas en esos dieciocho meses, que generales, jefes, oficiales y soldados federales, individualmente, pelearan por defender sus vidas. Pero el Ejército, como entidad y por voluntad propia, nunca debería degradarse, del papel de defensor de la Patria, de sus Instituciones, al de faccioso. Y eso, y no otra cosa, sería si se aliaba con Villa. Había, pues, que insistir en las negociaciones con Carranza.

Con esta actitud creaba un quebradero de cabeza para Woodrow Wilson. La Guerra Europea acababa de estallar. Y eso significaba para Estados Unidos problema mucho más importante que el mexicano, problema que llegaba a ser vital. Wilson sí se daba cuenta de ello, pero no quería soltar la presa de su odio favorito: el Ejército Federal Mexicano, que había heredado el odio que Wilson tuvo a Huerta. Urgía, pues, que terminara o se suavizara el problema de México. Wilson forzó, pues, sus indicaciones a Carranza para hacerle ver que obstinarse en el castigo, podría ser dañino para los fines de ambos. Había otros medios de "castigar", decía él. Fue convincente, y Carranza dio instrucciones a Obregón y a su representante Robles Domínguez, enviándoles copias de ciertos documentos.

* * *

Porque actuaba por esos días en México como representante de la Revolución, aunque sólo como gestor oficioso, un antiguo revolucionario de aquéllos que en 1910 habían sido aprehendidos por el Gobierno de Por-

firio: Alfredo Robles Domínguez. Fue él quien en México, en esos días de julio de 1914, prestó grandes servicios a la Revolución. Luego fue olvidado o ignorado.

Durante la agonía del Ejército Federal, Robles Domínguez mantuvo conversaciones continuas con Carvajal y con Velasco. El primero, sin preparación previa para el difícilísimo papel que le tocaba desempeñar, estaba muy preocupado. Había visto desmoronarse su Gobierno con aceleración creciente. De los tres Poderes: el único que sobrevivía, era el que personalmente le estaba confiado: el Ejecutivo. Sentía que el suelo se desintegraba bajo sus pies. Las incesantes conferencias que mantenía con los miembros del Cuerpo Diplomático, quejumbrosos o irritados, contribuían a excitarle los nervios. Pero Velasco insistía en que se mantuviera firme: sólo la presencia de Carvajal en la Silla proporcionaba la fuerza moral necesaria para lograr un arreglo más ventajoso.

Conocemos con cierto detalle las actividades de Robles Domínguez durante esos días crepusculares. No por sus "Memorias", desgraciadamente inéditas aún, pero sí por artículos que años más tarde publicó su entonces colaborador, el inteligente, honrado y valiente periodista revolucionario Diego Arenas Guzmán. Uno de esos artículos, sobre todo, el publicado en el Suplemento de "El Universal" el 21 de agosto de 1932, es un valioso documento.

Según Arenas Guzmán, hasta el 4 de agosto de 1914 la gestión de Robles Domínguez había sido nomás oficiosa. Pero, en esa fecha, lo llamó a la Legación del Brasil el Ministro Cardoso Oliveira, que era también Encargado de Negocios de los Estados Unidos en México, y le mostró un mensaje del Secretario de Estado yanqui, W. J. Bryan, en el cual se incluía (¡qué emisario, Señor!), otro dirigido a Robles Domínguez por el Primer Jefe y redactado en inglés, nombrándolo Representante Oficial de la Revolución, y ordenándole que hiciera conocer tal nombramiento al pueblo de la Capital.

En la conversación que siguió, Cardoso Oliveira, quien claro es que tenía instrucciones adicionales, sugirió a Robles Domínguez dos cosas: buscar una inmediata entrevista con Carvajal, y publicar un manifiesto en que hiciera recaer sobre el Ejército Federal toda la responsabilidad de cuanto pudiera ocurrir en México, si por decidirse a resistir, se libraba algún combate en la Capital.

Robles Domínguez, apenas la pidió, obtuvo audiencia con Carvajal, quien convino en la rendición inmediata del Ejército. Esto lo hizo conocer Robles Domínguez al pueblo en su Manifiesto del 5 de agosto, cuyo pe-

núltimo párrafo incluye estos conceptos: "... para evitar mayor derramamiento de sangre, los Constitucionalistas han puesto y pondrán de su parte toda su buena voluntad, dentro de la Ley y de la Justicia. En consecuencia, las responsabilidades que pudieran surgir con motivo de resistencias extemporáneas e inútiles, no será a ellos a quien deba exigirse".

Al día siguiente, Robles Domínguez, a quien parece gustaban las situaciones claras, francas y definidas, y que por lo mismo no servía para político, dirigió un mensaje a Carranza pidiéndole "declaraciones explícitas... sobre respecto que Revolución dará a la libertad de pensamiento, vidas e intereses": le informaba (párrafo ya transcrito), sobre los recelos que inspiraba a los zapatistas la ocupación de México por los nortños, y concluía así: "Tiénesse por posible Ejército Federal haga resistencia o evacúe plaza *por temor a sumarias ejecuciones*. Evacuación hace abrigar temores a Comercio y sociedad toda, de inevitables resultados por irrupción a ciudad por gruesas partidas en estado natural de excitación".

Y en efecto, Carvajal quería capitular desde luego, pero se resistía porque pensaba que rendir las armas sin arreglo previo, podría significar la ejecución de millares de federales a quienes la implacabilidad de Carranza condenaba a muerte, que serían arrastrados al matadero. Según Velasco, Carvajal le manifestó que "... era el suyo un Gobierno de transición cuyo objeto esencial era facilitar la transmisión del Poder a la Revolución, pero que le preocupaba profundamente la suerte del Ejército y no quería sacrificarlo a las exigencias revolucionarias; que cediendo en todo lo demás, no cejaba en lo referente a la Institución Armada; de manera que lográndose ya obtener garantías para todos... sólo quedaba por resolver el punto relativo al Ejército..."

Naturalmente, muchos de los federales pensaban seguir peleando. Por pocas que fueran, —y no eran tan pocas— las probabilidades de resistir con éxito, serían preferibles a la absoluta certeza de la ejecución sumaria que quedaba como alternativa.

Se comprende que Cardoso Oliveira se pusiera en febril comunicación con Bryan, quien debe haber tratado luego el punto con Wilson, y que éste, a su vez, activara sus gestiones cerca de Carranza, insistiendo en la utilidad práctica de mostrar un poco de clemencia. Pero también, como Wilson era de pasiones frías y muy rencoroso, para humillar a quienes habían luchado en defensa del aborrecido Huerta, dirigió ciertos telegramas al general yanki, jefe de las fuerzas que ocupaban Veracruz. Copias

de estos telegramas —eso sí consta, no se adivina ni se deduce—, fueron enviados a Cardoso Oliveira. Y ya veremos la importancia que tuvieron.

* * *

Ya vimos que el 4 de agosto Carvajal había convocado a los Senadores —no al Senado, que estaba en receso—, para pedir consejo. Y, dice Velasco "... la resolución tomada por el Gobierno no era en modo alguno licenciar al Ejército, sino retirarse con él, evacuando en caso necesario la Ciudad de México, para establecer en otro lugar el Gobierno con el apoyo del Ejército, única forma en que éste podría seguir representando la causa del orden y la legalidad". (Artículo en la controversia que sostuvo Velasco en Los Angeles, Cal., sobre "La Defensa de Torreón y el Licenciamiento del Ejército. Este es de fecha 5 de junio de 1915).

Vinieron después las gestiones de Robles Domínguez, y al fin, cuando estaba ya resuelta por Carranza la conducta que había de seguir, y cuando tenía en su poder Cardoso Oliveira el telegrama de Bryan, Obregón dirigió el 8 de agosto al mismo Robles Domínguez un telegrama, que bajo el Ordinal 1741, decía:

"Para su conocimiento y lo que pudiere interesar a nuestros correligionarios en esa, transcribo a usted a continuación nota que hoy dirijo al Licenciado Francisco Carvajal:

"Habiéndome incorporado a esta estación con el Cuerpo de Ejército que es a mis órdenes, y estando para llegar la División del Noreste, que comanda el C. General Pablo González, he querido dirigir a usted la presente comunicación antes de emprender el ataque sobre sus avanzadas, pidiéndole declare, de una manera concreta, la actitud que asume como jefe de las fuerzas huertistas, que guarnecen esa Ciudad; si está dispuesto a rendir la plaza o a defenderla. En este último caso, he de agradecer a usted se sirva notificar a todos los extranjeros residentes en esa que deben de abandonar la población a fin de evitar posteriores reclamaciones. Suplico a usted acusar recibo de la presente y mandar expedir salvo-conducto al oficial portador de la misma para que no sea molestado en su regreso. Hago a usted presente mi consideración. Constitución y Reformas. Cuartel General en Estación Salto, Hgo., agosto 8 de 1914. El General en jefe "Alvaro Obregón".

Inmediatamente Robles Domínguez, llevando en cartera tanto el mensaje, como copia del que debe haberle enviado Cardoso Oliveira, acudió al Palacio Nacional en busca de Velasco. Se había dado cuenta de que las

entrevistas con Carvajal serían inútiles en lo sucesivo. Dejo a Arenas Guzmán, contar lo que de labios de Robles Domínguez escuchó ese mismo día:

“Al salir, aún conmovido hondamente, el Ingeniero me relató los incidentes y el resultado obtenido en tal entrevista.

“Procuró sintetizar los puntos salientes de esa narración.

“Robles Domínguez hizo al General Velasco una exposición patética de las terribles escenas a que daría lugar, contra la población civil, el combate que iba a trabarse entre federales y constitucionalistas; apeló a sus sentimientos humanitarios y concluyó por evidenciar la inutilidad del magno sacrificio que se imponía a los neutrales, pues la Revolución no podría ser detenida en su camino de victorias.

“Velasco se irguió altivamente, y repuso:

“—Nosotros hemos hecho lo posible por evitar esas calamidades; pero el honor del Ejército, no permite que nos rindamos sin combatir, y *sin que se nos acepte siquiera un arreglo decoroso*. Somos más de treinta mil hombres fogueados y que defenderemos desesperadamente, más que nuestras vidas, la vida de nuestra gloriosa institución.

“—Pero el combate será de tal manera encarnizado —adujo Robles Domínguez— que el vencedor quedará tan debilitado como el vencido. Entonces será el momento en que la División del Norte, el Villismo, avanzará para rematar al combatiente que haya quedado en pie.

“—Si el Ejército triunfa, su moral se levantará tanto, que podrá hacer frente a Villa—, replicó el General Velasco.

“—Y por otra parte —continuó Robles Domínguez—, no hay que olvidar a los americanos que están posesionados de Veracruz, y cuyo jefe tiene instrucciones de avanzar sobre México, si ocurren aquí combates que pongan en peligro las vidas e intereses de sus connacionales.

“Y tendió hacia el General Velasco la copia de un mensaje en que se trasmitían, de Washington, órdenes discrecionales al Comandante de las fuerzas de ocupación en ese sentido.

“Entonces los músculos del viejo soldado se aflojaron, sus ojos se nublaron de lágrimas apenas contenidas, y dejó escapar trabajosamente estas palabras:

“—Está bien. El Ejército evacuará la plaza. Puede usted comunicar al General Obregón, que irán representantes nuestros a pactar la entrega...”

Los representantes de los federales fueron: por el Ejército, el General Gustavo Adolfo Salas; por la Armada Nacional, el Vice Almirante

Othón P. Blanco, las negociaciones se llevarían a efecto en Teoloyucan, lugar próximo a Tlalnepantla.

Velasco pidió a Carvajal cuarenta y ocho horas para preparar el licenciamiento.

* * *

Robles Domínguez informó luego a Obregón: "... esta plaza será entregada, sin combatir, a las fuerzas constitucionalistas", y le anunciaba que él, Robles Domínguez, pasaría a verlo "para acordar la mejor forma en que debería efectuarse la entrega, y que iría acompañado por una comisión integrada por diplomáticos, y por el Gobernador del Distrito, Eduardo Iturbide".

Obregón contestó en forma muy cortés, manifestándose complacido por el éxito que había alcanzado Robles Domínguez, "... pues aunque las diversas Divisiones con que habríamos de atacar la Capital cuentan con elementos más que sobrados para capturarla por la fuerza, es plausible ahorrar un nuevo derramamiento de sangre a la Patria". Concluía ofreciendo garantías y seguridades para todos y cada uno de los miembros de la Comisión.

Obregón no sólo informó a Carranza, sino que le instó vivamente que concurriera a las conferencias. Robles Domínguez también le detalló todo esto, le ponderó el pánico que reinaba en la Capital, y en nombre de Cardoso Oliveira, le pidió una conferencia telegráfica que Carranza concedió, pero que, por alguna razón que nadie explica, no llegó a celebrarse. Y el 10 de agosto Carranza telegrafió a Robles Domínguez:

"Espero concurrir mañana a la conferencia de Teoloyucan..."

* * *

La primera entrevista de Gustavo R. Salas (Othón P. Blanco que salió tarde de México, aún no llegaba) con Alvaro Obregón, Lucio Blanco, Benjamín Hill y Miguel M. Acosta, produjo amarga impresión en Salas, quien se convenció de que los caudillos revolucionarios, sobre todo, los de grado inferior, manifestaban una animadversión y una saña idénticos a los que Carranza había expresado siempre. Y lo informó así a Velasco.

En vista de este informe de Salas, resolvió Velasco no sólo no festinar la disolución del Ejército; sino aplazarla lo más posible; conservarlo en mano, como potencial amenaza, mantenerlo unido y presto a luchar.

Sería la única esperanza para obtener "siquiera un arreglo decoroso". Nada más buscaba Velasco.

Algunos de los indomables se había acercado a él para proponerle asumir una actitud decididamente belicosa. Higinio Aguilar, el batallador anciano, había sido, allá, hacía muchos años, asistente de Velasco, y como todos los que de cerca trataron a "Don Cuco", sentía hacia él grande afecto y tenía inquebrantable fe en sus capacidades. Con Aguilar estaban otros muchos, de lo más combativo y resuelto del Ejército Federal. (*) Y en esa ocasión le dijeron:

Que veían la situación seria, pero no sólo no la juzgaban desesperada; sino que la creían alentadora para un próximo futuro. La Guerra Europea, que empezaba a ensañarse (era esto por los días de la Ofensiva Alemana de von Kluck) forzosamente impediría a Woodrow Wilson concentrar todo su insaciable odio sobre los restos del Ejército Federal; que las huestes revolucionarias estaban dispersas y desunidas. Que era verdad que aquellos treinta mil veteranos, que Velasco tenía bajo mano, por el momento estaban algo desmoralizados, pero que sería posible reanimarlos por medio de una serie de pequeños combates favorables, fáciles de provocar y de librar; que Villa no vendría, que los revolucionarios de Veracruz, de Michoacán y del Bajío estaban desorganizados, y no serían de temer; que un choque definitivo con Obregón y con Pablo González tampoco sería fatal, pues no había unión entre ellos ni coordinación entre sus gentes; que, por otra parte, el efectivo de las fuerzas reunidas de estos dos generales, resultaría apenas igual al que el Ejército podría oponer, aún en ese mismo momento en que hablaban. Teniendo todo esto en consideración, resultaría posible enfrentar veinte mil hombres a los Norteños, pues con diez mil se podría contener a Zapata; que, además, en un plazo máximo de dos días sería posible traer a la Capital las guarniciones de Guaymas y de Mazatlán, que en número de más de diez mil hombres habían evacuado Manzanillo, desembarcando en Salina Cruz, y que esperaban órdenes en la zona de Oaxaca que va de ese Puerto, hasta San Jerónimo, sobre la vía del Ferrocarril del Istmo. Que estas fuerzas vendrían muy moralizadas, ya que en su último combate habían infligido a la gente de Cabral una derrota desastrosa. Y que sus probabilidades de luchar, en ese caso, serían mucho mejores.

Si Velasco no se resolvía a pelear por temor a la anunciada invasión

(*) Tengo la versión de esta escena de labios de un testigo presencial, quien por muy atendibles razones me pidió no mencionara su nombre.

yankí, le proponían como alternativa: evacuar Méjico con todos los elementos del Ejército, y retirarse por Cuautla y Atlixco al Valle del Atoyac, desde el cual es fácil el acceso al del Balsas, para internarse en Oaxaca, hasta donde nadie se atrevería a perseguirlos. Y si alguien los perseguía, sería a su riesgo. Aseguraban que Oaxaca fácilmente podría sustentar aquellos elementos, y que todo sería cuestión de esperar la oportunidad favorable, que se presentaría pronto. Las demasías y excesos de los irreprimibles e indisciplinados revolucionarios, harían añorar a los ordenados y disciplinados federales. Y entonces vendría Velasco como Caudillo, como Presidente y como Salvador.

Velasco los escuchó en paciente silencio. Mi informante, me dice que, dirigiéndose a Higinio Aguilar, por quien Velasco sintió siempre especial afecto, contestó:

“—Mire usted, Higinio, yo no soy jefe de facción. Yo soy militar. Y considero que luchar por la Patria y por el Gobierno legal, son los supremos deberes de un soldado. En cumplimiento de ellos, hemos combatido todos nosotros contra enorme número de enemigos. Se ha derramado un mar de sangre mexicana, y se han destruido riquezas incalculables. Yo lo he lamentado, pero si he contribuido a ello, ha sido porque combatir por el Gobierno, es obligación del militar. Yo no quiero ser Presidente. Aspiro, ahora que la Revolución ha triunfado y que el Gobierno está dispuesto a negociar con ella, a que logremos un arreglo que garantice, más que la vida de los militares, el honor del Ejército. Convento con ustedes en que, en batalla, tenemos muchas probabilidades de triunfar... pero, ¿se atreverían ustedes, como mexicanos, a exponer a México al peligro de una nueva invasión yankí, que se traduciría en nueva mutilación de nuestro territorio? México perdería la Baja California. Quizás, también, Sonora y Sinaloa. ¿No creen ustedes que es preferible morir...? No, Higinio, no juguemos al juego de Don Agustín y Pío Marcha. Sacrifiquémonos. He pedido al Licenciado Carvajal una prórroga de las cuarenta y ocho horas que fijó para preparar la disolución del Ejército. Espero así obtener que los revolucionarios convengan en que, en el arreglo, figuren cláusulas más humanas y dignas para nosotros. Pero en ningún caso, ni por ningún aliciente personal, haré nada que signifique peligro para México”.

Un poco tristes, desoídos, pero no convencidos, se retiraron los generales.

* * *

Carvajal estaba sujeto a enorme presión. La que ejercía sobre él Robles Domínguez, era tolerable. Robles Domínguez era hombre caballero y de corazón. Poco caso hacía Carvajal de la del Encargado de Negocios de Estados Unidos, que era el Ministro del Brasil, y que no podría hacer otra cosa que reproducir lo que Wilson dijera. Y eso ya se lo sabía de memoria Carvajal. Pero en cambio, le preocupaban mucho las intransigencias de Carranza y de Obregón en las negociaciones de Teoloyucan. Y ciertas demasías de algunos jefes revolucionarios, por el estilo de ésta, que narra Velasco: "... en estos días el Sr. Licenciado Carvajal me mandó mostrar un telegrama redactado en tono impertinente y grosero, en que uno de los jefes revolucionarios le notificaba que lo haría personalmente responsable de la destrucción de las vías férreas que necesitaba para la marcha de las tropas, amenazándolo con hacerle correr la suerte reservada al "bandido Huerta" si continuaban las interrupciones del ferrocarril". También resentía Carvajal la falta de consistencia de aquellos generales y jefes militares que, en la junta del 4 de agosto, se habían mostrado resueltos y combativos... y que el día 5 pidieron su retiro y huyeron por Veracruz. O que simplemente huyeron, sin previa formalidad.

Y le dolía el estado de ánimo de los habitantes de la Capital. Dice Velasco: "... la población de la ciudad se mostraba más alarmada cada día; cierta prensa, abusando de la libertad que el Lic. Carvajal le concedió, aumentaba considerablemente la ansiedad pública, hubo periódico que dio cabida en sus columnas a una proclama zapatista en que invitaba al pueblo y a los obreros de México a tomar parte en el proyectado saqueo de la ciudad. Al mismo tiempo comenzó a discutirse en público la actitud del Ejército, se llegó a decir de él que era el único obstáculo para que se hiciera la paz; que la Revolución estaba dispuesta a establecer un Gobierno y dar garantías a la sociedad; pero que exigía la absoluta sumisión del Ejército, sin cuya condición no habría paz; pero poco a poco, el público fue excitándose, y llegó a decir, con cierta moderación al principio y con claridad más tarde, que el Ejército debía salir de la Ciudad; que iba a comprometer los intereses de todos pretendiendo defenderla, que esa defensa perjudicaría a la sociedad y sólo tendría por verdadero objeto salvar los intereses de los militares mismos; que era indigno, por parte del Ejército, sacrificar así a todos por salvarse él, y excitar la ira de los revolucionarios contra la ciudad haciéndoles resistencia; y en suma, se llegó a mirar con marcadísima prevención, aún con odio, al Ejército, a quien se consideraba como el único obstáculo para que la paz se restableciera en la República".

Había caído sobre la impreparada cabeza de Carvajal todo un cúmulo de problemas en cuyo planteo no había tenido él la mínima culpa, y sobre su misma persona gravitaba el peso de una tan absurda, como innecesaria amenaza de muerte. La consecuencia fue un repentino, pero absoluto colapso de su voluntad.

“En este estado de cosas —sigue Velasco— el día 12 de agosto de 1914, el Sr. Presidente Carvajal me hizo saber su resolución de retirarse y disolver el Poder Ejecutivo —naturalmente me ordenó para el caso un tren especial con la escolta necesaria— me ordenó, asimismo, enviar delegados militares a fin de obtener de la Revolución las mejores condiciones posibles para el Ejército, indicándome que tomara el mando de él y me pusiera a su cabeza al ausentarse el Sr. Licenciado Carvajal; después de tratar de disuadirlo de su intento, haciéndole presente las gravísimas consecuencias de su resolución, le hice notar respetuosamente que, al desaparecer el Poder Ejecutivo, yo cesaría en mis funciones como Ministro de la Guerra y no tendría ya autoridad legal para ejercer el mando del Ejército, pues él era, conforme al texto de la Ley, el Jefe del Ejército, y yo era sólo un Secretario de Estado a sus órdenes; también le hice notar que, habiendo desaparecido ya los Poderes Legislativo y Judicial, *la desaparición del Poder Ejecutivo consumaba la total desaparición del Gobierno y quitaba al Ejército toda bandera legal que pudiera legitimar su resistencia; que por lo tanto si el Sr. Presidente abandonaba el Poder, el Ejército no tendría ya motivo alguno para combatir, y combatiendo a la Revolución sin una causa legal que defender, sólo se prolongaría criminalmente el inútil derramamiento de sangre mexicana;* fue entonces cuando el Sr. Presidente tomó la resolución de licenciar al Ejército y nombrarme, con tal objeto, Comandante General del mismo; pero comprendiendo sin duda la gravedad de tal resolución, me dijo que tomaría el plazo de una hora para resolver si la confirmaba, a lo que le contesté que tomara todo el tiempo que a bien tuviera, y aun cambiara su resolución si lo juzgaba necesario, en la forma que más conveniente le pareciera...”

Y para demostrar Velasco que había comprendido lo que Carvajal seguramente ni a sí mismo se quería confesar, el verdadero motivo que lo impulsaba a abandonar una lucha que todavía podía pelearse en los campos de batalla, o en las salas de discusiones, y por fin más noble que antes, agregó:

“... garantizándole que nadie lo tocaría en ningún caso, pues nuestras fuerzas sabrían evitarlo”.

Una de las cosas que más agradan de Velasco, es su caballerosidad absoluta. Al narrar este episodio, calla algo, además del naturalísimo temor que sentía Carvajal y que a Velasco seguramente no se le ocultó; calla algo que sabemos, sin embargo, por otra fuente tan sincera e insospechable como la Verdad misma: la resistencia de Carvajal para ordenar por escrito la trascendental medida de la disolución del Ejército, deseoso de dejar la apariencia en la responsabilidad a Velasco. Y Velasco lo calla.

Quienes hayan leído ese apasionante documento histórico: "Mi Diario" de Federico Gamboa, recordarán cómo éste se manifiesta en todo caso amigo invariable de la Familia Carvajal. Así que nadie quedará sorprendido al saber que el Presidente lo llamara y le pidiera consejo en aquellas circunstancias. El episodio que se inició con esta llamada lo narra Gamboa en el Capítulo V del último tomo (que creo está aún inédito), de esa su interesantísima obra. Este Capítulo salió a la luz en el Suplemento Dominical del diario de esta Capital "Excélsior", el 9 de septiembre de 1940, y es un documento de interés tan patético, que resulta difícil superarlo. Se ve en él, materialmente, el desplome vertical de todo un régimen, o mejor aún, de toda una época, y el de Carvajal en persona. Pero emerge de sus páginas la figura entera y viril de un hombre que no quiso ser grande hombre para ser, en cambio, algo infinitamente más grande: un militar, un caballero, un hombre cabal. La figura de José Refugio Velasco, de quien más justamente que de nadie puede decirse que sacrificó ambición y codicia para poder presentarse ante Dios después de morir y decirle: "Señor, nunca cometí en mi vida acto alguno de que tuviera que avergonzarme".

Pero dejo ahora la palabra a Gamboa:

"Carvajal me concreta el caso actual; desde anteayer, en que decidió disolver los Poderes, y marcharse del País, en vista de las intransigencias irrazonables y sin precedente de los carrancistas, y de ciertas amenazas contra su propia persona, Velasco, —el Ministro de la Guerra— le pidió cuarenta y ocho horas que necesitaba para licenciar a los treinta mil hombres aglomerados en la Ciudad, que componen el principal núcleo del destrozado Ejército Federal. Tales cuarenta y ocho horas hanse vencido ya, y sin embargo, Velasco le ha declarado no hallarse listo; solicita ampliación de plazo, —imposible de otorgar atenta la gravedad suma de las circunstancias—, y se rehusa a violentar el licenciamiento, salvo que Carvajal específicamente se lo ordene por escrito, y a seguir en parlamentos con él y con los Subsecretarios.

“¿—Qué opina usted? —me interroga el Presidente moribundo, sin dejar de retorcerse hasta la tortura, su abundante bigote negrísimo.

“Así, de pronto (yo no conozco a Velasco ni de vista), le propongo que lo llame y le ordene lo que debe hacer.

“Carvajal (y Luján, quien se halla muy amedrentado), desea partir esta misma noche, Raph (Rafael Pardo), asegura tener listo el tren para cualquier hora, y yo, que nunca he sido partidario de que Carvajal se marche, vuelvo a insistir en que se quede, en último caso asilado en una Legación, pero por ningún motivo abandone el Poder.

“Dícame, en respuesta, que tiene datos incontrovertibles de que serán capaces (los revolucionarios) de cometer cualquier atentado contra su persona, y que respecto a la inviolabilidad de las Legaciones, sabe que no las respetarán. (Y otro tanto sé yo por Juan J. O., que en unión de Carden y Cardoso Oliveira, estuvieron conferenciando en Teoloyucan el día de ayer con Obregón y Carranza; Juan J. teme que así suceda por el tono general de las conferencias y el aire que se respira en el campamento).

“Carvajal resístese a echar sobre sí la responsabilidad de disolver el Ejército y muéstrame un proyecto de un acuerdo a Velasco autorizándolo a que haga con las tropas lo que considere más apropiado.

“Me ocurre entonces apersonarme con Velasco, a ver si logro *allanar las diferencias*, y acompañado de Rafael, que ya lo conoce, nos lanzamos por salas, corredores y pasillos hasta la Secretaría de Guerra. (Con cuenta rapidez voy empapándome en la fisonomía nocturna que presenta el Palacio, al efecto de que se me graben bien los detalles para cuando haya de recordar, “Los Secretos de... un Palacio”). Son las diez de la noche.

“Preséntanme a Velasco que es, o quiere ser, hosco y de avinagrado gesto. He de haberle producido antipática impresión, porque él no me la causa muy simpática que se diga. Le espeto mi embajada, y antes de concluir mi exposición, el hombre se descompone y efullina levantándose del asiento, echando chispas, a través de los cristales de sus quevedos; va y viene por la estancia sin disimular su cojera, manotea y vocifera. Es de comprensión muy tarda, y hace gala de tosudez aragonesa:

“Que no entiende lo que yo le digo; que vaya al grano, que él es tonto y de poquísimas palabras.

“Para concluir exclama, plantándoseme por delante: “... pues tengo mucho que hacer y no puedo perder mi tiempo (!!!) ¿Qué es lo que quiere el Sr. Presidente?”

“—Que sea usted quien ordene la disolución del Ejército, en tanto

reciba su acuerdo postrimero, en que le participará que, forzado por las intransigencias de Carranza, se marcha del país.

“Rotunda negativa. Persiste en sus ademanes iracundos y descompuestos; él no ha de asumir, solo, responsabilidad tamaña; que el Presidente se lo diga “claris verbis”, y lo hará en seguida; él es un hombre de honor y un soldado consciente; él ha obedecido siempre al Gobierno y no ha de apartarse un ápice, ahora que es viejo, de esa línea de conducta, de la que ha sido esclavo toda su vida.

“—Además, —agrégame—, si el Señor Presidente se marcha, como piensa, el Ejército deja de serlo en ese propio momento, supuesto que es una institución formada para sostener y defender las autoridades constituidas. Si éstas desaparecen, el Ejército es nada más que una facción armada que yo no he de mandar ni conducir a parte alguna, pues no quiero, al final de mi carrera, que diga nadie que el General Velasco acabó convertido en cabecilla de facciosos...”

“El hombre, al decirme esto, vibra hasta la suprema honradez que es inconfundible, me convence, y me gana a su causa, pero la irritación que le anima védale oírme en calma lo que yo iba a responder, y da por terminada nuestra entrevista. “Hemos concluido señor Licenciado. Ni una palabra más, porque ni usted ni nadie, me harían cambiar de opinión...”

“Nos levantamos Rafael y yo, y ya de pie, Rafael con gran serenidad y aplomo tercia en el altercado, logra apaciguar a Velasco, quien depone sus iras y escucha atentamente la larga explicación que Rafael le endereza, fortaleciendo los puntos de vista míos y aportando los puntos de vista suyos, que en poco se diferencian.

“Volvimos a la Presidencia, discurriendo por el camino la enorme trascendencia del asunto que se nos ha encomendado a ambos. Yo llevo una impresión en la que Rafael abunda: el General Velasco es un hombre honrado.

“En la Presidencia persiste la atmósfera de agonía; es esta una noche histórica con vistas de tragedia, y nuestro funcionamiento se reduce a ayudar a bien morir a una interinidad efímera que sucumbe sin remedio.

“Carvajal, por su parte, se rehusa a escribir la orden de que el pobre Ejército Federal se licencie y desaparezca; considera la medida de gravedad suma y rehuye él que mañana se lo declare autor único de esa disolución. Luján secunda las instancias que Rafael y yo hacemos al Presidente para ver de convencerle.

“Enrique Santibáñez, secretario particular de Carvajal, se presenta en la estancia, y opina también en favor nuestro.

“El Presidente, encariñado con el acuerdo que me leyó a los principios, le defiende letra a letra; querría que fuera ése el que acatará Velasco, y aún esboza el propósito de que Santibáñez se lo entregara en persona cuando ya él vaya de viaje.

“A una voz Rafael y yo, (yo, lamentándolo honradamente por lo mucho que estimo a Carvajal, y supongo que Rafael lo mismo, por idéntica causa), nos permitimos oponernos a ello.

“Rendido el argumento que le exponemos Rafael y yo, Carvajal consiente, y todavía se discute el acuerdo memorable, al fin concebido en estos términos:

“Acuerdo del Presidente de la República.—México, 12 de agosto de 1914. Secretario de Guerra y Marina.—A punto de abandonar el Poder Ejecutivo de la República por las circunstancias graves que atraviesa el País, nombro a usted Comandante en Jefe del Ejército Federal, para que, en uso de las más amplias facultades que aquí se le conceden, proceda a tomar la resolución que en beneficio de la sociedad y del mismo Ejército estime oportuno, inclusive la disolución de este último en caso necesario; cuidando de evitar todo combate dentro de la ciudad y sus alrededores con las fuerzas constitucionalistas. (Firmado) Francisco Carvajal.

“Armados del valioso —documento—, vamos Rafael y yo a habérnoslas con Velasco. Un hombre dejé, y otro me encuentro, afable, sonriente y benévolo. Lee el acuerdo, aunque con cierto trabajo, y lo encuentra de perlas; nos interioriza del estado que guardan las conferencias puramente militares, allá en Tlalnepantla (*) entre su hijo y el Subsecretario de la Guerra, General Gustavo Salas por parte del Gobierno, y por parte de los constitucionalistas el General don Alvaro Obregón y no sé que otro jefe. Nos informa, llamando al efecto a un General Brigadier, de que la guarnición federal de Otumba parece que acaba de sublevarse, aunque ya mandó, para debelarla, fuerza suficiente y de confianza, y no nos oculta su extrañeza de que, a pesar de esto, nosotros le signifiquemos la resolución irrevocable del señor Carvajal de partir esta misma noche. Dice Velasco que en tal caso, la partida no podrá realizarse antes de la madrugada, pues ni está lista la Guardia Presidencial que ha de escoltar al Magistrado, ni es de exponerse a este peligro, a su paso por Otumba.

“Por lo demás, se le vé el contento de que el problema haya sido zanjado; llega a decirnos que, en su obediencia, habría acompañado al

(*) Teoloyucan.

Señor Carvajal, para el supuesto que éste no abandonara el Poder, a cualquier punto de la República, yendo él, Velasco a la cabeza de los restos del Ejército; que así se lo había dicho de viva voz, y concluye, a presencia del General don Miguel Ruelas que se ha presentado a tomar órdenes para la tramitación del último acuerdo de este régimen, desahaciéndose en disculpas por la rudeza con que me trató en nuestra primera entrevista.— “Soy un nervioso, y a poco que me excito, aunque no quiera, levanto la voz”. Nos despedimos tan amigos.

“De vuelta a la Presidencia, con la nueva de haberse allanado toda especie de dificultades.

“Al comunicar lo del levantamiento de Otumba, hay expectación y se discute qué sería lo más conveniente.

“Luján insiste en marcharse, opina que luego se trasladen, con escolta y todo al tren que bajo presión, espera en Buenavista. Carvajal se muestra indeciso. Rafael ratifica su oferta de acompañarlo hasta Veracruz si es preciso; Santibáñez nada dice, y yo concluyo votando en favor de los deseos de Luján. Como nadie ha cenado y son las once de la noche corridas, se conviene en ir a tomar algo, y a la salida se inicia.... Dios sabe, de los que vamos saliendo, cómo y cuándo, volveremos a Palacio Nacional”.

“En el Salón de Acuerdos, donde han seguido aguardando los Subsecretarios y los miembros del Estado Mayor, Carvajal muy emocionado (¡lo estaría cualquiera!), se detiene para hablar algunas palabras, que no escucho por discreción, con los Subsecretarios reunidos. ¿Despedida....? Ignórolo yo, en tanto charlo con don Fidel Rodríguez Parra, también allí.

“Terminado el aparte de Carvajal continuamos saliendo, a cada paso más impresionados y silenciosos; el propio Palacio, por lo avanzado de la hora, mudo y devolviéndonos el eco sofocado de nuestros andares sobre las viejas alfombras mullidas.

“Tócame bajar dentro del ascensor con el primer grupo de individuos, Carvajal “in capite”. En el Patio de Honor ríndense aún honores presidenciales. Hay alineamiento y rigidez de jefes y oficiales con las diestras a la altura de las viseras encharoladas; hay ruidos metálicos de rifles cuando los centinelas y el retén del zaguán presentan armas; los focos de arco, con su ríspido chirriar, alumbran la escena de adiós y de ironía.....

“Hemos de volver a reunirnos en la casa particular de Carvajal, y el grupo se subdivide: Raph, Luján, Toño Escandón y yo, nos encami-

namos a cenar en el club; y el desfile de automóviles, con sus ruidos y humaredas, rompe el sopor del vetusto edificio que tantas grandezas ha visto ya salir por sus puertas, desposeídas y sin ventura.

“Después de media hora llegamos al domicilio de Carvajal, ahora muchísimo más sereno que antes. A poco llega Eduardo Iturbide, de vuelta del campo carrancista. Una odisea, lo que nos narra, riendo de ciertos detalles que fueron otro tanto peligrosos, y de los que él se burla de muy buena gana. No puede dudarse de la valentía de este muchacho.

“Rafael Pardo, que ha telefoneado al jefe de trenes del “Mexicano”, impone a Carbajal de que probablemente el General Velasco no fué bien informado; no hay novedad en todo el camino, ni ha habido levantamiento en Otumbá.

“Cerca de la una y media avisa Velasco por teléfono, que ultimados los preparativos, la escolta (doscientos hombres), está ya a bordo de los carros y puede el señor Presidente marcharse cuando guste.

“En sólo dos automóviles nos dirigimos a la Estación; en el primero, Carvajal, Rafael, Santibáñez y yo; en el segundo Toño, Eduardo Iturbide, y Luján. Azoramiento de los guardias que moran en la casa de Carvajal frente a nuestra inexplicable salida; azoramiento en la Calle de Altamirano, desierta, de la patrulla que custodiaba la morada y ahora se pierde en la sombra de las calles transversales.

“Todavía en este trayecto me permito insistir:

“—Señor, se quedará usted....

“—No —me responde— ya no hay que volver atrás.

“Y al cabo de breve pausa añade:

“—Además, hace tiempo que tenía resuelto este viaje. Usted era quien debía de venirse conmigo; vámonos a Veracruz, cuando menos....

“¡—Qué voy a irme yo, ni por qué, ni con qué....”

Quise transcribir íntegro este capítulo de Gamboa, porque además de ser un verdadero documento histórico, describe con viveza extraordinaria el dramatismo de las últimas horas de un régimen, la desesperada fuga de un hombre bueno, arrancado a pacíficas actividades y colocado, —a fuerza— en el puesto de máxima responsabilidad en ocasión en que tomar decisión equivocada, podría significar la muerte de muchos millares. Quizá la suya propia. Carvajal perdió la cabeza, y hasta contra el consejo de Gamboa, se fue.

Veamos ahora qué hizo el que se quedó.

Recuérdese que la acción medular en todo el episodio que acabamos de referir, ocurrió en la noche del 12 de agosto de 1914, cuando Carvajal y Velasco celebraron la entrevista en que se resolvió el licenciamiento del Ejército, cuando Carvajal pidió el plazo de una hora para ratificar o rectificar su resolución. Y entonces, dice Velasco "... en la noche de ese mismo día 12 de agosto de 1914, me comunicó por escrito su acuerdo confirmando la orden de licenciar el Ejército y nombrándome para tal objeto Comandante General del Ejército Federal. Esta misma noche mi Jefe de Estado Mayor (*), pasó a la habitación del Sr. Presidente, para suplicarle, en mi nombre, aplazar su salida mientras se terminaba el convenio que se estaba discutiendo en Teoloyucan con los Jefes del Ejército Constitucionalista, pues así se obtendrían condiciones favorables, pero el General, Jefe de mi Estado Mayor, nada pudo lograr, ni tuvieron mejor éxito, según se me ha dicho, las gestiones de otras respetables personas que indicaron al Sr. Presidente la conveniencia de diferir su viaje...."

Aquí están, discretamente confirmadas, las noticias de Gamboa sobre esta fuga prematura que impuso a Carvajal el colapso nervioso provocado por las preocupaciones y temores de los últimos días. Nótese con qué delicada finura el viejo soldado, que jamás fué diplomático, se rehusa a comentar la renuncia que había manifestado el jurista para firmar el acuerdo de disolución del Ejército, con el propósito no dicho, pero evidente, de dejarle a él, a Velasco, la aparente responsabilidad de medida tamaña. Nótese cómo nada dice sobre la flaqueza de voluntad del "Señor Presidente", ni sobre esa premura para emprender la emigración, que dió base para que Obregón agudizara su intransigencia, y que tuvo como resultado el que Velasco nada pudiera lograr en favor de su bienamado Ejército. Velasco narra los hechos, no acusa, ni comenta. Sigamos transcribiéndolo:

"... así fue que el Sr. Licenciado Carvajal salió de la Ciudad de México en el tren especial que estaba a su disposición, dirigiéndose a Veracruz en la madrugada del 12 al 13 de agosto de 1914; con su salida, desaparecía el Poder Ejecutivo; último resto del Gobierno Federal. Al tener noticia de su salida al día siguiente (13 de agosto), los delegados revolucionarios extremaron sus exigencias, e impusieron a

(*) General José Ignacio Solórzano.

los delegados militares General Gustavo Adolfo Salas y Contra-Almirante Othón P. Blanco el texto de las cláusulas, en la forma en que fueron firmados por ellos....

“Debo agregar, que una vez que el Presidente abandonó el Poder, dejó de existir todo Gobierno en México; ya que antes de la desaparición del Ejecutivo, se habían disuelto los Poderes Legislativos y Judicial, y por ese solo hecho, y aún sin orden expresa —(alude al Acuerdo de disolución dictado por Carvajal)— el Ejército no podía subsistir como Institución legal; ni tenía por lo tanto derecho alguno a prolongar la lucha, pues al hacerlo no habría tenido por fin la defensa de las Instituciones Sociales, sino el mantenimiento de su propia existencia.

“El jefe militar que hubiera aceptado ponerse a la cabeza del Ejército, en tales condiciones, no habría hecho más que acaudillar una facción nueva, pues en el mismo instante en que el Ejército y su jefe asumieran tal actitud, habrían dejado de ser, automáticamente, el Ejército y el Jefe del Ejército, y se habrían convertido en una nueva banda rebelde y un nuevo cabecilla revolucionario, con la circunstancia agravante de que esta nueva facción no tendría más bandera ni más objeto que la egoísta defensa de los intereses sociales. Claro que ningún Jefe Militar digno de ese título habría aceptado jamás un papel semejante, ni habrían puesto al Ejército Nacional en tan deshonrosa situación.

“No quedaba, pues, más solución al Gobierno, antes de desaparecer, que acordar el licenciamiento del Ejército, como lo acordó el Presidente Carvajal, de este modo, la clase de tropa quedaría en libertad... En tanto que los Generales, Jefes y Oficiales quedarían en disponibilidad... En esta forma nadie podrá decir jamás que el Ejército fue obstáculo para que la paz se restableciera, ni tampoco que sacrificó a la sociedad para salvar sus intereses, sino que, por el contrario, y por primera vez en la Historia de la Nación Mexicana, el Ejército sacrificó sus propios intereses por salvar los de la Sociedad y fue licenciado para salvar la paz nacional, con el fin de que no se siguiera derramando más sangre mexicana, de que la anarquía tuviera un término y de evitar las tremendas consecuencias a que podía dar lugar la prolongación indefinida de la lucha interior”.

Hagamos un corto paréntesis, para acomodar unas cuantas observaciones y para justificar el esquema general con que principió esta obra.

Se habrá observado que las causas de nuestra Revolución estaban latentes y en germen en nuestra Historia, pero que las amplificó, las magnífico, más bien dicho, hizo imperioso su brote y desarrollo gigan-

tesco, ese hombre supremamente ególatra que fue Porfirio. La tiranía porfiriana se pudo consolidar en el país gracias al agotamiento causado por sesenta años de anarquía, dentro de los cuales, en el curso de los últimos veinte (1847-1867), se habían peleado en México tres guerras sangrientas, dos de ellas, internacionales. Pero Porfirio atribuyó tal cosa a su sistema y a su habilidad. En realidad, sólo fue el primer pacificador, porque fue el último revoltoso.

Desde un principio, sin embargo, hubo oposición a la tiranía de Porfirio. Primero, académica, de soñadores. Porfirio quiso decapitarla eliminando a los intelectuales que la dirigían, y absorbiendo, en el Partido Científico, que formó con hombres de talento, a todos aquellos jóvenes que hubieran podido reemplazarlos: (Ierdistas, antirreleccionistas, liberales netos....).

La dirección de la Oposición cayó así en fanáticos soñadores generosos, pero poco preparados, (grupo de los Flores Magón), que fracasaron en su empresa. Cuando la presión de la tiranía llegó a ser intolerable, surgió la Revolución, (la Maderista, que se creyó sólo política), tan espontánea y general, que Porfirio renunció a luchar contra ella. Cayó casi sin resistencia, por la pura acción de la gravedad, como caen los frutos podridos del árbol. Quienes creyeron dirigir el movimiento rebelde, que eran nortehños todos, se encontraron pronto rebasados, y se resistieron a aceptar las reivindicaciones del Sur, que no comprendían. Pero aun esa Revolución mitigada disgustó a los antiguos privilegiados sobrevivientes del Porfiriato, que trataron de anularla.

Tuvieron la suerte de encontrar en Huerta a un hombre que en energía y dureza de sentimientos nada tenía que envidiar a Porfirio, pero que carecía de la aguda percepción y del claro juicio del Oaxaqueño.

Huerta tuvo el tino de fabricarse una maquinaria legal inmejorable, con lo que obtuvo el apoyo automático del Ejército Federal, que le permitió pelear contra toda la Nación, sublevada con imponente unanimidad contra él, por largos dieciocho meses.

Carente de jefes experimentados y previsores, la Revolución no fue movimiento planeado y dirigido, sino espontáneo movimiento de masas, que arrastró a quienes creían gobernarla, convirtiéndose en una rebelión de esclavos. Así triunfó.

Hacia su fin, debido a la inevitable discordia entre sus caudillos, hubo un momento en que fue posible que el Ejército Federal se adueñara de nuevo del poder, perturbando, deformando o anulando en forma temporal el triunfo de la Revolución, que inevitablemente habría estalla-

do después, de nuevo, más destructora y más sangrienta. Pero quien pudo dirigir al Ejército en su acción obstaculizadora: José Refugio Velasco, tuvo talento bastante para discernir las posibilidades, y patriotismo suficiente para sacrificar su ambición.

La Revolución siguió entonces su natural desarrollo. Se consumó en sucesos posteriores a los aquí historiados. Adelantaré que los caudillos norteños no comprendieron la lucha agraria del Sur; salvo una excepción sola: Alvaro Obregón. Personas que lo trataron íntimamente me han ponderado su gran capacidad, y para su período de reelección, también sus magníficos propósitos. Si ello es exacto, el magnicidio de Toral impidió al Sonorense devenir el gran militar y magnífico gobernante que habría encauzado, construido y consolidado la Revolución. Los crímenes jamás benefician a nadie.

Desaparecido él sin dejar digno heredero, la Revolución continuó tremolando programas y propósitos inaplicados, que no fueron más que esperanzas, hasta que el Sur, con Lázaro Cárdenas, no recuperó el poder. Cárdenas, que todo lo aplicó, no fue un caudillo revolucionario: fue la Revolución misma.

Después de Cárdenas, parte del programa ya cumplido dejó de ser esperanza, y se convirtió en halagüeña realidad; parte, obtuvo sólo moderado éxito, y así demostró la necesidad de enmienda o de corrección; y parte, fue fracaso rotundo. Con Cárdenas, la Revolución se consumó, se resolvió y entró al Pasado.

Ahora nos hallamos en plena reconstrucción, logrando triunfos y cometiendo errores, que humano es errar. Otros, que vengan después, los corregirán.... y cometerán otros nuevos.

La primera reunión en Teoloyucan, ya lo dije, se caracterizó por la agresividad con que los jefes revolucionarios General Benjamín Hill y Coronel Miguel M. Acosta, recibieron a Gustavo A. Salas y a Othón P. Blanco. Obregón estuvo correctísimo.

En la segunda reunión, las cosas cambiaron, y el trato fue mucho más amable.

El 13 de agosto de 1914 fueron firmados los "Convenios de Teoloyucan" que, íntegros, pueden leerse en páginas anteriores de esta misma

revista. En sus cláusulas se proveían: la evacuación de la Capital; el desarme y la disolución de las fuerzas federales que la guarnecían; el desarme y la disolución de las fuerzas federales distribuidas en otras regiones del país, alejadas de la zapatista. Y en lo que a esta última se refiere, se estipula en los "Convenios" una cláusula muy reveladora: "Cuarta. Las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Angel, Tlalpam, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan tan luego como las fuerzas constitucionales las releven". La undécima se refiere a cómo deberá proceder la Marina de Guerra del Pacífico. Las demás cláusulas, comprenden estipulaciones relacionadas con las garantías que se otorgan a los vencidos, forma de entregar establecimientos y oficinas, etc.

Las firmas estampadas al calce de este documento único fueron: Por el Ejército Constitucionalista, General Alvaro Obregón; por el Ejército Federal, Gustavo A. Salas; por la Armada Nacional, Contra-Almirante Othón P. Blanco; —Jefe de la Caballería, Lucio Blanco. (Su firma no fue precedida con la expresión de su categoría militar).

El mismo 13 de agosto de 1914, el General Velasco lanzó dos manifiestos; el uno, a la Nación. El otro, al Ejército. No podría comprenderse cuál fue el pensamiento de Velasco y la razón de la conducta de todos los federales, si no se conocieran y se estudiaran los dos últimos párrafos del primero, y los tres finales del segundo. Se verá en ellos qué concepto de la responsabilidad tenía ese hombre íntegro. Anunciaba a México un sacrificio colectivo y aceptado, que por primera vez se haría en nuestra Historia. El sacrificio de una corporación que antes nomás había sacrificado a otros. El sacrificio del Ejército.

Al dirigirse a la Nación, anunciando que el Ejército se disolvería, dice Velasco: "Al proceder así, el Ejército tiene la convicción y el orgullo de obedecer a un sentimiento de alto patriotismo y desinterés. Con los elementos que cuenta podría aún prolongar la resistencia armada; pero creé firmemente que ésta no podría justificarse ante la posteridad, sino por espíritu de corporación o temor de males personales, sentimientos inferiores a los deberes a la Sociedad y a la Nación que han sido, y son, la razón de su existencia y el móvil de sus actos. Además, habiendo desaparecido los Poderes de la Unión por disolución espontánea, el Ejército no tiene razón de ser, ni su existencia es legal, toda vez que

esta institución no puede tener vida propia, sino dependiente de aquéllos, y una vez que éstos ya no existen, sólo podría subsistir fuera de la Ley, como una facción revolucionaria que obstruiría la obra de pacificación que debe iniciar el nuevo Gobierno.

“Los miembros sanos del Ejército no vacilarán ante los sacrificios personales que acaso les esperen. Algunos, más duros que la vida. Y sabrán afrontarlos en aras de la pronta reconstrucción de la Patria. Pero, si desgraciadamente hubiere alguno que, apartándose de la senda que seguirá el conjunto, que es la que marca el patriotismo y el honor, obraren de distinto modo a éste, el Ejército desde ahora protesta contra tal proceder y rechaza enérgicamente toda responsabilidad que pudiese tratar de atribuirsele, pues tiene la convicción de que su conducta no tiene tacha ante ningún criterio”.

Al Ejército, “a todos los miembros del Ejército, Generales, Jefes y Oficiales y abnegada Tropa”, el General Velasco explicó el alcance y la trascendencia del sacrificio:

“Por el manifiesto que lanzo a la Nación, tendrá conocimiento de lo que se ha resuelto hacer con el Ejército. Y sólo me resta recomendar a cada uno de los miembros que lo integran, que individualmente sepa hacer el sacrificio que sea necesario para que su conducta futura armonice con la noble y desinteresada del conjunto. El Ejército, cuya finalidad es dar garantías a la Sociedad y ofrecerse en holocausto llegado el caso, en aras del bienestar de la Patria, se siente orgulloso de aprovechar esta oportunidad para exhibirse ante la Nación Mexicana en la actitud noblemente desinteresada que entraña su proceder, y está satisfecho de sí mismo, pues este comportamiento corresponde ampliamente a las esperanzas del país y las más caras tradiciones de abnegación y de honor del mismo Ejército.

“El Ejército, deponiendo todo lo que pudiese ser orgullo mal entendido, contrae leal y espontáneamente ante la República entera el solemne compromiso de no ensangrentar más el suelo patrio con la guerra civil, y yo tengo confianza en que todos cumpliremos tal compromiso. Si desgraciadamente no fuere así, si alguno, siguiendo camino distinto del trazado, arrojaren sobre el Ejército el baldón de su falta de patriotismo, caiga sobre ellos el anatema de los hombres honrados y la maldición de la Patria, por haber faltado a su deber de ciudadanos y a su honor de soldados.

“El Ejército ha dado prueba de su valor en el campo de batalla, derramando a raudales su sangre; cada uno de sus miembros tiene hecha

abstracción de vida, ya que esta la han puesto al servicio de la Patria y ahora se dispone a hacer el último sacrificio, el de sus más nobles ambiciones y el de su vida colectiva; este es su mayor timbre de gloria, pues lo hace porque la Patria lo exige”.

Estoy seguro que al leer estos conceptos de Velasco, encontrarán ustedes justas y exactas las impresiones que, haberlos escuchado de labios de Velasco en persona, habían causado a Gamboa dos días antes: “El hombre, al decirme esto, vibra hasta la suprema honradez, que es inconfundible, me convence y me llama a su causa...” Y convendrán también en que en un Ejército, cada uno de cuyos miembros admite, no sólo el fácil sacrificio de la vida física, sino el difícilísimo de su vida económica, es un Ejército que ha absorbido la idea de cumplir con sus deberes, hasta la saturación. El sacrificio se consumó. Si por espacio de varios años aún continuó el derramamiento de sangre mexicana, culpa del Ejército Federal no fue, pues supo seguir el camino recto y difícil que el 13 de agosto de 1914 le señaló su austero guía.

Es verdad que las circunstancias le ayudaron.

Uno de los más grandes escollos que presenta el brusco licenciamiento de un Ejército, es el de permitir la inocua reabsorción en la colectividad nacional, como elementos de trabajo, de elementos económicamente improductivos hasta entonces. El licenciamiento del Ejército Imperialista y de la mayor parte del Liberal, después de la caída de Maximiliano, produjo en el país la era frenética del bandidaje y de los plagios que por largos años asoló nuestros campos. Este mal no se hizo sentir a la disolución del Ejército Federal, porque la escisión villista, que siguió inmediatamente a la lucha contra Huerta, aumentó de modo instantáneo la demanda de nuevos reclutas, para que militaran a las órdenes de caudillos a quienes ni el tiempo, ni las circunstancias, habían permitido formarse un Código Militar Individual tan rígido como el de Velasco. Además, hombres de la integridad de Velasco son fenómenos históricos.

El papel moneda con que se liquidó al Ejército, al disolverlo, dejó bien pronto de ser de recibo. Dice Velasco: “La cantidad que el Presidente Carvajal destinó al licenciamiento, fue de UN MILLON OCHO-

CIENTOS MIL PESOS, en bonos del Tesoro Federal, según orden que el Sr. Presidente dio al Señor Trujillo, Subsecretario de Hacienda, Encargado del Despacho; el Tesorero en funciones entregó dicha cantidad, personalmente, al Pagador General Francisco González Carrasco, nombrado con los Pagadores de División necesarios para recibir los fondos de que se trata... quienes llevaron en su oportunidad a la Tesorería de la Nación las cuentas justificantes de sus gastos, y *los saldos que resultaron después de hechos los pagos respectivos.*

Esto significa que el promedio de lo que se pagó a cada uno de los treinta mil miembros del Ejército Federal, cuando fue disuelto, después de servir por más de un mes sin recibir haberes, fue de SESENTA PESOS.

De los Generales que sirvieron a las órdenes de Velasco, cuatro no rindieron las armas: los Irregulares Juan Andrew Almazán y Benjamín Argumedo, y los Federales Higinio Aguilar y Rafael Eguía Liz.

Los primeros habían sido rebeldes indomables desde el tiempo de Madero; después, habían servido a las órdenes de Huerta, y muy justificadamente, temían ahora por sus vidas. Higinio debe haber temido, también muy justificadamente, que alguna vez se le pidieran cuentas por su fracasada misión frente a Zapata; y en cuanto a Eguía Liz, perfecto caballero, cumplido militar, magnífico artillero, muy querido en el Ejército Federal y amigo personal de Carranza, me cuenta un amigo mío, que también lo era de él, que poco antes del licenciamiento recibió un llamado del Primer Jefe, en que le anticipaba su propósito de confiarle cierta misión, y que Eguía Liz estaba dispuesto a aceptar, antes de conocer lo que de él esperaba Carranza; pero que en cuanto supo de qué se trataba, prefirió correr los riesgos de una vida de guerrillero, a hacer lo que se le exigía. Eguía Liz y Argumedo, algún tiempo después pagaron con su vida su rebeldía.

El éxito con que Almazán y Aguilar coronaron sus aventuras en el Sur de México, es indicio de lo que todo el Ejército Federal habría podido hacer si Velasco hubiera resuelto remontarse a las sierras de Oaxaca.

Velasco vigiló en Córdoba, Veracruz, el licenciamiento del Ejército. Después emigró, y vivió en Los Angeles, de donde regresó ya muy gravemente enfermo. Murió el 27 de marzo de 1919 en la Ciudad de México. Y es uno de los pocos, de los muy pocos hombres, cuya vida recta y digna —Vida de Quijote en serio— puede servir como ejemplo, y de los más pocos todavía, que han entendido que ser militar es consagrar existencia y pensamiento, sin limitaciones, sin egoísmos, al cumplimiento de una alta misión.

[Trabajo dado graciosamente por su autor para su publicación].

F I N

FUENTES DOCUMENTALES

I

Parte Oficial de la Toma de Culiacán, 1913*

Tengo el honor de comunicar a usted que siguiendo las instrucciones que verbalmente se sirvió darme en esa Capital, emprendí la marcha hacia este Estado con la Columna Diéguez y cien hombres del 4º Batallón de Sonora habiéndome incorporado a Bamoa el 24 de octubre pasando personalmente a la ciudad de Sinaloa donde se encontraban Iturbe y el General Hill con su Columna. Desde luego tomé el mando de las fuerzas de Sonora y Sinaloa, quedando como segundo Jefe el C. General Iturbe, a quien dí órdenes para que al día siguiente la Columna Diéguez continuara su marcha, en el mismo tren en que venía, hasta el Río Mocorito, frente a la Estación de Guamúchil. El puente de ferrocarril sobre este Río se hallaba destruido, pues los federales le prendieron fuego en tres partes, quemándose largos tramos y ordené que con toda actividad se procediera a su reparación quedando comisionado para dirigir los trabajos el C. Mayor Jefe de Trenes Militares, J. L. Gutiérrez, bajo las órdenes del C. General Diéguez, cuya gente sería la que trabajara.

* NOTA: A sugerencia de la Redacción se incluyen éste y otros documentos alusivos al trabajo de José Refugio Velasco, del Sr. Ing. José López-Portillo y Weber, cuyo original no los incluía, pero que fueron proporcionados bondadosamente por él.

El 29 de octubre quedó terminado el nuevo puente que hubo de construirse y esa misma noche pasó hacia el Sur el tren militar de la Columna Diéguez, acampándose en Guamúchil. Ordené entonces la incorporación a esa misma Estación del General Hill y de las fuerzas sinaloenses que se encontraban en la ciudad de Sinaloa.

En Guamúchil se encontraba ya el 3er. Regimiento de Sinaloa, comandado por el C. General Blanco, y di órdenes para que éste avanzara hacia el Sur, practicando reconocimientos a fin de asegurar nuestros movimientos.

En la mañana del 31 se incorporó el General Hill a Guamúchil y ese mismo día di órdenes al General Iturbe para que dispusiera que el 1º y 2º Regimientos de Sinaloa, que se hallaban respectivamente en Angostura y Mocorito al mando de los Coroneles Gaxiola y Mesta, marcharan a la Hacienda de Pericos.

De Guamúchil me puse en comunicación con el General Mariano Arrieta, que se encontraba en lugar cercano a Culiacán, dándole órdenes de que permaneciera inactivo hasta recibir nuevas instrucciones. También tomé contacto con el Mayor Herculano de la Rocha y por conducto del General Iturbe le di órdenes para que se incorporara también a Pericos.

Había al Sur de Guamúchil algunos otros puentes quemados, aunque no de gran significación y el General Diéguez continuó la reparación de ellos, logrando pasar los trenes hasta Estación Retes en la mañana del 3 del actual.

El día 4 se continuó la marcha a esta Estación Caimanero, previa reparación de pequeños puentes quemados y haciéndose avanzar las fuerzas de caballería por el camino carretero y en tren las de infantería.

Di instrucciones al General Iturbe para que procediera a disponer que el General Blanco, con 400 hombres de caballería, marchara de Caimanero a las 5 p.m. del mismo día 4 a apoderarse de Limoncito, Estación del Ferrocarril Occidental entre Navolato y Altata, de donde debería marchar a Navolato y atacar la plaza.

En la tarde del mismo día 4 marché con todas las fuerzas hasta Estación Culiacancito, en dos trenes militares y yendo el resto pie a tierra. Terminaron de incorporarse las tropas a dicha Estación a las 10 de la noche e inmediatamente di órdenes para que a las 3 a.m. del 5 estuviera lista toda la gente para emprender la marcha a Estación San Pedro, distante 16 kilómetros de Culiacán, sobre la vía del ferrocarril Occidental.

Me incorporé con todas las fuerzas a San Pedro a las 8 de la mañana del 5 y poco después recibí parte del General Blanco, por conducto del

General Iturbe, de que se había apoderado de la plaza de Navolato después de dos horas de combate esa misma mañana, haciendo al enemigo que la defendía once muertos y veintitrés prisioneros, contándose entre los primeros al Capitán federal Contreras, Jefe de la Guarnición, sin ninguna pérdida por nuestra parte. Comunicaba también que en el Limoncito se había apoderado del tren que hacía el servicio entre dicha Estación y Altata.

A las 9 de la noche, después de librar las órdenes correspondientes para emprender la marcha la mañana siguiente, transmití un telefonema al Agente Consular de los Estados Unidos en Culiacán, en que poco más o menos dije lo siguiente:

“Me permito notificar a usted, suplicándole que a su vez lo haga con todos sus nacionales y si es posible con los demás extranjeros residentes en esa Capital, que deberán salir de ella en plazo de veinticuatro horas, contado desde el recibo de este telefonema, en el concepto de que cualquier perjuicio que reciban al ser atacada esa plaza, no siendo en sus personas, estamos dispuestos a repararlo”. Otra nota dirigí al Comandante Federal de la plaza, invitándolo a que permitiera la salida de todas las familias y personas no combatientes, para librarlas de las consecuencias del ataque. Ninguna de estas notas fue contestada y quedó interrumpida la comunicación telefónica con Culiacán.

En la madrugada del 6 emprendí la marcha con las fuerzas a Bachihualato, de donde destacué al Teniente Coronel Antonio A. Guerrero con el Capitán 2º Aarón Sáenz y el Teniente Jesús M. Garza, de mi Estado Mayor, y la Escolta del Cuartel General al mando del Capitán 2º Fernando F. Félix, a practicar un reconocimiento hasta las cercanías de Culiacán, regresando después de reconocer las posiciones del enemigo, rindiendo parte detallado de ellas.

En la tarde del mismo 6 se incorporó al Campamento de Bachihualato el General Arrieta con una escolta, dando parte de que sus tropas se encontraban en El Barrio, lado Oriente de Culiacán, listas para entrar en acción. Se incorporó también esa tarde el Mayor Herculano de la Rocha con sesenta de tropa.

De Bachihualato emprendí la marcha para Palmito a la mañana siguiente, llevando la vanguardia las fracciones de caballería que mandan los Capitanes Candelario Ortiz y Alejandro de la Vega, quienes desde Caimanero se habían incorporado a la Columna, prestando importantes servicios en exploraciones y reconocimientos.

Por la vía telefónica, pues habían hecho reparar la línea hasta cada campamento que íbamos estableciendo, recibí parte del General Blanco en que comunicaba haber tomado posesión de puerto de Altata que fue evacuado por los federales cuando sintieron su aproximación. En Altata se capturaron mercancías por valor aproximado de sesenta mil pesos. Dí entonces instrucciones al General Blanco para que procediera con toda actitud a la reparación del puente de Limoncito, a fin de pasar el tren que estaba en dicha Estación.

El General Arrieta regresó a su Campamento de El Barrio después de haberle sido entregados treinta y un mil cartuchos para dotación de sus fuerzas.

Procedí en Palmito, que dista un kilómetro de Culiacán, a tomar posiciones y al establecimiento de puestos avanzados y de vigilancia, ordenando que con las debidas precauciones se acamparan nuestras fuerzas. El General Iturbe, con el celo y actividad que le son reconocidos, cuidaba empeñosamente del exacto cumplimiento de las disposiciones.

El Cuartel General quedó establecido en la casa de Palmito, a una distancia de más o menos mil metros de los fortines federales y una no mayor de tres kilómetros de las trincheras en que el enemigo tenía emplazada su artillería.

Acampado de los Generales Iturbe y Diéguez, de los miembros de mi Estado Mayor, de los Mayores Mérido y Breceda y de la escolta del Cuartel General, hice un reconocimiento por la loma que queda frente a Culiacán y entre esta plaza y Palmito, estableciendo una cadena de tiradores sobre ella, de Norte a Sur, con fuerzas del General Diéguez; continuamos nuestro reconocimiento buscando el sitio más apropiado para emplazar nuestras piezas de artillería y fue designado un lugar dominante a la vez sobre la población y sobre la Capilla de Guadalupe, en cuya loma los federales tenían sus principales posiciones. Dí órdenes al General Diéguez para que se abriera una brecha por donde conducir las piezas sin que el enemigo se apercibiera de ello, trabajo que se emprendió desde luego y regresé al Cuartel General sin que los federales nos hicieran más fuego, que una descarga cuando estábamos al descubierto, en observación sobre la casa de la Sección ferrocarrilera de Palmito.

En la tarde del mismo día 7 acompañado también de mi Estado Mayor, de los Generales Iturbe y Diéguez, del Mayor Breceda y con la escolta del Cuartel General marché por las lomas que son continuación de las que habían sido exploradas por la mañana y que quedan al Sureste del sitio en que estaba establecido el Cuartel General, hasta ponernos a la

vista de las fortificaciones federales de la Capilla de Guadalupe, pudiendo notar en este reconocimiento que los federales tenían algunos fortines en lo alto de cada una de las lomas que circundan la de la Capilla.

Volví en la mañana del 8 acompañado de los mismos Jefes y del Teniente Coronel Manzo a practicar un nuevo reconocimiento sobre las lomas recorridas en la tarde anterior, hasta fijar con precisión las posiciones enemigas. En este reconocimiento fuimos acompañados por el Sr. Gobernador Riveros.

Teniendo ya conocimiento exacto de las posiciones que ocupaban los federales dispuse un plan general de ataque sobre la plaza y reuní a todos los Jefes, por la tarde del mismo día 8 a fin de dárselos a conocer y todos estuvieron conformes con él, apoyándolo. Los Jefes que estuvieron presentes, fueron el Señor Gobernador General Felipe Riveros, los Generales Ramón F. Iturbide, Manuel M. Diéguez y Benjamín H. Hill; Coroneles Claro Molina, Manuel Mesta y Macario Gaxiola; Tenientes Coroneles Miguel M. Antúñez, Francisco R. Manzo, Gustavo Garmendia, Carlos Félix, Antonio A. Guerrero y Antonio Norzagaray.

Mayores Emiliano Ceceña, Alfredo Breceda, José Juan Ríos, Esteban B. Calderón, Camilo Gastélum, Juan Mérito y Pablo Quiroga.

El General Iturbe propuso que se modificara el plan general en el sentido de que por el frente, o sea por la derecha del ferrocarril Occidental y en línea paralela a éste atacaran las fuerzas de los Coroneles Mesta y Gaxiola, proposición que desde luego fue admitida, quedando definitivamente el Plan de ataque, de la manera siguiente:

Las tropas que operaban en los alrededores de Culiacán quedarían divididas en cinco Columnas, como sigue: Columna del General Diéguez, compuesta de la segunda Columna Expedicionaria de Sonora y trescientos hombres del General Arrieta: Primera Columna Expedicionaria de Sonora al mando del General Hill; Columna de Durango, al mando del General Arrieta compuesta de las fuerzas de aquel Estado que comanda este General excepción de los trescientos hombres que se incorporarían al General Diéguez: Fracciones del 1º, 2º y 3º Regimientos de Sinaloa, que militan como infantería, bajo las órdenes del Coronel Gaxiola. Independiente de estas Columnas operaría la Sección de Artillería al mando del C. Mayor Juan Mérito, bajo las órdenes directas del Cuartel General, quedando como sostén de ellas las fuerzas del Mayor Herculano de la Rocha.

El asalto deberían iniciarlo las Columnas Arrieta, Hill y Gaxiola a las 4 a.m. del día 10 en el siguiente orden: la Columna Arrieta empren-

dería el asalto sobre la línea Oriente de la población, desde el Río Tamazula hasta el Panteón Nuevo reforzando especialmente las posiciones que quedan frente al camino para Mazatlán; la columna Hill asaltaría por el Oeste de la plaza llevando como objetivo desalojar al enemigo que estaba fortificado sobre la vía del Ferrocarril Sur Pacífico; la Columna Gaxiola atacaría por el Suroeste, penetrando por la Colonia Almada y llevando como objetivo desalojar al enemigo de la vía del Ferrocarril Occidental e interceptar el paso entre la Ciudad y la Capilla de Guadalupe. Los movimientos de estas dos últimas columnas, los dirigía personalmente el General Iturbe. Cuando la luz del día permitiera fijar puntería, se abriría fuego con dos piezas de montaña sobre la Capilla de Guadalupe y la Columna Diéguez emprendería el asalto sobre esas posiciones, para lo cual debería quedar colocada desde la misma noche del 9, en la forma siguiente: una fracción de sus fuerzas en la loma inmediata a la de la Capilla, que queda al Poniente de ésta y que personalmente habíamos reconocido el día anterior, cuya fracción debería fortificarse en dicha loma para que desde allí abriera sus fuegos a la hora indicada, protegiendo el avance de la que emprendería el asalto; ésta quedaría en el lugar conveniente para que a la hora señalada emprendiera el avance sobre la loma, continuación de la que ocupa la Capilla. El número de gente que integraría estas fracciones quedó al criterio del General Diéguez y el objetivo de toda su Columna sería apoderarse de la Capilla. El General Blanco quedaría como reserva para reforzar la línea de fuego en caso necesario o emprender la persecución del enemigo, excepción de cincuenta hombres que de su columna se destacaron en la tarde del 9 sobre el camino de San Antonio y Tierra Blanca donde harían demostraciones para llamar la atención del enemigo. Las dos piezas de artillería de batalla quedarían emplazadas frente a la casa de la Estación de Palmito, hacia el Río, y harían fuego sobre la Capilla de Guadalupe o las posiciones federales de la población, según fuera ordenado, y los cañones "Sufragio" y "Cacahuate" dirigirían sus fuegos sobre las trincheras enemigas de la vía del ferrocarril. El Cuartel General continuaría establecido en la casa de Manuel Clouthier en que se encontraba. Todas las fuerzas que entrarían en el asalto deberían ir sin sombrero y se ordenó a los Jefes y Oficiales recomendarlo de una manera especial a sus subalternos, por haber sido la única contraseña que se adoptó en el ataque. Todos los Jefes de Columna, excepción del General Arrieta, rendirían parte al Cuartel General cada dos horas y el General Arrieta lo haría cada tres. A medida que nuestras fuerzas fueran avanzando y tomando posiciones colocarían en cada una de ellas una asta con un sombrero en el extremo

superior, de manera que fuera fácil distinguirlos desde lejos. Todos los Jefes deberían reunir el día 9 a sus oficiales previniéndoles que quedaba bajo su estrecha responsabilidad cualquier desorden que se cometiera por las fracciones de fuerza a su mando, al tomar la plaza, quedando autorizados para obrar con toda energía y emplear los medios que fueren necesarios para evitarlo.

Estas disposiciones fueron entregadas por escrito, acompañándose un plano de esta Capital, a cada uno de los Jefes de Columna y se publicaron en la Orden General del 9 al 10 de noviembre.

En la mañana del 9 el General Diéguez comenzó a movilizar sus fuerzas con objeto de tomar las posiciones que prevenía el plan de ataque y a fin de alistarse a emprenderlo en su oportunidad. Las fuerzas de la Columna Hill tomaron posiciones en una larga cadena de tiradores desde orillas del Río hasta frente a la casa de la Sección.

Intempestivamente, y como a las 9:30 de la mañana, se dejó oír en el campamento un nutrido fuego de fusilería en dirección al lugar fijado para el emplazamiento de la artillería. Inmediatamente salí a caballo y acompañado de mi Estado Mayor al sitio en que el fuego era más nutrido y donde se encontraba ya el General Iturbe en tanto que sobre algunas de nuestras posiciones y sobre el campamento mismo, caía una verdadera lluvia de proyectiles. Pude desde luego observar que en el terrero mismo ocupado por los nuestros, se luchaba en confusión, hasta cuerpo a cuerpo, entre federales y nuestros soldados.

Allí me sentí herido en una pierna. Algunos soldados de artillería se presentaron con tres ex federales prisioneros, cogidos cuando éstos se caían entre los suyos y lanzaban vivas al 8º Batallón. Casi una hora duró el fuego cerrado, en aquella confusión, al cabo de la cual se me dio parte de que los federales se habían apoderado de dos cierres de las piezas de batalla que aún no habían sido emplazadas y estaban sin el retén correspondiente en camino para el sitio que se había acordado para su emplazamiento. Los federales en número de 150 salieron por la mañana a practicar un reconocimiento por entre el monte espeso y cuando sin esperarlo se vieron dentro de nuestra línea, haciendo esfuerzos por reconcentrarse a la plaza abrieron el fuego nutrido de que he hablado, yendo por casualidad, en su retroceso a parar al lugar en que se encontraban las dos piezas sin sostén, de lo que se aprovecharon para quitar los cierres. Pasaron en seguida por donde estaban las otras dos piezas debidamente escoltadas y allí sintieron el empuje de nuestros bravos soldados que los hicieron continuar de huida su reconcentración a sus posiciones, haciéndoles seis

muestrtos que unidos a dieciocho que se recogieron en otros lugares, súmense veinticuatro muertos los que los federales dejaron en su huida y veintinueve prisioneros que quedaron en poder de los nuestros. Todavía en la tarde, fue traído de San Pedro un ex federal de los llamados "voluntarios" que se presentó en dicho pueblo y manifestó que aprovechándose de la confusión que reinó entre los federales al verse entre los muertos, pudo escaparse, y refirió detalladamente el extravío que sufrieron y que fue causa de ir a dar, por verdadera casualidad, al lugar en que estaban los cañones. Nosotros lamentamos, ese día, la muerte de seis soldados, tres de ellos de artillería y los otros tres de las fuerzas del Coronel Mestas que había acudido con toda prontitud al lugar en que se desarrollaron los hechos, y un oficial de artillería y tres soldados heridos.

Al regresar al campamento y a pesar de que sentía mi pierna inmóvil, pude ver que la herida que había sufrido no era de importancia, pues la bala se había atravesado, sin penetrar, quizá por haber chocado antes en algún objeto. El mal se reducía sólo a un golpe que produjo la inflamación de la pierna.

Di órdenes para que el 4º Batallón al mando del Teniente Coronel Manzo, cubriera la línea frente a las casas de Palmito, prolongando la cadena de tiradores de la Columna Hill. Continuando la línea del 4º fueron colocadas las fuerzas de los Coroneles Mestas y Gaxiola. Ordené también que fueran retirados los dos cañones que habían quedado sin cerrojos y procedí a tomar el dispositivo de combate, modificando el plan en lo que era preciso con la pérdida sufrida en la artillería por la mañana. El Mayor de la Rocha, que aun no se había hecho cargo de la custodia de la artillería, pasó a reforzar las posiciones del Coronel Mestas.

Recibí a la sazón comunicación del General Blanco por teléfono, en que decía que se avistaba en Altata un buque de guerra. Pedí mayores datos y resultó ser el "Morelos" que pretendía desembarcar las tropas que traía a bordo y hasta logró poner en tierra una fracción. Como debía destruirse la partida de federales que viniera con esa dirección, ordené al General Blanco, por conducto del General Iturbe, que dispusiera sus tropas para batirla, retrocediendo de Altata y haciendo a los federales que se internaran por tierra la mayor distancia posible del puerto, sin presentarles combate hasta hacerlos llegar al lugar que se designara. Para asegurar el éxito en estas operaciones, suspendí el ataque sobre la población, sin levantar por esto el sitio.

Comunicó el General Blanco que los Capitanes Ortiz y Tiburcio Morales habían marchado con ochenta hombres hasta frente al Robalar, vi-

gilando la costa y lograron descubrir una partida de federales que habían desembarcado por aquel rumbo, a la que tirotearon y obligaron a replegarse inmediatamente, reembarcándose.

Dirigí ese mismo día una comunicación al General Arrieta, dándole instrucciones para que dejara quinientos de sus hombres en las posiciones que tenía ocupadas por el Oriente de la población y que con el resto de sus fuerzas se reconcentrara al campamento de Palmito, y en la noche del mismo 9, cumplimentando esta disposición, se incorporó al campamento.

El General Blanco entretanto, continuaba con toda actividad la reconstrucción del puente del Limoncito, operación que era de gran interés para poder disponer del tren a fin de utilizarlo en conducir provisiones al campamento.

Durante el día 10 nuestras fuerzas conservaron las posiciones que habían tomado y por la noche del mismo día, el enemigo pretendió echarse sobre la cadena de tiradores formada por tropas del Coronel Mesta, frente a la Casa Redonda, siendo rechazado vigorosamente.

El "Morelos" en tanto, continuaba bombardeando la playa, pero sin que las tropas que habían desembarcado se atrevieran a internarse en tierra.

Por conducto del General Iturbe el día 11 recibí parte del General Blanco en que comunicaba que el enemigo había procedido a reembarcarse en Altata y no siendo ya necesaria la presencia del General Blanco en la costa, con toda su gente, ordené que dejara sólo cincuenta hombres al mando del Capitán Tiburcio Morales en los alrededores de Altata y con el resto emprendiera por tren la marcha a Palmito, pues había terminado ya la reparación del puente.

En la tarde del mismo día 11 hablé con el General Iturbe para que comunicara instrucciones a todos los Jefes de Columna a fin de que en la madrugada del 12 se emprendiera el ataque sobre la plaza en las mismas condiciones que las fijadas en el Plan comunicado para el día 10 por lo que se refería a las fuerzas de los Generales Hill y Diéguez y Coroneles Gaxiola y Mesta, quedando el General Arrieta, con la tropa que tenía en Palmito como reserva y las fuerzas de este mismo General que quedaron en El Barrio conservando las mismas posiciones.

A las 5 a.m. del 12 nuestras fuerzas emprendieron su avance simultáneo sobre las posiciones federales entablándose un combate reñido, logrando los nuestros apoderarse de las trincheras enemigas que quedaban a su frente, siendo de las principales los fortines de la Casa Redonda que

fueron ocupados por fuerzas de los Coroneles Gaxiola y Mesta, Teniente Coronel Félix y Mayor de la Rocha. Por la izquierda de estas posiciones avanzaron fuerzas del Teniente Coronel Félix al mando de los Tenientes Crescencio Limón y Ramón Izunza, que se apoderaron de las posiciones de la Bomba, sobre la vía del ferrocarril, lamentando la muerte del Teniente Izunza.

El Teniente Coronel Antúñez avanzó con sus fuerzas hasta desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba por el lado del Canal y la Ladri-llera, tomando posesión de ellas. Por el lado del puente, las mismas fuer-zas cargaban valientemente sobre el enemigo pero por las condiciones ven-tajosísimas en que se encontraba, no fue posible desalojarlo. El Teniente Coronel Antúñez resultó herido en un hombro, muy cerca de la clavícula izquierda y se negó a retirarse de la línea de fuego, continuando al frente de sus tropas tan luego como se hizo la primera curación.

A la misma hora se incorporó al campamento, en un tren militar, el General Blanco con sus fuerzas y en seguida se ordenó su avance en el mismo tren hasta adelante de la casa de la Sección protegido por las fuerzas del Coronel Mesta, al mando del Mayor Emiliano Ceceña. Serían como las 11 de la mañana cuando por falta de agua en la locomotora se ordenó que retrocediera el tren, habiendo hecho todos estos movimientos bajo un fuego nutridísimo de los federales, que nos ocasionó algunos heridos a bordo del tren, entre ellos al Capitán Francisco Moncayo.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos por el frente e iz-quierda, el General Diéguez había emprendido también el avance por la derecha, destacando el 4º Batallón a apoderarse de uno de los fortines que quedaban frente a la Capilla y al 5º Batallón a tomar por asalto otro fortín que era el principal de los que tenía al frente la Capilla. El fuego se había entablado desde luego muy nutrido y como a las nueve de la mañana que llegaba el 5º Batallón, con el Jefe, el Teniente Coronel Gus-tavo Garmendía, a su frente, al fortín, desalojando en una lucha encar-nizada a los federales que se hacían fuertes en él, cayó Garmendía herido en una pierna con bala expansiva que le produjo una intensa hemorragia y a pesar de haber sido desde luego ligado fuertemente y sacado del sitio en que con tanta bizarría se batía, sobrevino la muerte en medio de una serenidad que impresionó a los presentes, y antes de que pudiera llevár-sele a un lugar en que se impartieran auxilios médicos. Su cadáver fue conducido al Cuartel General donde se le hicieron guardias de Jefes y Ofi-ciales y a la mañana siguiente fue trasladado a Navolato dándosele se-pultura con los honores debidos.

Por la tarde, a las 4, cuando la fracción del 5º que quedó resguardando el fortín se encontraba debilitada por haberse destacado gente a proveer de agua y provisión de que se había carecido todo el día, resintiéndose especialmente la falta de la primera, fueron sorprendidos los nuestros y desalojados del fortín por una numerosa tropa federal. En la resistencia hecha por el 5º Batallón resultó herido en un ojo el Mayor Esteban B. Calderón, que había quedado como Jefe Accidental del Cuerpo. Esa fuerza se vio obligada a replegarse, parte al campamento y parte a las trincheras que tenía el resto de la columna del General Diéguez.

El mismo General Diéguez destacó una compañía del Cuerpo de Voluntarios de Cananea a reforzar el 4º Batallón que desde la mañana se batía bizarramente disputando el enemigo el magnífico fortín de que estaba apoderado, sufriendo la herida del Capitán 1º Cenobio Ochoa de tropa. En la tarde, fue preciso reconcentrar esa gente al Campamento en virtud de que se le agotó por completo la dotación de parque que llevaba.

Un nuevo empuje dio el General Blanco con sus fuerzas, por la tarde, posesionándose de algunas trincheras que no abandonó más, a pesar de las frecuentes y bravas tentativas que hicieron los federales por desalojarlo.

Por la noche, los federales cargaron con ímpetu sobre las posiciones ocupadas por los nuestros sin conseguir que retrocedieran un palmo, pues tanto los Coroneles Mesta, Gaxiola, el General Blanco y el Mayor de la Rocha que desde que lograron apoderarse de las trincheras que ocupaba el enemigo entre la Capilla, la Casa Redonda y la vía del ferrocarril estuvieron inmovibles, como los Tenientes Coroneles Félix y Antúñez, de las fuerzas del General Hill, que habían tomado posiciones desde la Casa Redonda y el Canal, no fueron movidos de los puntos que ocupaban.

En la misma noche, el General Diéguez, con fuerza de Cananea y otras fracciones de su Columna, usando especialmente Bombas de dinamita, logró desalojar al enemigo del fortín que por la mañana le disputaba el 4º Batallón y se apoderó de él, resistiendo el nutrido fuego de artillería que desde la Capilla y otros lugares estaban haciendo los federales.

Nuestra artillería había funcionando con regularidad disparando en la mañana desde la casa de la Sección de Palmito y en la tarde, desde las posiciones que ocupaban las fuerzas del General Hill, haciendo que muchos disparos perforaran los carros blindados que sobre la vía del Sur Pacífico tenían los federales y batiendo a intervalos las posiciones enemigas de la Capilla. Los Cañones "Cacahuate" y "Sufragio" funcionaron también durante todo el día y es digno de aplauso el valor temerario de-

mostrado por los oficiales que los manejaban, muy especialmente del primero, Teniente Práxedis Figueroa que al alcance de la fusilería enemiga y bajo el nutrido fuego de ésta, constantemente avanzaba con su pieza.

Durante la mañana del 13 el fuego continuó por ambas partes, cesrándose a intervalos y siendo siempre rechazados los federales cada vez que intentaban desalojar a los nuestros, protegiéndose con disparos de artillería.

Por la tarde, el General Diéguez tomó dispositivos para apoderarse de nuevo del fortín que había tenido el 5º Batallón y esa misma noche fue ocupado, desalojando a los federales, con fuerzas al mando del Mayor Ríos.

Las fuerzas del Coronel Laveaga relevaron en sus posiciones a las del Teniente Coronel Antúnez, sosteniéndolas con el mismo brío que las de éste, a pesar de los esfuerzos que hacían los federales por recuperarlas. El General Arrieta con sus fuerzas, estuvo en tanto, reforzando la línea de fuego por el frente, protegiendo así a los nuestros que ocupaban las posiciones de la Casa Redonda y sus alrededores.

Desde el oscurecer de esa noche, fueron notables las cargas dadas por el enemigo pretendiendo desalojar a los nuestros entablándose a intervalos nutridísimo fuego de fusilería y ametralladoras hasta cerca de las 2 a.m. en que el enemigo empezó a retirarse. Momentos después, y apenas se hubieron dado cuenta los nuestros de que los federales abandonaban sus posiciones, pasaron a ocuparlas y en seguida se internaron a la población, siendo de los primeros en penetrar a la ciudad el Teniente Coronel Muñoz, de las fuerzas del General Blanco; los Coroneles Gaxiola y Mestas, el Mayor de la Rocha, los Tenientes Coroneles Félix y Antúnez y el resto de las fuerzas del General Blanco.

Al amanecer el 14 el General Diéguez, con sus tropas tomó posesión de la Capilla, acampándose allí, y en la mañana del mismo día, todas nuestras fuerzas hicieron su entrada a la ciudad, en correcta formación, no registrándose más acto de desorden que el cometido por dos soldados de las fuerzas de Durango, que se introdujeron en una casa habitación y que fueron aprehendidos por uno de los piquetes que patrullaban las calles y pasados por las armas, por orden del General Iturbe. En seguida reinó un completo orden que se ha observado hasta la fecha.

No es posible precisar el número de bajas del enemigo, debido a que éste, durante los días del sitio estuvo dando sepultura a sus muertos y al abandonar la plaza se llevaron sus heridos, pero por los datos recogidos hasta hoy y contados los dispersos que se refugiaron en la población y que

han estado siendo recogidos por nuestras tropas, puede calcularse en ciento cincuenta el número de muertos por parte de los federales y poco más de cien los prisioneros, incluyéndose en los últimos al Capitán ex federal Miguel Guerrero que se encuentra herido de una pierna.

El total de nuestras bajas fue: un Jefe, cinco oficiales y treinta de tropa muertos y dos Jefes, cuatro oficiales y setenta y cinco de tropa heridos.

Como rasgos dignos de especial mención debo relatar el del Teniente Francisco Nevarez que con un puñado de sus valientes soldados, cuando desalojó a los federales de las posiciones cercanas al puente del ferrocarril, se mantuvo en ellas por dos días y una noche, careciendo en lo absoluto de provisiones de boca. Los Coroneles Gaxiola y Mestas y Mayor de la Rocha, permanecieron siempre en sus posiciones sin mostrar la necesidad que tenían de que se les proveyera de alimentos y de agua para ellos y sus fuerzas.

El General Iturbe se mantuvo constantemente en la línea de fuego, dando muestras de una energía y actividad inquebrantables; sin descuidar ningún detalle, recorría siempre las posiciones avanzadas, celoso de que nuestras tropas guardaran la actitud que les correspondía.

Merece también muy especial recomendación el General Diéguez que estuvo activo y bizarro como siempre; los Coroneles Gaxiola y Mestas, a cuyo valor y tenacidad se debe gran parte del éxito alcanzado, lo mismo que los Tenientes Coroneles Manzo, Antúnez, Félix y Muñoz y Mayor de la Rocha.

Los demás Generales, Jefes y Oficiales estuvieron a la altura de su deber, distinguiéndose especialmente el Capitán 1º Clímaco Coronado y los Tenientes Francisco Nevarez y Práxedis Figueroa. En general, la tropa y oficialidad son dignos de todo elogio, pues como siempre dieron altas pruebas de gran valor y abnegación.

Por separado encontrará Ud. un Estado de Generales, Jefes y Oficiales que tomaron parte en esta jornada, con expresión de los que fueron muertos y heridos.

* * *

Por disposición del General Iturbe marchó en la mañana el Coronel Laveaga con sus fuerzas en persecución del enemigo, a fin de que tomara contacto con él e informara con precisión la ruta que siguiera para ordenar la salida de una columna competente. A las 11 a.m. del mismo día

14 por escrito comunicué orden al General Iturbe a fin de que dispusiera que el General Blanco marchara inmediatamente con sus tropas a Limoncito, donde tenía su caballada, y de allí emprendiera la marcha trazando una diagonal por el Robalar, con objeto de evitar que los federales se embarcaran en aquella playa si llevaban intento de hacerlo. En la misma orden dispuse que el General Arrieta marchase con fuerzas de caballería por el camino carretero rumbo a Mazatlán, paralelo a la vía del ferrocarril y el General Diéguez, con mil hombres de infantería, marcharía por el centro, por la vía del ferrocarril, esa misma tarde.

También ordené que con propio violento se comunicara al General Carrasco, que se encontraba asediando Mazatlán, que las fuerzas federales que se fugaron de Culiacán marchaban con aquella dirección y recomendándole que dispusiera lo conveniente, con objeto de batirlas en combinación con las que ya salían persiguiéndolas.

Por la tarde, marchó la Escolta del Cuartel General al mando del Capitán 2º Fernando F. Félix, a incorporarse al Coronel Laveaga y el Mayor Elías Mascareñas, con fuerzas de caballería debería también incorporarse a dicho Jefe. Comunicué órdenes al mismo Coronel Laveaga a fin de que con toda frecuencia rindiera parte, por extraordinario, de los movimientos que efectuara y la ruta que siguiera el enemigo.

El General Diéguez marchó en un tren, con sus fuerzas, compuestas de las siguientes fracciones: 4º Batallón de Sonora, Batallón Libres de Sonora, 1er. Batallón de Sonora, y una fracción del 2º Regimiento de Sinaloa, bajo las órdenes directas del Teniente Coronel Francisco R. Manzo y 5º Batallón de Sonora y 1º y 2º Cuerpos de Cananea, a las inmediatas órdenes de los Mayores Juan José Ríos y Pablo Quiroga. Este tren militar llegó en la mañana del 15 al kilómetro 597 de la vía del ferrocarril, donde encontró un puente recientemente quemado y habiendo ordenado el General Diéguez echar pie a tierra, se continuó la marcha para Quilá, distante cuatro kilómetros y donde se suponía que se encontraba el enemigo.

El Capitán Ortiz que había estado recorriendo la región de Eldorado y Robalar, se incorporó al Coronel Laveaga en las cercanías de San Rafael, dando muestras de la misma actividad y empeño con que siempre se había distinguido.

Como en la mañana del 15 todavía no recibía ninguna información sobre la persecución del enemigo, salí violentamente con el Teniente Coronel Herculano de la Rocha, a quien le completé doscientos hombres con fracciones del 1º y 2º Regimientos de Sinaloa, en un tren rumbo al Sur, habiendo llegado al puente quemado del kilómetro 597 a las 6 p.m. de ese

día, de donde continuamos nuestra marcha a pie por no haber querido, a nuestra salida de Culiacán, perder siquiera el tiempo necesario para el embarque de nuestros caballos. El Teniente Coronel de la Rocha, nos acompañaba también a pié, a pesar de su avanzada edad, y dando muestras de especial empeño en cooperar a la persecución.

Desde luego me apercibí de un tiroteo que se oía con rumbo al puente del ferrocarril sobre el Río de San Lorenzo y marché con aquella dirección. Era que el General Diéguez, habiendo dado alcance al enemigo en Quilá y habiendo éste emprendido de nuevo la fuga, marchó sobre él y lo obligó a presentar resistencia en los bordes del Río, y en cuyo lugar lo batía desde mediodía. El fuego cesó ya entrada la noche y a esa hora pude hablar con Diéguez, ordenándole que a fin de dar descanso a la tropa y provisionarla en lo posible, se reconcentrara a Quilá, pues ya el enemigo había proseguido su marcha hacia el Sur, según informaban el Teniente Coronel Manzo y el Mayor Ríos, que practicaron un reconocimiento hasta las primeras casas de Oso, donde el enemigo se había hecho fuerte. El Coronel Laveaga con los Capitanes Félix y Ortiz se había incorporado al General Diéguez en los últimos momentos del combate.

A mi vez me incorporé a Quilá con las fuerzas al mando del Teniente Coronel Guerrero y los Capitanes Serrano, Arvizu, Robinson y Muñoz que me acompañaban, llegando a dicho pueblo a las 10 p.m.

Desde luego traté de comunicarme con el General Blanco, por teléfono, y tras de muchas dificultades se obtuvo la comunicación con Eldorado, de donde informaron que ningunas noticias tenían de dicho General ni de sus fuerzas. Desde mi llegada al kilómetro 597 había regresado el tren a Culiacán con un mensaje urgente para el citado General que debería serle transmitido por teléfono a Limoncito y de allí hacerlo llegar con propio a sus manos, ordenándole que inmediatamente emprendiera su marcha a Quilá, pues la caballería nos era absolutamente indispensable para la eficacia de la persecución.

Al amanecer el 16 el Coronel Laveaga con los Capitanes Ortiz y Félix salió sobre las huellas del enemigo y se procedió a levantar el campo, encontrándose nueve cadáveres de federales, como resultado del combate de la tarde anterior, y algunos dispersos, entre ellos un Capitán 2º que desde luego fue ejecutado por orden del Teniente Coronel Manzo. Esos dispersos daban clara muestra de las condiciones de cansancio y de aniquilamiento en que caminaba el enemigo, pero nuestra infantería se hallaba por completo extenuada, pues las fatigas y privaciones tenidas desde el principio del ataque a esta Capital y muy especialmente las de los días

anteriores, habían dejado a nuestros soldados imposibilitados para continuar la marcha y después que permaneciera parte de las fuerzas del General Diéguez, en la citada Estación del Oso, a donde nos habíamos incorporado por la mañana, para que de allí se regresara a Culiacán en tren, tan pronto como terminara la reparación del puente quemado, en cuya obra se trabajaría empeñosamente.

De nuevo hice inútiles esfuerzos por comunicarme con el General Blanco, sin lograr siquiera saber su paradero, y como no habían sido aún reparadas las vías telegráficas entre Culiacán y Quilá, y carecía de caballos para mí y los Oficiales de mi Estado Mayor que me acompañaban, resolví regresarme esa misma noche a esta Capital con objeto de activar desde aquí la marcha del General Blanco, habiéndome incorporado a ésta al amanecer del 17.

Al mediodía del mismo 17 se incorporó a Quilá el General Blanco y poco después el General Arrieta con sus respectivas fuerzas de caballería y comunicó éste último que le era imposible continuar la marcha por impedirsele el mal estado en que se encontraban sus caballos.

El General Blanco continuó en la misma tarde su marcha hacia el Sur; por el camino que llevaban los federales y que era el que seguía también el Coronel Laveaga. Entre tanto, este Jefe había dado nuevamente alcance al enemigo en Abuya, de donde emprendió la huida tan pronto como sintió su aproximación dejando algunos dispersos que fueron recogidos por Laveaga. Como se tuviera allí conocimiento de que por la vía del ferrocarril marchaba una partida de federales que iba dejando también gran número de dispersos, el Coronel Laveaga con el Capitán Félix y diez hombres de sus fuerzas, marchó por ese camino, encontrando en efecto, bastantes dispersos que recogió, desarmándolos, y ordenó al resto de su fuerza que continuara la marcha por el camino carretero que llevaban los federales.

En la tarde del 19, al llegar a la Cruz, donde se encontraba el enemigo, el Coronel Laveaga, con los pocos hombres que lo acompañaban sostuvo el tiroteo con él, mientras se incorporaba el resto de su fuerza, que fue ya entrando la noche. A esa misma hora se incorporó el General Blanco con su caballería, tomando desde luego el mando de toda la fuerza perseguidora. El enemigo había abandonado La Cruz a las 7 p.m. y los nuestros entraron a dicha Estación momentos después.

A la mañana siguiente continuó el General Blanco su marcha sobre el enemigo que había tomado rumbo a la costa, y en la tarde, la vanguardia,

formada por los Capitanes Félix y Ortiz, le dio alcance en un punto llamado San Dimas, distante cuatro kilómetros de las Barras, para donde los ex federales se encaminaron inmediatamente que sintieron la aproximación de los nuestros. Tan pronto como se incorporó el grueso de las fuerzas del General Blanco y el Coronel Laveaga, se prosiguió la marcha sobre Las Barras, lugar en que el enemigo había procedido a embarcarse en un buque que los esperaba, entablándose un ligero tiroteo como de dos horas, hasta que habiendo cerrado la noche, el General Blanco ordenó el regreso a San Dimas.

Mientras tanto, el General Diéguez había dado fin a la reparación del puente quemado en el kilómetro 597 y había continuado por ferrocarril hacia el Sur con los Cuerpos Voluntarios de Cananea, una fracción del 5º Batallón y las fuerzas del Teniente Coronel de la Rocha, teniendo que reparar otros pequeños puentes en el trayecto, hasta llegar el día 21 a La Cruz, donde lo detuvo la destrucción que hicieron los federales del puente sobre el Río de Elota.

El General Blanco permaneció desde el 20 hasta el 22 en San Dimas, no emprendiendo ningún nuevo ataque sobre los federales que seguían embarcándose en Las Barras, hasta la tarde de ese día en que habiéndosele solicitado auxilio por el General Carrasco que desde en la mañana se encontraba atacando al enemigo con fuerzas que desprendió del asedio a Mazatlán, marchó a incorporarse a dicho General, retirándose poco después para emprender su regreso hasta esta Capital, en virtud de que los federales se habían embarcado ya, retirándose por mar.

No puede darse el número exacto de las bajas hechas al enemigo en esta persecución, debido a que en todo el trayecto, por distintas fracciones y en diversas circunstancias se recogieron dispersos y aún hoy mismo están siendo recogidos muchos de ellos; pero como datos elocuentes sobre la eficacia de la persecución, pueden servir los hechos de que de Culiacán salieron 1,200 federales y en Las Barras se han embarcado poco menos de 600. El resto ha quedado en nuestro poder con armas y las pocas municiones que les quedaban. Por nuestra parte sólo tuvimos que lamentar en la persecución, cuatro soldados heridos de las fuerzas del General Diéguez en el combate del Río de San Lorenzo.

Me permito hacer muy especial mención del Coronel Miguel Laveaga y de los Capitanes 2os. Fernando F. Félix y Candelario Ortiz por la incansable actividad que demostraron.

Me es altamente honroso felicitar a usted por el nuevo éxito alcanzado por las armas de la legalidad, renovándole las seguridades de mi muy atenta subordinación y respeto.

Sufragio Efectivo. No reelección.

Culiacán, Sin., Noviembre 23 de 1913.

El General en Jefe, Alvaro Obregón.

C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Hermosillo.

I I

PARTE OFICIAL DE LA TOMA DE ZACATECAS 1914

Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted que habiendo llegado a la Estación de Fresnillo el C. Gral. Tomás Urbina con fuerzas de la División del Norte el 17 del actual, después de haber tenido un acuerdo, se ordenó la marcha sobre Zacatecas de todas las fuerzas, las que el 18 se encontraban en Calera, avanzando el 19 a Morelos, yendo a la vanguardia la Brigada "Morelos", que derrotó las avanzadas oroquistas que se encontraban en dicho punto. Al día siguiente se ordenó se fueran movilizandolas fuerzas a fin de que tomaran posiciones para el sitio y ataque general de la plaza; durante dichos movimientos, se tuvieron combates parciales en los que el enemigo siempre resultó derrotado.

Habiéndome tocado con las fuerzas de mi mando cubrir Guadalupe, Mesas de Guadalupe y el Aguila, Cerro del Padre, Minas Hermanas y Orito, procedí el 21 a posesionar las fuerzas al mando del General Domingo Arrieta en Río Tinto y al S.E. de la Bufa y Brigada del General Contreras en Guadalupe; y avanzando en seguida con la Brigada al mando del General Domínguez y quinto y sexto Regimientos de la División de mi mando a tomar posesión de la Mesa y rurales, a las órdenes del cabecilla Antonio Rojas. A las 4 p.m. se ordenó una carga sobre las ventajosas posiciones del enemigo, entablándose desde luego un reñidísimo combate en el que nuestros bravos soldados no cejaron un momento, quitando palmo a palmo sus posiciones al enemigo, entablándose repetidas veces, luchas cuerpo a cuerpo al asaltar las trincheras enemigas llegando al grado de

que al obscurecer y ya sobre la Mesa de El Aguila, varios de nuestros soldados se mezclaron con el enemigo, haciéndole en ese momento gran número de bajas, lo que le hizo huir completamente desorganizado hasta la población. A las 8 p.m. terminó ese encuentro en el que se quitaron al enemigo algunas provisiones de boca y guerra y las posiciones de las Mesas de Guadalupe de en Medio y El Aguila; por nuestra parte tuvimos cinco heridos y dos muertos, quedando en el campo más de cien muertos del enemigo.

Al día siguiente (22) el enemigo hizo varios intentos para recuperar las posiciones que se le habían quitado el día anterior, habiendo sido rechazado en ellos.

Las fuerzas del Gral. Contreras que un día antes habían marchado a la reserva de las nuestras y parte de las cuales habían entrado al combate, se posesionaron sobre el borde Norte de las Mesas, desde el S.E. del Cerro de Bolsas hasta el S.O. de Guadalupe.

Las fuerzas del General Domínguez y Brigada del General Ortega, desde el S.E. de Bolsas hasta el sur del Cerro del Padre: la Brigada del General Cervantes y el 4º Regimiento de la División, desde el S. del Padre hasta el Orto en combinación con las fuerzas del General Herrera. Las fuerzas en general desde días anteriores, habían tenido algunos encuentros al tomar posiciones frente al enemigo o practicar reconocimientos; el día 22 se procedió a estrechar el cerco de la plaza para dar el ataque general a las 10 a.m. del día siguiente, conforme se había acordado, entablándose algunos combates parciales, debiéndose hacer notar el dado por las fuerzas al mando del General Maclovio Herrera a las posiciones enemigas del Capulín y Lomas de Cinco Señores, en el cual se vio el arrojo y decisión de sus soldados, que llegaron a pocos metros de las fortificaciones enemigas. Por nuestro lado se les quitó el fortín del socavón del Aguila y se tomaron posiciones a pocos metros del cerro del Padre y del Refugio.

El día 23, conforme se había ordenado, empezó a las 10 a.m. el formidable ataque general a la plaza. Por la parte a mi encomendada, resueltamente se avanzó sobre las posiciones enemigas, entablándose un reñidísimo combate en el que una por una se fueron conquistando, tras rudos y heroicos asaltos por los valientes e infatigables defensores de la legalidad; a las 10:40 a.m. se había quitado al enemigo el Padre, por las fuerzas de mi División, inclusive la Brigada del General Bañuelos que había estado posesionada al N.E. de la Bufa y que en la mañana de ese día había marchado a reforzarnos; poco tiempo después el General He-

rrera tomaba los fortines al S.O. de Cinco Señores. Como a las 12:30 p.m. después de un vigoroso ataque, se tomó el cerro del Refugio que tenía perfectamente fortificado el enemigo, por las fuerzas de los Generales Domínguez y Bañuelos, los que hicieron derroche de valor y serenidad durante el asalto que honra al Ejército Legalista; casi en seguida se tomaron las posesiones de Lete y Anexas, lo que obligó al enemigo a abandonar el cerro de Bolsas, emprendiendo dichos Jefes el ataque sobre la estación y fortines anexos. El General Herrera y parte de nuestras fuerzas habían seguido avanzando sobre el enemigo por el Orito y como a las 11:20 tomaron las posiciones al O. de Cinco Señores y a la 1 p.m. este Cuartel, continuando también sobre las posiciones enemigas rumbo a la Estación y el Capulín.

A las 3 p.m. nuestras fuerzas y las del General Herrera tomaron los fortines de la "La Encantada", Cementerio, Bodegas de Gómez Gordoa y Estación, capturando un cañón, 2 ametralladoras, bastantes municiones y armas, cinco locomotoras, más de 200 carros de carga y seis de pasajeros. Casi en seguida, cayeron en nuestro poder los fortines del Rayo y Capulín, avanzando inmediatamente nuestras fuerzas al centro de la población, arrollando al enemigo que se encontraba defendiendo las principales alturas dentro de la misma. Como a las 4 p.m. al llegar una fracción de mis fuerzas que marchaban a la vanguardia, a las puertas del Palacio Federal, fue volado éste por el enemigo, pereciendo entre los escombros dos oficiales y 35 de tropa de mi fuerza, así como 89 ex-federales que lo defendían y además 9 miembros de una familia que vivía en una casa próxima. Inmediatamente que nuestras fuerzas se dieron cuenta de que el enemigo empezaba a destruir la Ciudad, con un arrojo digno de la causa que defendemos, avanzaron indomablemente sobre las posiciones enemigas, desalojando inmediatamente a los ex-federales del Centro de la Ciudad, los que huyendo por la Ciudadela se reconcentraron en la Bufa.

Como a las 4:30 p.m. el enemigo que había sido obligado por las fuerzas de la División del Norte a replegarse al cerro del Grillo al quitarle las posiciones de Quebradilla, Norte del Bote, avanzada Zacatecas, Loreto, Mala Noche, Las Mercedes, fue desalojado por los certeros disparos de la artillería del valiente General Felipe Angeles que notablemente se distinguió, durante todo el combate, por su hábil y eficaz manejo de ella, yendo a concentrarse a la Bufa.

Poco antes de las 4 p.m. el enemigo movilizó una columna de más de 500 dragones sobre Guadalupe intentando preparar su retirada por dicho rumbo, siendo rechazado por las fuerzas de los Generales Arrieta,

el flanco izquierdo, Ortega y Contreras el derecho y el suscrito con los Jefes, Oficiales y escolta de su Estado Mayor por el frente. A las 4:30 intentaron una nueva salida siendo rechazados igualmente y a las 5 p.m. el enemigo que ya se había concentrado sobre la Bufa, empezó a movilizarse en número de más de seis mil hombres sobre Guadalupe, procurando abrirse paso hacia el Sur a toda costa, obligado a la vez a desalojar aquel punto por la artillería constitucionalista y fuerzas del Norte que avanzaban rápidamente sobre él, después de haberles quitado la serie de fortines que tenía por la Cebada, Cantarrana y N.E. de la Bufa, siendo entonces la batida por las fuerzas de los Generales Arrieta, Carrillo, Contreras y Ortega por los flancos; a la vez que los miembros de mi Estado Mayor y escolta del mismo con una entereza sublime sostuvieron todo el ataque del frente, haciendo al enemigo numerosísimas bajas y prisioneros, salvándose tan sólo unos mil hombres que dado el pequeño número de mi fuerza en aquel lugar, les fue imposible impedir su salida.

El enemigo dejó en poder de nuestras fuerzas más de doce mil maüßer, 12 cañones, algunas ametralladoras y regular cantidad de municiones; alrededor de seis mil prisioneros y otros tantos muertos, pues hasta la fecha sólo se ha podido levantar el campo en el perímetro de la Ciudad y entre ésta y Guadalupe, recogieronse 4,837 cadáveres faltando aún número considerable en las demás partes del campo de batalla.

Las bajas en las fuerzas del mi mando, fueron un capitán primero y 59 de tropa muertos y heridos.

Creo de mi deber hacer a Ud. presente que el comportamiento de todas las fuerzas estuvo a una altura digna de los defensores de la Legalidad.

Respecto de las de mi dependencia he de manifestar a usted que todos los Jefes, Oficiales y tropa, se portaron con el valor, abnegación y heroísmo de que siempre han dado pruebas, distinguiéndose notablemente los valientes Generales Tomás Domínguez y Santos Bañuelos, Cnel. Ortega y Tntes. Cneles. Roque García e Ignacio Galván y Mayores José Flores, Ignacio Caloca, Capitán Primero José Morín, Jesús Rodríguez y otros muchos que sería largo enumerar.

Hónrome felicitar a Ud. con alta satisfacción por el triunfo tan completo de las armas constitucionalistas.

Tengo el honor, C. Primer Jefe, de hacer a Ud. presentes las seguridades de mi atenta y respetuosa subordinación.

Constitución y Reformas.—Cuartel Gral.—Zacatecas, México, junio 29 de 1914.

El General de Brigada, Jefe de la Primera División del Centro.—Pánfilo Natera.—Secretario General Mayor H. Gutiérrez.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.—Monterrey.

III

CONVENIOS DE TEOLOYUCAN 1914

“Como consecuencia de la partida del señor licenciado don Francisco S. Carbajal, que fue hasta anoche el depositario interino del Poder Ejecutivo de la República, he asumido la autoridad, con mi carácter de Gobernador del Distrito Federal y Jefe de la Policía. Es mi deber principal, procurar a todo trance, que no se altere el orden de la ciudad y que todos sus pobladores gocen de tranquilidad y garantías. Para el logro de tales fines, he pactado solemnemente con el señor General en Jefe del Cuerpo de Ejército Constitucionalista del Noroeste, don Alvaro Obregón, debidamente autorizado por quienes corresponde, para la ocupación de la Capital por las fuerzas de su mando, las bases que en seguida se puntualizan:

“1.—La entrada de dichas fuerzas en la ciudad de México se llevará a cabo, tan luego como se hayan retirado (conforme vayan retirándose) los federales, al punto de común acuerdo fijado entre el señor don José Refugio Velasco, General en Jefe del Ejército Federal, y el señor General don Alvaro Obregón.

“2.—Una vez ocupada la plaza, haré entrega de todos los cuerpos de policía, quienes desde luego quedarán al servicio de las nuevas autoridades y gozarán de toda clase de garantías.

“3.—El Ejército al mando del General Obregón, consumará la entrada a la ciudad de México en perfecto orden, y los habitantes de la misma no serán molestados en ningún sentido.

“El señor General Obregón se ha servido ofrecer, además, que castigarán con la mayor energía a cualquier soldado o individuo civil que allane o maltrate cualquier domicilio, y advertirá al pueblo, en su oportunidad, que ningún militar podrá permitirse, sin autorización expresa del General en Jefe, solicitar ni obtener nada de lo que sea de la pertenencia de particulares.

“Leída que fue la presente acta y siendo de conformidad para ambas partes, firmamos, quedando comprometidos a cumplir las condiciones pactadas.

“En las avanzadas de Teoloyucan, el día trece de agosto de mil novecientos catorce. — (Firmados). Eduardo Iturbide. General Alvaro Obregón”.

El segundo documento, firmado por el General Gustavo A. Salas, en representación del Ejército Federal; por el Vice-Almirante Othón P. Blanco, en representación de la Armada Nacional, y por los Generales Alvaro Obregón y Lucio Blanco, en representación del Ejército Constitucionalista, dice así:

“Condiciones en que se verificará la evacuación de la plaza de México por el Ejército Federal y la disolución del mismo:

“I.—Las tropas dejarán la plaza de México, distribuyéndose en las poblaciones a lo largo del ferrocarril de México a Puebla, en grupos no mayores de cinco mil hombres. No llevarán artillería ni municiones de reserva. Para el efecto de su desarme, el nuevo Gobierno mandará representaciones que reciban el armamento.

“II.—Las guarniciones de Manzanillo, Córdoba, Jalapa y Jefatura de Armas en Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, serán disueltas y desarmadas en esos mismos lugares.

“III.—Conforme vayan retirándose las tropas federales, las constitucionalistas ocuparán las posiciones desocupadas por aquéllas.

“IV.—Las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Angel, Tlalpan, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas Constitucionalistas las releven.

“V.—Durante su marcha, las tropas federales no serán hostilizadas por las constitucionalistas.

“VI.—El Jefe del Gobierno nombrará las personas que se encarguen de los gobiernos de los Estados con guarnición federal, para los efectos de la recepción del armamento.

“VII.—Los establecimientos y oficinas militares continuarán a cargo de empleados que entregarán, a quien se nombre, por medio de inventarios.

“VIII.—Los militares que por cualquier motivo no puedan marchar con la guarnición, gozarán de toda clase de garantías, de acuerdo con

las leyes en vigor, y quedarán en las mismas condiciones que las estipuladas en la cláusula décima.

“IX.—El General Obregón ofrece, en representación de los jefes constitucionalistas, proporcionar a los soldados los medios de llegar a sus hogares.

“X.—Los generales, jefes y oficiales del Ejército y de la Armada, quedarán a disposición del Primer Jefe de las fuerzas constitucionalistas, quien, a la entrada a la Capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

“XI.—Los buques de guerra que se encuentran en el Pacífico, se concentrarán en Manzanillo, y los del Golfo en Puerto México, donde quedarán a disposición del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien, como se ha dicho, a la entrada a la Capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

“Por lo que respecta a las demás dependencias de la Armada en ambos litorales, como en el Territorio de Quintana Roo, quedarán en sus respectivos lugares, para recibir iguales instrucciones del mismo Primer Funcionario.

“Sobre el Camino Nacional de Cuautitlán a Teoloyucan, a trece de agosto de 1914.—Por el Ejército Constitucionalista: General Alvaro Obregón. L. Blanco. (firmas).—Por el Ejército Federal: G. A. Salas.—Por la Armada Nacional: Vice-Almirante O. P. Blanco”. (Firmas).

PARTE DEL GRAL. ALVARO OBREGON AL PRIMER JEFE, 1914.

“Palacio Nacional, agosto 15 de 1914. Primer Jefe del E. C., don Venustiano Carranza. Tlalnepantla. Hónrome comunicar a usted que 2 y 30 de la tarde de hoy el Cuerpo de Ejército a mi mando hizo su entrada a esta Capital en medio de delirante entusiasmo. He tomado posesión del Palacio Nacional y he dictado medidas para conservar orden. Más tarde daré a usted mayores informes. Respetuosamente. General Jefe del C. de E. del N.O., Alvaro Obregón.